



# FRAGMENTOS EXTERIORES

Josep Borrell



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN

# **FRAGMENTOS EXTERIORES**

Junio 2018 / Julio 2019

Josep Borrell



MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN

NIPO (publicación en papel): 108-190-369

NIPO (libro electrónico): 108-19-035-3

Depósito Legal: M-25330-2019

Diseña e Imprime: Imprenta de la Dirección General de Comunicación e Información Diplomática

Diseño portada: Javier Hernández ([www.nolsom.com](http://www.nolsom.com))

En esta publicación se ha utilizado papel reciclado libre de cloro de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública

# PRÓLOGO

## FRAGMENTOS DEL MUNDO

Apenas sobrepasado un año desde que asumí la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, me encuentro ante un nuevo reto en mi trayectoria vital y política. En mi actual responsabilidad he intentado conciliar la defensa y promoción de los intereses de España y los derechos de mis conciudadanos con una profunda fe europeísta. Una fe que, como en las obras de Maimónides o Santo Tomás de Aquino, es compatible con la razón. Una razón, eso sí, tamizada por la Ilustración y, por tanto, necesariamente crítica. A partir de ahora, si así lo tienen a bien nuestros representantes en el Parlamento Europeo, habré de poner ese mismo empeño al servicio exclusivo, que no excluyente, de la causa supranacional europea y de la proyección de Europa en el mundo. Soy consciente de que un retorno a las instituciones europeas puede confirmar lo que Oscar Wilde decía de los matrimonios: el primero es el triunfo de la imaginación sobre la inteligencia; el segundo es el triunfo de la esperanza sobre la experiencia. Espero, en todo caso, poder corregir a Wilde y que en ese camino de regreso a Europa sepa aunar imaginación e inteligencia, esperanza y experiencia.

España, Europa y el mundo: no concibo estos tres espacios como compartimentos estancos sino como vasos comunicantes. A ellos he dedicado lo mejor de mis días y así pienso seguir haciéndolo mientras me acompañen las fuerzas. Para mí, son ámbitos privilegiados de acción, pero también de reflexión y aprendizaje constantes. Con todo, en este último año al frente de un Ministerio sobre el que, literalmente, no se pone el sol y que obliga a viajes incesantes fuera de nuestras fronteras, he tenido que im-

ponerme una férrea disciplina para dedicar unas horas al día al pensamiento, la lectura y la escritura. En mi experiencia, el flujo constante de ideas y acciones se pierde en la corriente del tiempo si no es fijado por la palabra que perdura. Por ello, siempre que mis actuales obligaciones me lo han permitido, he querido dejar constancia escrita sobre los principales acontecimientos de política exterior en los que he sido actor y testigo. El resultado son cuarenta y seis artículos, o ensayos cortos, publicados en distintos medios. En ellos, el lector se encontrará con fragmentos de una realidad internacional cada vez más compleja y en constante cambio, pero en la que es posible atisbar algunas tendencias que pueden servirnos de guía para la acción. En las páginas que siguen, les invito a acompañarme a los foros y centros de decisión en los que se tratan los grandes temas de la agenda global: desde una Cumbre de la OTAN donde se debate el futuro de la relación de seguridad transatlántica hasta la Cumbre de Marrakech sobre la gestión de los flujos migratorios; o a la más reciente Cumbre Iberoamericana, en la que examinamos la forma en que mejor podremos contribuir desde nuestro espacio compartido al cumplimiento de la Agenda 2030, incluyendo la lucha contra los efectos nocivos del cambio climático. Este paseo entre lo ensayístico y lo periodístico nos llevará también fuera de los corredores diplomáticos para aventurarnos en las regiones del mundo donde se está, literalmente, fabricando el futuro: nos acercaremos al África que desafía los tópicos; recorreremos China y su proyecto de la Nueva Ruta de la Seda; nos adentraremos en la India y su democracia en la era digital o navegaremos por el espacio Indo-Pacífico, el eje marítimo por donde discurre buena parte del comercio internacional. Y, por supuesto, intentaremos no perdernos en el laberinto europeo, más complicado si cabe por el *brexit*, por las campañas de desinformación y por la novedosa correlación de fuerzas tras las recientes elecciones al Parlamento Europeo.

No presento en esta recopilación de escritos, bien soy consciente de ello, un paisaje acabado conforme a los cánones de la belleza clásica. El mundo ya no es así, si alguna vez lo fue. Estamos ante un lienzo que refleja un paisaje inacabado e inabarcable, hecho de fragmentos en plena descomposición y recomposición. A nosotros nos toca intentar conferirle sentido, antes de que otros lo hagan por nosotros.



# ÍNDICE

Página

## UNIÓN EUROPEA

1. Europa ante sus retos.....	13
2. Mediterráneo: un destino compartido .....	17
3. Por una Europa más unida y más fuerte .....	23
4. Caleidoscopio europeo .....	29
5. Las migraciones: mito y realidad .....	35
6. A vueltas con el <i>brexít</i> .....	39
7. El <i>brexít</i> que no cesa .....	43
8. Europa ante la inmigración y el mundo árabe-musulmán	47
9. La Europa del <i>brexít</i> no va tan mal .....	55
10. ¿Cómo hacer más eficaz la política exterior de la UE?	59
11. Europa, entre China y Estados Unidos .....	65
12. Esta vez voto .....	71
13. Por un relanzamiento europeo.....	73
14. La Unión Europea y la crisis del orden liberal.....	79
15. Unión Europea: avanzar o desintegrarse .....	85
16. Europa en un mundo de gigantes.....	93
17. Vísperas europeas.....	97
18. Después de la elecciones europeas: por una Europa más política .....	105
19. Europa en el mundo que viene .....	109
20. La Europa que viene: los retos de una nueva legis- latura.....	1 17

## RELACIONES TRASATLÁNTICAS

21. Reflexiones sobre la Cumbre de la OTAN .....	127
22. Menos apoyo para Trump .....	133
23. La OTAN, los EE.UU y la seguridad europea .....	137
24. El síndrome de Múnich .....	143

## IBEROAMÉRICA

25. Ante la Cumbre Iberoamericana .....	149
26. La XXVI Cumbre Iberoamericana: multilateralismo y nuevo contrato social .....	153
27. Hacia un nuevo México.....	157

## ÁFRICA

28. La oportunidad africana .....	163
29. Marruecos se convierte en nuestro socio global y es- tratégico .....	167
30. Puerta del desierto, camino a Europa.....	173

## ASIA

31. India, protagonista de la globalización.....	181
32. De la campaña a la ruta.....	185
33. La nueva geopolítica del Indo-Pacífico: competencia y cooperación .....	193

## NACIONES UNIDAS

34. España: Horizonte 2030 .....	199
35. El comercio de la tortura .....	205
36. Hambrientos y obesos .....	209

	<u>Página</u>
37. Reformar, reforzar y sí, reivindicar la ONU .....	213
38. El Pacto Migratorio de Marrakech.....	217

## **ESPAÑA/CATALUÑA**

39. Ciudadanos de Catalunya.....	225
40. Dos polos no tan opuestos .....	229
41. Carta abierta al Sr. Carteton (foro Crans Montana)..	233

## **VARIOS**

42. Las cosas como son.....	241
43. Cuarenta años después, mirando al futuro.....	245
44. <i>Fake News</i> : la libertad en tiempos de desinformación.	249
45. Elogio de la medida .....	253
46. El español en el mundo interdependiente .....	257



**UNIÓN EUROPEA**



# 1

## EL PERIÓDICO DE CATALUNYA

25 de septiembre de 2018

### EUROPA ANTE SUS RETOS

«Las próximas elecciones europeas  
serán las más determinantes y polarizadas»  
«La cuestión migratoria no es una invasión»

Mientras en Nueva York se celebra la semana de sesiones de la 73.<sup>a</sup> Asamblea General de las Naciones Unidas, y en Salzburgo el Consejo Europeo se encalla en la búsqueda de una solución para el *brexit*, es bueno recordar el famoso discurso de Winston Churchill en Zúrich, pronunciado por estos días en 1946, en el que pedía que Europa se levantase de sus ruinas y se uniera para evitar nuevas guerras; pero advirtiendo, premonitoriamente, que el Reino Unido no formaría parte de esa unión.

En este momento de grandes cambios en el orden mundial y en la relación transatlántica, ¿cuál será el papel de Europa ante el ascenso de los radicalismos, nacionalismos y populismos, el «América first» de Donald Trump y la expansión del gigante chino? Es la pregunta que se plantea en todos los foros de debate, como hace unos días en el Foro Ambrosetti, donde se manifestaron las grandes diferencias entre posiciones euroescépticas como las de Matteo Salvini, ministro del Interior del actual Gobierno italiano, o eurófobas como las de Geert Wilders, líder del partido nacionalista holandés, y las proeuropeístas de los exprimeros ministros italianos Enrico Lettay Mario Monti, o del holandés Frans Timmermans, vicepresidente de la Comisión Europea.

Todo parece indicar que, en las elecciones del 2019, los ciudadanos europeos tendrán ante sí dos visiones diferentes de Eu-

ropa. Una, la que defiende el Gobierno español, favorable a profundizar la integración económica de la zona euro y a europeizar la política de inmigración y asilo con vistas a establecer una gestión solidaria de los flujos, y otra contraria a la acogida de refugiados y migrantes y a avanzar en la unión política.

Pero las cosas son más complicadas. Por ejemplo, Salvini cierra los puertos italianos y reclama que los salvados del naufragio vayan a otros países ribereños, pero la Hungría de Viktor Orbán rechaza un reparto de refugiados que, sin duda, beneficiaría a Italia. En cuanto a las discusiones sobre el futuro del euro, el Grupo de Visegrado, que reúne a varios países del Este que no son miembros de la unión monetaria, no desempeña un papel relevante y las posiciones en materia económica reflejan una división norte-sur más que este-oeste. Incluso en el terreno de la inmigración hay matices importantes. Francia ciertamente defiende la solidaridad en la gestión de las llegadas pero se muestra más reticente ante la migración económica, reto que hay que saber aprovechar en un continente en el que varios países, entre ellos España, envejecen a marchas forzadas. Y el Parlamento Europeo votó el 12 de septiembre, por una mayoría de dos tercios que parecía difícil alcanzar, a favor de incoar a Hungría el procedimiento sancionador previsto en los Tratados, ante algunas políticas cuestionables en materia de principios y derechos fundamentales.

En este complejo contexto, en el que las cuestiones identitarias, asociadas a los problemas migratorios, se unen a las de tipo socioeconómico derivadas de una crisis del euro que ha aumentado las desigualdades, se teme la formación de un gran grupo antieuropeo en Estrasburgo que pudiera llegar a ser el segundo en importancia, una previsión que me parece exagerada pero que dependerá de la capacidad de dar una respuesta operativa a escala europea a la cuestión migratoria, que no es una «invasión», pero que puede representar un problema de gestión para los países

de la frontera sur si no cuentan con el apoyo y la solidaridad del resto, como lo fue para Italia. Y con el riesgo de que el espacio Schengen, libre de controles en las fronteras interiores, acabe definitivamente cuestionado por la falta de una gestión común de la frontera exterior.

Por otra parte, las encuestas reflejan el mayor grado de apoyo a la construcción europea desde 1983, aunque al mismo tiempo el 40% tiene una visión negativa de la UE, lo que no deja de ser paradójico. Algo así como estar satisfecho del trabajo de alguien que, por otro lado, no te resulta muy simpático.

Con todo, las próximas elecciones europeas serán las más determinantes y polarizadas desde que el Parlamento Europeo se empezara a elegir por el voto directo de la ciudadanía, en 1979. La respuesta a las amenazas externas e internas y a retos transnacionales como el cambio climático y las migraciones, a las que se enfrenta Europa debería pasar por hacerla más fuerte y soberana, políticamente integrada y socialmente solidaria. Pero los equilibrios en los que se ha basado su construcción pueden verse profundamente modificados y nada será posible sin el compromiso de los europeos llamados a votar el próximo mes de mayo.



## 2

### LA VANGUARDIA

8 de octubre 2018

## **MEDITERRÁNEO: UN DESTINO COMPARTIDO**

«El Mediterráneo es el mejor ejemplo de la desigualdad»  
«Los retos existentes son tan importantes como las oportunidades»

Barcelona acoge por tercera vez en tres años la conferencia ministerial de la Unión por el Mediterráneo (UpM) y a los 43 países de las dos orillas que la integran. La UpM, que tiene su sede en Barcelona y que este año cumple su décimo aniversario, surgió del Proceso de Barcelona, que España impulsó en 1995 como una clara muestra de su liderazgo en todo lo que concierne al Mediterráneo.

La presencia en Barcelona de la UpM es un ejemplo indiscutible del interés general de Europa, y especialmente de España, por desarrollar una agenda regional de carácter integral y de la voluntad de asumir conjuntamente la responsabilidad de nuestro futuro compartido mediante realizaciones prácticas. España, Catalunya y Barcelona deben sentirse satisfechas de albergar la sede de esta imprescindible institución de cooperación internacional.

Este año, la reunión de la UpM será copresidida por la UE y Jordania, y debería ser la ocasión para hablar con franqueza de la evolución reciente de la región euro-mediterránea. El Mediterráneo de hoy no es el mismo de 2008, han pasado ya muchas primaveras desde entonces.

El Mediterráneo, hacia donde miran Europa y África, es el mejor ejemplo del mayor problema de esta época: la desigualdad.

Las relaciones entre la ribera norte y sur son asimétricas. En concreto, la línea que separa España de Marruecos es la frontera exterior más desigual de toda la Unión Europea, que a su vez es la región del mundo donde la desigualdad entre fronteras es menor. La frontera hispano-marroquí también supera en desigualdad a la existente entre Estados Unidos y México. En concreto, el PIB per cápita de España multiplica por 15 al de Marruecos, cuando el de Estados Unidos multiplica sólo por seis al de México.

Según datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Untad), el PIB de todos los países africanos juntos no supone más que el 2,79% del PIB mundial. El PIB de Europa supone 25,11%. La renta per cápita en África es de 1.787 dólares frente a 27.106 dólares.

A estos datos debemos añadir el factor demográfico, que incide negativamente en el crecimiento económico de África. Tanto es así que la ONU estima que África en el 2050 tendrá 2.500 millones de habitantes, frente a 450 millones en la Unión Europea. Y en el 2100, casi la mitad de la población mundial será africana. Hoy son ya 1.200 millones.

La magnitud de estos datos hace necesario, hoy más que nunca, que la UpM pueda cumplir de manera efectiva su función, que la Unión Europea y todos los Estados miembros tomen conciencia de la trascendencia de la situación y sean capaces de actuar de manera rápida, decidida y eficaz. No podemos esperar a que lleguen tiempos más fáciles ya que, desgraciadamente, desde el 2014, cada año mueren en el Mare Nostrum más de tres mil personas y la Organización Mundial de las Migraciones rescató el año pasado a cuatro mil perdidos en el desierto, sin que tengamos datos exactos de cuántos se quedaron allí.

La gravedad del contexto regional exige tomar medidas eficaces de manera urgente para transformar estos desafíos en oportunidades para las sociedades de ambas orillas.

Aunque el Mediterráneo es el reflejo en buena medida de muchos de los problemas de nuestro mundo, estos tienen solución si se deja de lado la retórica y se lanzan propuestas operativas que, sobre la base de una cooperación estrecha y reforzada, respondan a las exigencias de una mayor prosperidad, mejores servicios y de un espacio político abierto entre dos mundos que comparten historia y geografía.

La UpM tiene una vocación eminentemente práctica. Por ello, además de ser un foro para el diálogo político, debe ofrecer resultados concretos que sirvan como base para una mayor integración regional, que hoy se muestra todavía incompleta y frágil, e impulsen proyectos de desarrollo sostenible y de igualdad.

Antes de la reunión ministerial, la sociedad civil se reunirá en Barcelona para hacer avanzar el programa Med4Jobs, una iniciativa que comprende 13 proyectos de creación de empleo en varios países del Sur del Mediterráneo, destinados sobre todo a jóvenes y mujeres. El proyecto más emblemático hoy, sin duda, es la planta central desalinizadora de Gaza, que permitirá a dos millones de palestinos disponer de agua de calidad.

A pesar de todas las dificultades, la región en su conjunto registra hoy un crecimiento económico intenso y sostenido. Las posibilidades de cooperación son enormes. Desde el punto de vista energético, el desarrollo de las energías renovables en el Norte de África puede cambiar el mapa de suministro en Europa, permitiendo una mayor diversificación de las fuentes y contribuyendo a la lucha contra el cambio climático. Este es otro ámbito en el que el trabajo conjunto es imprescindible, ya que el calentamiento global no entiende de fronteras.

También el crecimiento demográfico ofrece oportunidades de desarrollo y expansión para las empresas europeas, tanto a través de la inversión en la región como de la apertura de nuevos mercados. El incremento de la presencia empresarial de China y de

otros países pone de mani f esto el enorme potencial de la región en términos económicos, que Europa debe aprovechar.

Los retos existentes son tan importantes como las oportunidades. Su manifestación más visible son los f ujos migratorios. Se trata de un fenómeno que debemos gestionar combinando el realismo con la responsabilidad y el respeto a los derechos humanos. El cierre total de nuestras fronteras no es posible ni deseable. El chiudiamo i porti no es una solución. La apertura total tampoco. La UE sigue sin disponer de una política común de migración y asilo y este es su desafío más importante.

Es necesario un gran acuerdo migratorio entre Europa, África y Oriente Próximo sobre la base del reciente pacto Global de las Naciones, que abogue por una migración regular , segura y ordenada.

Pero hemos de entender que no hacemos frente a una sola crisis sino a varias crisis profundamente interrelacionadas, que se refuerzan entre sí. Si intentamos abordar alguna de ellas sin incluir al resto, fracasaremos.

Hablar de un Plan Marshall para África es ya un lugar común. Todo responsable político carente de recursos se acoge a este mantra, al que resulta fácil de apelar sin saber muy bien lo que implica. Resulta difícil imaginar que las circunstancias f nancieras actuales permitan una aportación de fondos similar a la que recibió Europa en su momento. No obstante, la vitalidad de las empresas europeas, unida a las nuevas facilidades para la inversión y el comercio existentes, pueden contribuir a un proceso de crecimiento económico que genere empleo, lo cual es clave para lograr la estabilidad en la región.

También es fundamental dar respuesta a una población joven (15-24 años) que en 2020 alcanzará los 246 millones de personas en el continente africano. Por ello, los programas de formación y de intercambio cultural deben ser el eje central de nuestra po-

lítica mediterránea, aumentando el número de becas de estudio euromediterráneas sobre la base de Erasmus Plus.

La renovada toma de conciencia de los desafíos, de las oportunidades y de la necesidad de actuar de manera urgente debe realizarse desde la conciencia de la profunda interdependencia de las dos orillas del Mediterráneo, y aprovechando las sinergias del impresionante legado histórico y cultural que nos une. Sólo así podremos garantizar nuestra propia estabilidad y prosperidad.



# 3

## EL PAÍS

25 de octubre de 2018\*

### **POR UNA EUROPA MÁS UNIDA Y MÁS FUERTE**

«Si la UE no existiese, habría que inventarla»  
«La UE es un instrumento de prosperidad compartida»

La UE y el mundo han cambiado mucho desde las últimas elecciones al Parlamento Europeo de 2014. Entonces se sentían con toda su crudeza las consecuencias sociales de la crisis del euro y se temía por su supervivencia. Hoy, después de una década perdida, el PIB europeo ha recuperado su valor precrisis. Pero con grandes divergencias entre países. La carga del ajuste se hubiese debido distribuir mejor entre deudores y acreedores. El resultado no ha sido bueno para la cohesión europea, con mayor desigualdad en muchos países y una división Norte-Sur que debilita la confianza mutua necesaria para avanzar en la unión política. Todavía no se había producido la crisis de los refugiados de Oriente Próximo ni el gran aumento de los flujos migratorios africanos. Un problema que puede ser el más poderoso disolvente de la unión entre europeos y que ha enfrentado a los países del Este, más Italia, con los del Oeste de Europa.

Reino Unido todavía no había decidido abandonar la UE. La geopolítica mundial también ha cambiado. Los EE UU de Trump se desvinculan de Europa, abandonan el multilateralismo, denuncian los acuerdos de París sobre cambio climático y el pacto

---

\* (Publicado también en La Repubblica, Italia, 2 de noviembre de 2018)  
(Publicado también en Le Monde, Francia, 2 de noviembre de 2018)

nuclear iraní y se convierten en el campeón del proteccionismo. China aparece como el defensor del libre cambio y Rusia emerge como potencia militar . La amenaza terrorista persiste. Los adversarios interiores de una Europa libre, solidaria y unida tienen ahora poderosos aliados externos.

¿Cuál es el futuro de esa UE, de la que, según el último Eurobarómetro, el 68% de los europeos (75% de los españoles) consideran que ha sido positiva para su país pero al mismo tiempo el 50% dicen no estar contentos con la dirección que está tomando? Quizás esa UE fue un invento del siglo pasado para resolver problemas intraeuropeos en un mundo bipolar que todavía no se había globalizado. Un invento que ha permitido superar los antagonismos que tanta muerte y destrucción causaron. Pero la paz ya no es motivación suficiente, sobre todo para las jóvenes generaciones, mientras el recuerdo de la guerra desaparece con los que la vivieron.

La unión solo puede ser en clave federal, aceptando un proceso diferenciado de integración entre sus Estados. Por eso, ante la acumulación de amenazas exteriores y de problemas interiores citados, surgen dudas sobre la perennidad de ese gran proyecto de la posguerra.

Y, sin embargo, si la UE no existiese habría que inventarla. Pero para que sobreviva hay que reinventarla, haciéndola más unida para que pueda ser más fuerte. Y eso exige que hable con una sola voz para actuar con una lógica de potencia global, con fuertes relaciones de cooperación con sus vecinos más próximos, especialmente con África; que su crecimiento sea más robusto e incluyente, que las economías de sus países converjan y que sea capaz de ganar la batalla de la innovación tecnológica.

Las próximas elecciones europeas serán la prueba de fuego sobre el futuro de la UE. Los resultados electorales muestran el

avance de los que, desde la derecha o la izquierda, rechazan la integración europea. Es culpa de los populismos, decimos, cubriendo con esta palabra multiuso las diversas manifestaciones de la desafección ciudadana hacia un proyecto legitimado por sus resultados más que por sus procesos de decisión.

¿Y si para luchar contra los populismos tuviéramos que hacer que Europa fuese popular? Es decir, percibida como el más poderoso instrumento de protección frente a la inquietud creada por la globalización y el resurgir de los fantasmas del nacionalismo. Para ello, los dirigentes políticos europeístas de cada país tienen que convencer a sus ciudadanos de que su futuro pasa por reforzar su unidad, de que cada país solo no podrá influir en los problemas del mundo, de que Europa se empieza a construir en casa porque los que deciden en Bruselas no son extraterrestres sino los que previamente han sido elegidos en cada país. Y combatir las falacias que presentan la liberación del «yugo de Bruselas» como el bálsamo milagroso contra todos los males.

Pero profundizar en una unión, que necesariamente implica comunitarizar riesgos y oportunidades, exige también una mayor participación y control democrático de las decisiones. Históricamente, la integración europea se ha construido mediante acuerdos entre las élites políticas nacionales con el «consenso permisivo» de sus ciudadanos. Pero esto se ha acabado. Hoy se ha tomado conciencia, y es una buena noticia, de la importancia de lo que se decide en Bruselas. Pero muchos sienten, con razón o sin ella, que no tienen influencia en esas decisiones; no identifican quién es responsable de qué ni bajo qué legitimidad actúan las instituciones en las que los Gobiernos ejercen una soberanía compartida.

Hay que dar razones para que perciban a la UE como un instrumento de prosperidad compartida que favorezca una distribución equitativa de la renta y aumente su influencia en el mundo.

Y hay que reconocer que, desde esa perspectiva, los resultados de la Unión no han sido satisfactorios en la última década. Y eso explica la desafección de muchos ciudadanos. No debemos refugiarnos en una actitud eurobeata y acrítica con algunas políticas de la UE sino también explicar que las críticas a la UE no son siempre justas. Confundimos como imposiciones de Bruselas los límites a nuestra soberanía resultantes de la creciente interdependencia del mundo globalizado o de las restricciones resultantes de los Tratados europeos que hemos aceptado soberanamente.

También hemos llegado al final del sistema por el cual la UE se ocupaba de la macroeconomía y los Estados de la distribución de la renta. Y entre una UE liberalizadora, que impulsaba la competencia y suprimía barreras económicas nacionales, mientras los Estados utilizaban políticas redistributivas para proteger, mal que bien, a los perdedores de esa liberalización económica en el ámbito europeo y de la apertura al mundo. Consciente de que las desigualdades no podían ser totalmente aliviadas por las políticas redistributivas a escala nacional, Delors lanzó los fondos de cohesión, creados a iniciativa española, para favorecer la convergencia económica entre los países de la UE. Pero las economías europeas han divergido en los últimos 10 años, perdiendo su convergencia precrisis.

La crisis económica, con su secuela de desigualdad y empobrecimiento de la clase media, y los temores provocados y alimentados, por la inmigración han generado una reacción nacionalista, populista y extremista. Los perdedores de la globalización, sintiéndose desamparados, han buscado la protección de lo que mejor conocen: el Estado nación, y lo han hecho en clave identitaria.

La unión de los europeos necesita una dimensión social y protectora si queremos promover la adhesión ciudadana al proyecto europeo. Es difícil imaginar la sostenibilidad a largo plazo de una unión monetaria sin un presupuesto con efectos redistributivos

y estabilizadores ante los choques asimétricos. Necesitamos un reequilibrio entre la dimensión monetaria de la política económica europea, que no puede hacerlo todo y siempre, y su dimensión fiscal. Y abandonar la regla de la unanimidad en materia tributaria y de política exterior.

Necesitamos una Europa social. Pero no se pueden proclamar grandes objetivos sociales con un presupuesto del 1% del PIB europeo. Sin capacidad de financiarlos, son la mejor forma de crear frustración y desafección.

No poder contar con el paraguas militar estadounidense puede ser una oportunidad para desarrollar las capacidades estratégicas europeas. La respuesta al *America first* debe ser Europa unida. La gran batalla cultural de nuestro tiempo es construir sociedades a la vez abiertas y cohesionadas. La UE debe demostrar a sus ciudadanos que puede protegerlos mejor y crear más oportunidades que el repliegue nacionalista y las economías cerradas.

Pero para eso hay que ser fuerte. Y la fuerza, en un mundo dominado por gigantes políticos y económicos, solo puede venir de la unión. Y esta solo puede ser en clave federal, aceptando un proceso diferenciado de integración entre sus Estados, porque no todos tendrán la misma voluntad de hacerlo.



# 4

## EL MUNDO

14 de noviembre de 2018

### CALEIDOSCOPIO EUROPEO

«En los últimos años se ha roto el contrato social europeo»

«Tenemos que hacer que Europa sea popular»

El mapa electoral del continente europeo se asemeja cada vez más a un caleidoscopio, con creciente número de colores (partidos) y formas (coaliciones) que varían a medida que lo giramos a través de la geografía europea. Un vistazo a las últimas elecciones nacionales y regionales permite constatar el fin de la hegemonía de los grandes partidos de la posguerra y la creciente fragmentación del panorama político europeo.

Luxemburgo, a pesar de ser un país del tamaño de una gran capital europea, se ha convertido en el paradigma de esta tendencia. En sus elecciones legislativas, los cristianodemócratas pierden dos escaños y los socialistas tres escaños, suben los verdes (más tres escaños), grandes vencedores de esta contienda, y la derecha nacionalista de la ARD (más un escaño).

En la Baviera alemana, la CSU ganó las elecciones con un 37,2% de los votos pero perdió 10 puntos respecto a las elecciones de 2013, su peor resultado en los últimos 60 años. Por su parte, el SPD ha perdido la mitad de sus apoyos (del 20% al 9,7%), pasado de ser la segunda a la quinta fuerza.

En Hesse (Alemania), pese a ganar las elecciones, la CDU cae 11 puntos, pasando del 38,3% en 2013 al 27% actual. En la misma línea, el SPD ha pasado del 30,07% al 19,8%, también el peor resultado de los socialdemócratas en este estado federado desde la posguerra.

El abrazo del oso de la CDU y una Merkel de perfil múltiple que ha impedido al SPD marcar contorno político propio, sigue desangrando al partido socialista más antiguo de Europa.

Mientras, los partidos de extrema derecha continúan en ascenso en Europa occidental, incluso en grandes países como Alemania o Italia. Por primera vez, Alternativa para Alemania (AfD) obtiene representación en los 16 estados federados alemanes después de entrar en el parlamento de Wiesbaden (Hesse) con un 13,1% y en el bávaro con un 10,2%. Y en la región italiana de Trentino-Alto Adige, la Liga del vicepresidente Salvini ganó las elecciones multiplicando por seis sus resultados anteriores hasta llegar casi al 50% del voto.

Pero el que no se consuela es porque no quiere: también suben los Verdes, una fuerza progresista que articula un discurso pro europeo y pro inmigración claro y desacomplejado. En Hesse los verdes pasan del 11,1% al 19,8% y en Baviera doblan sus votos (del 8% al 17%). También obtuvieron buenos resultados el año pasado en Holanda y su candidato se convirtió en el presidente de Austria.

En cambio, los partidos socialdemócratas europeos han pasado de representar el 40% de los votos en los años 90 y principios de los dos mil a caer al 20%, y a veces por debajo, durante los últimos cinco años. Actualmente, incluso este porcentaje está en peligro. Y eso, sin fijarnos en sus preocupantes resultados en el Este de Europa, si bien los ultraconservadores polacos acusan el desgaste, perdiendo el control de las grandes ciudades como Varsovia o Cracovia, pero no necesariamente en beneficio de la izquierda.

Las causas de la pérdida de apoyo de los socialdemócratas en toda Europa son múltiples y varían de un país a otro. Pero se pueden identificar algunos rasgos comunes.

En los últimos años se ha roto el contrato social europeo. Los efectos de la globalización, la revolución tecnológica y la liberalización en la UE, en aras a facilitar la libre competencia y crear un mercado único, han llevado a muchos ciudadanos europeos a concluir que sus hijos tendrán menos oportunidades de las que ellos tuvieron.

A los ojos de una parte grande de la ciudadanía, los partidos tradicionales no han sido capaces de desarrollar un modelo que les proteja de los efectos nocivos de la globalización. El resultado ha sido un aumento del nacionalismo y del extremismo. Los perdedores de la globalización, sintiéndose desamparados y abandonados, han buscado la protección de las fuerzas que abogan por un repliegue en lo que mejor conocen: el Estado nación.

Frente a la tentación de copiar a los extremistas o forjar grandes coaliciones nacionales a la alemana, cabe constatar que es posible ganar elecciones desde posiciones europeístas buscando formar sociedades abiertas y a la vez cohesionadas, que es, por cierto, lo que defiende el Gobierno socialista español. Otra pista nos la puede dar el partido del empresario Köllensperger en Bolzano (Tirol del sur), que consiguió la segunda posición con una plataforma pro-europea en la que ha presentado a la UE como garantía de bienestar y libertad frente a los ataques de los nacionalismos.

Partiendo de estas dinámicas electorales a nivel nacional y regional, cabe preguntarse por su traslación a las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2019.

De acuerdo con las últimas proyecciones examinadas por la Fundación Delors-Notre Europe y en consonancia con lo expuesto, los democristianos, con 178 escaños, y los socialdemócratas, con 137, perderían apoyos y, por primera vez, dejarían de sumar la mayoría absoluta de los escaños, que en el nuevo Parla-

mento será de 353. Los socialistas, a pesar de previsibles subidas en España y Portugal, acusan la salida del laborismo británico y la debilidad de los partidos en Francia e Italia. Pero seguirían siendo la segunda fuerza política europea.

La alianza de los liberales y demócratas se acercaría a los cien escaños si logran sumar al partido de Macron, mientras que verdes y la izquierda unitaria como mínimo se mantendrían cada uno en sus 50 escaños actuales.

Si fuera así, se mantendría la actual mayoría pro-europea pero será necesario construir una coalición parlamentaria más amplia para elegir al próximo presidente de la Comisión y sacar adelante su programa legislativo, con las complicaciones que conlleva poner de acuerdo a tres o cuatro partidos.

En cambio, frente a algunos pronósticos catastróficos que se han venido oyendo, al igual que sucedió en 2014, los eurófobos y euroescépticos, que no son la misma cosa y que hoy están repartidos en tres grupos distintos, pasarían solamente de 151 a 160 escaños.

Solo en el improbable caso de que se pusieran de acuerdo movimientos tan heterogéneos como las derechas pro rusas de Occidente con las anti Putin de Oriente, el Movimiento 5 Estrellas italiano con la ultraderecha alemana y los conservadores nórdicos, y Orban saliera del Partido Popular Europeo, cabría imaginar un único grupo nacionalista que alcanzara estatus de segunda fuerza, aunque quedaría aislado por todos los demás.

Pero no hay que conformarse, porque estos partidos sin duda aumentarán su influencia, y sobre todo en el Consejo por su llegada a algunos gobiernos nacionales. Por lo que, para combatir eficazmente los nacionalismos populistas, tenemos que hacer que Europa sea popular. Para ello es imprescindible reforzar su dimensión social y cultural. La UE debe de ser percibida como el más poder-

roso instrumento para construir una sociedad europea fuerte en su unidad, que le permita pesar en la gobernanza de la globalización. Solo así conjuraremos los recurrentes fantasmas nacionalistas del pasado, cuyo infausto legado acabamos de recordar a propósito del Centenario del fin de la Primera Guerra Mundial.



# 5

## THE EUROPEAN

Diciembre 2018

### **LAS MIGRACIONES: MITO Y REALIDAD**

«Nos encontramos hoy ante el reto  
de cómo gestionar el fenómeno migratorio»  
«Si nos equivocamos con el diagnóstico,  
nos equivocaremos con la respuesta»

Los grandes retos forjan las sociedades. Los europeos, incluidos los españoles, nos encontramos hoy ante el reto secular de cómo gestionar el fenómeno migratorio del que depende en buena medida el destino de Europa, nuestro futuro, así como el momento presente. Si pensamos en las elecciones europeas de mayo de 2019, lo cierto es que no es tarea fácil hacer frente a algunos representantes políticos cuyo rigor no domina su discurso migratorio.

Están consiguiendo fijar en el imaginario colectivo una realidad que no existe y, además, con cierto éxito: Orban ha sido reelegido por tercera vez en Hungría; Zeman por segunda vez en la República Checa; Kacynski en Polonia; el caso de Austria; la AFD en Alemania; Salvini en Italia y la amenaza de Bannon con The Movement -proyecto para Europa que dé continuidad al brexit y a los postulados de la Liga Norte en Italia. Se ha formado así una gran coalición anti europea. Por suerte, no es éste el caso por ahora de países como España, donde la cuestión migratoria no divide a la sociedad ni ha dado lugar a fuerzas políticas xenófobas. En todo caso, estos políticos manejan términos de percepción y no de análisis veraz de la realidad. Juegan con miedos capaces de ocultar verdades

La Comisión Europea publicó el 13 de abril de 2018 los resultados de la encuesta Especial Eurobarómetro 469 sobre «Integración de inmigrantes en la Unión Europea». Según los resultados, solo una minoría (37%) de los europeos piensa que está bien informada sobre cuestiones relacionadas con la inmigración y la integración. Los encuestados y encuestadas tienden a sobreestimar el número de inmigrantes no comunitarios. En 19 de los 28 Estados miembros, la proporción estimada es al menos el doble de real y en algunos países incluso mayor.

Como nos recordaba George Orwell, nuestro primer deber cuando se ciernen amenazas sobre las democracias liberales es preservar la integridad del lenguaje político. Al contrario, la primera tarea que acometen los enemigos de las sociedades plurales y abiertas como las nuestras consiste en pervertir ese mismo lenguaje. Así sucede también con las migraciones. Pero no confundamos los llamativos titulares con la realidad. Si nos equivocamos con el diagnóstico nos equivocaremos con la respuesta. Los picos de llegadas a las costas españolas, griegas o italianas no son meros episodios coyunturales sino un fenómeno recurrente de naturaleza estructural.

Se trata de un panorama de pobreza (36 países de los 41 del grupo con más bajo nivel de desarrollo humano son africanos, según el Índice de Desarrollo Humano del PNUD), de afecciones debidas al cambio climático (sequías que afectan al 22% de la población, inundaciones, malas tierras), de falta de paz y de seguridad. Tras una reducción durante 1995 y 2014, se ha duplicado el número de refugiados en el continente desde 2015. Hoy, seis millones de africanos conforman el 26% de los refugiados del mundo; la mayoría de las misiones de paz de Naciones Unidas están en África y el desempleo, sobre todo juvenil y femenino, representa una enorme frustración. La mayor de las causas que

animan los flujos migratorios son sin duda las limitadas oportunidades económicas que imposibilitan una vida digna en los países de origen.

Por otra parte, como consecuencia de ser una economía desarrollada y contar con una población cada vez más envejecida, la UE se ha convertido en un destino migratorio mundial y atrae entre 1,5 y 2,5 millones de inmigrantes al año de fuera de la UE. Aunque son cifras que pueden parecer considerables, suponen apenas entre el 0,3% y el 0,5% de la población total de la UE (508 millones).

Es una simple cuestión de equilibrios. Baste recordar que África ha pasado de una población de 477 millones de personas en 1980 a 1250 en 2017, con una estimación de alcanzar 2.500 millones en 2050, lo que equivaldría al 40% de la población mundial en 2100. Mientras tanto, en Europa nos encontramos ante el invierno demográfico y el envejecimiento de nuestras poblaciones. España es un ejemplo extremo. Hasta 2050 Europa perderá 80 millones de personas en edad de trabajar y África ganará 800 millones. Sólo si somos conscientes de esta realidad y empleamos un lenguaje cabal y razonable para describirla, evitando manipulaciones demagógicas, estaremos en disposición de convertir este desafío en una gran oportunidad para África, España y el resto de Europa.

Hasta la fecha, los Estados miembros de la UE no han sido capaces de acordar una respuesta europea en este terreno. El sistema de asilo tiene demasiados desequilibrios y desde antes de 2015. El Reglamento de Dublín, que pretendía racionalizar los procesos de postulación de solicitantes de asilo de acuerdo a la Convención de Ginebra, no está pensado para gestionar las elevadas llegadas irregulares y por mar de inmigrantes económicos. Es preciso que se apruebe su reforma cuanto antes, incluyendo el mecanismo permanente de cuotas.

En consecuencia, hay que avanzar hacia un sistema que sea efectivo, capaz de reducir el tráfico irregular, combatir las mafias, establecer canales humanitarios de migración legal, proteger y garantizar el trato priorizando el salvamento de vidas en peligro- Esto requiere una gestión de conjunto, una política migratoria compartida.

Europa deberá, en el marco de una estrecha asociación entre los dos continentes, tal y como ha propuesto el presidente Juncker contribuir más decisivamente al desarrollo a largo plazo de África, sobre todo en lo que se refiere al fortalecimiento institucional.

De este modo la emigración será una opción libremente escogida y estructurada mediante vías legales y seguras, y no una obligación fruto de la presión que ejercen sobre las personas los conflictos armados, las violaciones masivas de Derechos Humanos, la inseguridad ciudadana o la falta de oportunidades profesionales, sobre todo para los jóvenes.

# 6

## EL PERIÓDICO DE CATALUNYA

8 de diciembre de 2018

### **A VUELTAS CON EL *BREXIT***

«Los acuerdos entre Europa y el Reino Unido  
no incluirán a Gibraltar»

«La experiencia está demostrando lo difícil  
que es llevar a cabo la desconexión»

El próximo martes, 11 de diciembre, sabremos si Westminster aprueba el Acuerdo de Retirada que permite la salida ordenada del Reino Unido de la Unión Europea. Dicho tratado abre la puerta a un periodo transitorio, que puede durar años, durante el cual se negociará la «relación futura» entre Gran Bretaña y la UE. Aunque Theresa May ese día prevalezca, la historia del *brexít* no se habrá terminado. Pero al menos se evitará el caos que generaría una ruptura brusca.

España mantuvo su veto al texto hasta conseguir que quedase claro que los acuerdos sobre la «relación futura» entre Europa y el Reino Unido no incluirán a Gibraltar. Los británicos acabaron aceptando, en un intercambio de declaraciones con el Consejo y la Comisión Europea, la interpretación que defendía España del ahora famoso artículo 184.

Eso no quiere decir que no se puedan negociar acuerdos entre la UE y Gran Bretaña sobre el Peñón. Pero la UE se ha comprometido mediante declaraciones del Consejo Europeo y la Comisión a que nada se podrá acordar sobre su relación con Gibraltar si España no está de acuerdo. Y, aunque ni el Gobierno británico ni el de la «roca» ni los partidos de la oposición lo quieran reconocer

eso nos permite encarar desde una posición de fuerza la siguiente fase negociadora de un interminable *brexit*.

El *brexit* nos afecta mucho porque las relaciones entre España y el Reino Unido son especialmente intensas. Gran Bretaña es el principal destino de nuestras inversiones y el segundo inversor en nuestro país. Hay más de 300 empresas españolas en aquel país, con una presencia muy diversificada: bancos, servicios financieros, infraestructuras de transporte, energía, telecomunicaciones, salud... Además, España es el destino preferido de los turistas británicos, el 25% de los que recibimos anualmente.

Para saber por dónde va el proceso y cómo nos afecta, conviene aclarar que el Reino Unido no es parte de la declaración de la Unión Europea que reconoce a España el derecho de veto

Lógico, pues, que a españoles y británicos el *brexit* nos preocupe. Ahora se reconoce por sus propios promotores que el resultado del referéndum estuvo muy irf uido por información falsa: uno de los principales argumentos que utilizó la campaña del «leave» fueron los famosos 350 millones de libras que se ahorraría el Reino Unido cada semana.

La experiencia está demostrando lo difícil que es llevar a cabo la «desconexión» de Gran Bretaña de la UE, aunque tenga su propia moneda (no está en el euro) y su propia frontera (no está en Schengen). Parece mentira que se haya podido hacer creer que Catalunya, compartiendo con España moneda, fronteras, e instituciones económicas y políticas de todo tipo, pudiese convertirse de la noche a la mañana en un Estado independiente.

Volviendo a Gibraltar, el Acuerdo de Retirada contiene un Protocolo específico que explica cómo aquel se aplicará a ese territorio, que no es parte integrante del Reino Unido como lo son Escocia o Gales, sino que es un Territorio Británico de Ultramar, cuya representación exterior le corresponde a dicho país y que es considerado por la ONU como un territorio a descolonizar.

Como complemento a dicho Protocolo, España ha suscrito con Gran Bretaña cuatro acuerdos bilaterales que resuelven algunos de los problemas de las relaciones del Peñón con España en materia de derechos de los ciudadanos, tabaco, medioambiente y cooperación policial y aduanera, respectivamente, y otro más sobre fscalidad, que tendrá el rango de tratado internacional. Estos acuerdos mejorarán sensiblemente la situación del Campo de Gibraltar.

En la polémica que se produjo sobre esos acuerdos, la Generalitat se puso del lado de Gibraltar y del Reino Unido, y la oposición, muy patrióticamente, negó validez jurídica a las declaraciones antes citadas. Por supuesto Theresa May también lo hizo, pero su actitud es más comprensible. El Gobierno de Gibraltar los consideró «papel mojado», lo que debe alertar sobre su credibilidad en negociaciones futuras. A todos convendría recordarles el artículo 31 de la Convención de Viena sobre Derecho de los Tratados, donde se especifica que dichas declaraciones se consideran una interpretación auténtica del tratado, es decir, jurídicamente vinculante, pues hay que tener en cuenta «además del texto», «todo acuerdo que haya sido concertado entre todas las partes con motivo de la celebración del tratado».

El Reino Unido no es parte de la declaración de la UE que reconoce a España el derecho al veto sobre los acuerdos futuros de Europa con Gran Bretaña sobre Gibraltar. ¿Cómo iba a serlo si en esas negociaciones este Estado ya no estará en la UE? Son cuestiones que conviene aclarar para conocer por dónde va el *brexit* y cómo nos afecta.



# 7

LA VANGUARDIA

21 de enero de 2019

## EL *BREXIT* QUE NO CESA

«Se ha perdido ya mucha energía política  
en un asunto del pasado»

«El mundo sigue galopando deprisa y Europa  
se está quedando atrás»

Si no fuera algo tan serio, la señora May podría hacer con el *brexít* lo mismo que Puigdemont hizo con la declaración unilateral de independencia: proclamarlo pero suspender inmediatamente sus efectos. Al paso que vamos, puede que el *brexít* interminable acabe así.

Por proclamas que no quede. Después de que el Parlamento rechazara contundentemente el acuerdo de retirada que había pactado con la Unión Europea, May ha vuelto a reiterar su compromiso de sacar al Reino Unido de ésta. Pero seguimos sin saber cómo, y ahora ya ni cuándo. Tampoco en qué consistiría eso de salir de la Unión Europea, sin que las tautológicas apelaciones a «*brexít* means *brexít*» lo aclaren.

Algunas formas de salir se parecen bastante a quedarse. Por ejemplo, permanecer en la unión aduanera y en el mercado interior, la solución llamada Noruega Plus, equivaldría en la práctica a mantener los lazos fundamentales que ligan al Reino Unido con la UE pero perdiendo toda capacidad de decisión, e implicaría seguir contribuyendo al presupuesto comunitario sin acabar con la libertad de movimiento, que era uno de los grandes objetivos que justificaba el *brexít*. Ello equivaldría a saltarse todas las líneas

rojas que la propia May se autoimpuso para definir en qué consistía el *brexít*. Para ese viaje no hacía falta tanta alforja.

Pero en Westminster parecen tenerlo claro. Rechazan ese acuerdo pero tampoco sabemos lo que quieren. Los 432 votos frente a 202 es una diferencia demasiado grande para superarla modificándolo marginalmente y la UE no está dispuesta a renegociarlo en profundidad.

Al mismo tiempo, nadie parece querer una salida sin acuerdo, que sería perjudicial para todos, especialmente para el Reino Unido. Habrá que ver las ideas nuevas que May pueda aportar: la UE estaría en su derecho de exigir garantías de que cuentan con suficiente apoyo parlamentario para no volver a tropezar con la misma piedra. Ello requeriría un acuerdo entre conservadores y laboristas, que no parece fácil. Corbyn reclama que se excluya la posibilidad misma de una salida sin acuerdo y pide que el Reino Unido permanezca en la unión aduanera. Una solución razonable pero que produciría seguramente la implosión del partido conservador.

Para cualquier solución que evite la salida sin acuerdo hará falta prorrogar la fecha límite prevista del 29 de marzo. El Reino Unido lo puede solicitar, con la aprobación de su Parlamento, y los 27 lo pueden aceptar por unanimidad. Así debiera ocurrir porque a nadie le conviene aparecer como el responsable del *no deal*. Pero, ¿por cuánto tiempo? Si el Reino Unido sigue siendo miembro de la UE cuando se celebren las elecciones europeas, tendrían en principio que elegir eurodiputados británicos, designar su comisario y participar en las negociaciones del próximo presupuesto plurianual. Pero ya se han reasignado una parte de los escaños británicos a otros estados, complicando aún más un ya muy complejo escenario europeo.

Por eso hay quien piensa en un plazo largo, nada menos que de cinco años, para completar el *brexít*. Pero eso sería cronificar el

problema y mirar al futuro de Europa por el retrovisor . Se ha perdido ya mucha energía política en un asunto del pasado, en lugar de centrarnos en los problemas de los que depende la perennidad de la UE, como completar el euro, la inmigración o el papel de Europa en el mundo. Por otro lado, un Reino Unido que permaneciese en la UE por no poder hacer efectiva la salida que sus ciudadanos votaron sería una receta para la ineficacia y la frustración. Y los británicos no pueden esperar que los europeos resolvamos sus problemas políticos internos.

Larga o corta, hay que saber para qué se pide la prórroga. Quizás para reconsiderar cómo se expresa la voluntad popular , porque es legítimo preguntarse cómo ésta se expresa mejor . ¿Mediante un referendo cuyo resultado depende de informaciones falsas, como los 350 millones de libras semanales que «Bruselas nos roba», propagadas por f autistas de Hamelin que desaparecen después de reconocer que se equivocaron/engañaron? ¿O debe ser el Parlamento, compuesto mayoritariamente por diputados contrarios al *brexit*, el que busque una salida a una situación bloqueada? Aumentan los partidarios de un nuevo referéndum y los tabloides que claman: «El Parlamento contra el pueblo». Y con el sistema electoral británico, unipersonal mayoritario a una sola vuelta, la diferencia entre mayoría social y parlamentaria es estructuralmente muy grande.

En dos años, la simple evolución demográfica, jóvenes a favor, mayores en contra, podría cambiar el resultado, como anticipan las encuestas. Pero, ¿por qué margen de diferencia? Una decisión de esta transcendencia debe requerir mayorías reforzadas y un debate informado libre de falsedades y de espejismos colectivos.

El *brexit* es una gran lección. Viendo lo extremadamente complicado que resulta la salida del Reino Unido de una unión supranacional con la que no compartía ni moneda ni frontera, ¿cómo se ha podido hacer creer que Catalunya se podía «desconectar»

de España de forma unilateral, a pesar de tener lazos mucho más intensos que los del Reino Unido con la UE?

Pero esta es otra cuestión. Ahora hay que esperar a ver qué propone la premier May. Pero hay que decidir pronto cómo se resuelve el *brexit*, o el *no-brexit*, porque el resto del mundo sigue galopando cada vez más deprisa y Europa se está quedando atrás.

# 8

## REPUBLICA DE LAS IDEAS

24 de enero de 2019

### **EUROPA ANTE LA INMIGRACIÓN Y EL MUNDO ÁRABE-MUSULMÁN**

«En la cultura europea hay un pilar árabe»  
«La gestión de las identidades  
es más compleja que la gobernanza del euro»

Aunque la actualidad este dominada por el Brexit y la crisis de Venezuela, problemas ambos que parecen irresolubles, el mundo no se para y otras cuestiones reclaman nuestra atención de forma más estructural. Así, hemos celebrado en Bruselas en el seno del Consejo de Asuntos Exteriores de la UE una reunión ministerial con los países del sudeste asiático agrupados en Asean y otra con los de la Unión Africana. Y preparado otra para febrero entre la UE y la Liga de Estados Árabes (LEA), a la que seguirá en Egipto la Cumbre de jefes de Estado y de gobierno, que será la I Cumbre de esta naturaleza entre ambas organizaciones regionales.

Es evidente que, para nuestro continente y para España en particular, el mundo árabe-islámico tiene una gran importancia en el campo de la seguridad, la energía, el cambio climático y las migraciones, pero también desde el punto de vista del entendimiento entre culturas y civilizaciones y, por tanto, en lo relativo a la dimensión política de nuestra relación.

Aunque hasta ahora nos creíamos inmunes a esas dinámicas, también en España empiezan a obtener réditos electorales los partidos políticos que quieren convertir a los inmigrantes, y en particular a los que son musulmanes y a la civilización islámica en general, en un enemigo exterior a batir o expulsar.

El fenómeno migratorio es parte de este rechazo. Pero nos guste o no, los desequilibrios demográficos lo van a convertir en algo con lo que tendremos que aprender a vivir. En 2050 el mundo tendrá 9.700 millones de personas y Europa, que seguirá teniendo más o menos los 500 millones actuales, representará el 5 por ciento de la población mundial. África, en cambio, tendrá 2.500 millones. Es decir, en 2050 habrá cinco veces más personas en el continente vecino que en Europa. De ahí la necesidad de abordar la dimensión sociocultural del fenómeno migratorio.

Las migraciones podrían ser un activo para frenar la pérdida de población y revitalizar la fuerza de trabajo y además para asegurar la sostenibilidad de nuestro sistema de pensiones y para construir una sociedad multicultural y dinámica. Salvo que queramos cerrarnos en banda y ser un continente de blancos (pocos), viejos y dependientes.

Pero no nos llamemos a engaño. La gestión de las identidades es una tarea muy compleja, mucho más que la gobernanza del euro, que puede solucionarse con dinero y reformas institucionales.

Si esta labor no se aborda adecuadamente, también desde el punto de vista de la canalización de los flujos, reduciendo los de naturaleza irregular en favor de los legales, la explotación que hace la ultraderecha populista de las migraciones puede convertirse en un factor disolvente de la integración europea.

Máxime cuando se pretende presentar Occidente y Oriente como polos opuestos en todo, como hace Huntington con su teoría del choque de las civilizaciones, desde la religión, al sistema político, pasando por la laicidad y el papel de la mujer. Pero, ¿es así realmente?

Este enfoque lleva inevitablemente a considerar estos dos espacios, Europa y el mundo árabe-islámico, como todos homogéneos. Pero en ellos existe una gran diversidad de aproximaciones a la fe, la democracia y la modernidad en general.

En Europa, por ejemplo, el derecho a interrumpir el embarazo no es universalmente aceptado, ni el matrimonio entre personas del mismo sexo. Por otro lado, países como Túnez, país sociológicamente islámico, está construyendo, como me dijo su ministro de Asuntos Exteriores recientemente, con difcultades sin duda, una democracia aconfesional con una Constitución que consagra la igualdad entre mujeres y hombres.

Se podría pensar que estos son ejemplos extremos, excepciones a la regla de una Europa liberal y un mundo árabe-islámico autoritario y teocrático, pero la generalización tampoco debiera conducir a simplificar lo complejo.

Al contrario, es importante aproximarse y apoyar las corrientes culturales y políticas que en tierras del islam buscan precisamente mostrar que no hay nada en su cultura que conduzca inexorablemente al establecimiento de dictaduras confesionales o al terrorismo.

Este enfoque es además fundamental en la lucha contra la radicalización que tiene lugar entre algunos jóvenes europeos de origen árabe, faltos de oportunidades, y no solo en los países islámicos.

Según datos de 2017 (de la Unión de Comunidades Islámicas en España), hay 1,9 millones de musulmanes en nuestro país, aproximadamente un 4% de la población española. Una cifra que desmiente cualquier impresión de islamización como algunos quieren hacer creer, y no solo en nuestro país. Personajes como el líder xenófobo holandés Wilders, agitan este espantajo, cuando no hay en Holanda más que un 7% de personas que practican la religión islámica.

En todo caso, dada la importancia que el debate de las identidades ha cobrado en la sociedad europea, es oportuno lanzar la mirada al papel de la cultura árabe como parte del acervo europeo y, por supuesto, del acervo español,

¿Es el islam o, si se quiere, el mundo arabo-islámico, una parte integral, constitutiva, de la cultura y de la experiencia histórica europeas o, por el contrario, es un elemento ajeno o impuesto y, en todo caso, circunstancial y excéntrico?

En otras palabras, ¿es el islam una religión que ha venido a Europa en patera y por la misma vía tendría que irse, como desean algunos, o, por el contrario, es una religión, y sobre todo una cultura, con raíces multiseculares en Europa y que nos enriquece, como lo habría hecho durante siglos?

Una pregunta que nos retrotrae al debate que vivimos durante la negociación de la non-nata Constitución europea, sobre las esencias greco-romano-judeo-cristianas de Europa.

Claro que ello nos llevaba a otras preguntas: ¿dejamos para siempre fuera de esa Europa esencialista a Turquía e integramos a la Rusia cristiana hasta Vladivostok?

Si hablamos del Cáucaso, ¿es la Armenia cristiana candidata nata a Europa pero no así Azerbaiyán, que tiene mayoría islámica en su población?;

Los ciudadanos de la Unión Europea que profesan la religión islámica, ¿deben ser por ello ciudadanos de segunda por no pertenecer a los europeos de pura raza, religión y cultura, por así decirlo? En España, este debate tiene una relevancia especial.

Después de todo, junto con el sur de Italia y parte de los Balcanes, aunque con mucha mayor intensidad en nuestro caso, nuestro país es la parte de Europa donde la presencia del islam ha dejado una mayor y más duradera impronta. Y no hablamos de una impronta muerta, sino viva. Vive en nuestra lengua, en nues-

tros topónimos, en nuestra gastronomía, en nuestra arquitectura y urbanismo. Y por tanto no se debiera considerarlo como algo ajeno a nuestra sociedad, muchos menos como un factor antagonista.

Es precisamente la presencia del islam en España durante siete siglos el principal elemento diferencial al que propios y extraños han recurrido cuando han pretendido hablar de una supuesta «excepcionalidad española».

España como el Oriente de Occidente, según la versión romántica. A este respecto, es interesante recordar la «querrela de los historiadores» a mediados del pasado siglo sobre el lugar del Islam y lo árabe en la experiencia histórica española.

Me refiero, claro está, al debate entre Américo Castro y Sánchez Albornoz. En síntesis, el primero ve España en la convivencia de las tres culturas, y el segundo encuentra ya la esencia nacional en el reino visigodo. Un debate cuya vigencia en la Europa actual salta a la vista.

La pregunta que cabría hacer a los «albornozistas» es si podemos considerar siete siglos de historia como una mera desviación. Y la pregunta que se les podría hacer también a los «castrietas» es si no han sobrevalorado el factor islámico por encima de su aportación real a la totalidad de nuestra historia.

En todo caso, lo importante, y lo necesario, es aceptar nuestra experiencia histórica en su totalidad, comprenderla, aprehenderla, hacerla inteligible para nosotros mismos y para los demás y ver en qué medida es útil para el actual momento de Europa y Oriente.

Ello pasa por comprender y, llegado el caso, integrar el componente islámico, en su justa medida, dentro de nuestra historia y, por tanto, dentro de la historia europea. Ante la pregunta de si hay un pilar árabe en la cultura europea sólo puede responderse de forma afirmativa si aceptamos la existencia del mismo en nuestra propia cultura española.

En determinadas épocas históricas, ese pilar ha sido no sólo consustancial a la trayectoria histórica de nuestro país sino, gracias a la presencia del islam en España, también al crecimiento y a la madurez de una Europa que había permanecido ensimismada durante siglos, hasta la recuperación del legado clásico gracias a las traducciones y reinterpretaciones árabes que llegaron al resto del continente a través de la península.

Por todo ello, la influencia arabo-islámica en Europa no se debe exclusivamente a la influencia reciente de inmigrantes en nuestras sociedades a raíz del proceso descolonizador o de los recientes flujos de refugiados, sino que históricamente el islam y el mundo árabe han formado parte de nuestro acervo cultural.

Aceptada pues esta premisa, nuestro siguiente paso debe consistir en analizar en qué medida esa temprana impronta nos permite encontrar soluciones a muchos de los dilemas actuales que afronta Occidente.

La Alianza de Civilizaciones, una iniciativa española que Naciones Unidas ha hecho suya y cuyo Alto Representante es el ex ministro Miguel Angel Moratinos es, sin duda, una plasmación política de este enfoque.

La Iniciativa 5+5 en el Mediterráneo Occidental o la Unión por el Mediterráneo, con las que España tiene un compromiso particular, podrían, igualmente, desempeñar un papel importante en la gestión mutuamente beneficiosa de las migraciones y de otros bienes públicos regionales, como el agua o el comercio, y en el redescubrimiento de esa cultura compartida entre las dos orillas.

Por todo ello, frente a las visiones cerradas y xenófobas de la sociedad, debemos apostar por una sociedad abierta a las ideas e influencias, al conocimiento, a la transferencia tecnológica, a los bienes y servicios y también a las personas, mediante canales seguros, ordenados y legales como propone el Pacto Mundial de Marrakech.

Finalmente, la impronta andalusí, como parte del ser español, y del europeo, nos ofrece una gran oportunidad para desarrollar no solo una importante labor de diplomacia cultural, sino para reforzar nuestra interlocución política con el mundo mediterráneo, árabe e islámico, que debemos potenciar al máximo.



**LA EUROPA DEL *BREXIT* NO VA TAN MAL**

«El proyecto europeo ha demostrado  
una extraordinaria resistencia»

«El brexit no ha tenido el efecto dominó  
que algunos vaticinaban»

En estos tiempos de un *brexit* que no se sabe cómo ni cuándo va acabar, es fácil dudar de la vitalidad del proyecto de la Unión Europea. Y además esta parece padecer de un defecto muy español: la falta de autoestima. Los europeos tendemos a deleitarnos en sus debilidades y a no reconocer sus éxitos. Pero en realidad este proyecto ha demostrado una extraordinaria resistencia y se encuentra menos mal de lo que se dice.

Cierto es que persiste la división entre países acreedores y deudores y que la arquitectura de la eurozona está incompleta sin un seguro europeo de depósitos ni un presupuesto de carácter anticíclico, para que la próxima crisis no nos pille desprevenidos. Hemos tenido varios años de fuerte crecimiento económico en la eurozona, aunque a finales del año pasado la producción industrial de las tres grandes economías del euro (Alemania, Francia e Italia) disminuyó y el PIB de Alemania e Italia se redujo en el tercer trimestre del 2018 un 0,2% y 0,1%, respectivamente. Es consecuencia de la ralentización general de la economía mundial pero también de problemas propios.

El año se acabó en Francia con la revuelta de los «chalecos amarillos», lo que muestra que la crisis ha dejado profundas huellas en el cuerpo social. Aunque en la UE, con un PIB de 15 billones

de euros, se hayan creado 14 millones de empleos desde el 2013, no basta para reducir la herida social creada por la crisis porque ha crecido enormemente la precariedad laboral y la desigualdad.

Esta brecha social, junto a la falta de una respuesta europea a la cuestión migratoria, que ha provocado una división este-oeste, ha alentado la proliferación por toda la UE de partidos nacionalpopulistas (y ahora también en España).

Por otra parte, Europa, con su demografía menguante, sigue sin ser un actor global en un mundo donde países como Estados Unidos, Rusia y China se comportan asertivamente en defensa de sus intereses en perjuicio de un sistema multilateral basado en la cooperación.

Desde el 2016, el año del referéndum en el Reino Unido, el apoyo a la moneda única y a la UE empezó a crecer y hoy se encuentra en el nivel más alto desde el 2002

Pero en materia social no todo en la UE son asignaturas pendientes. Tras años de estancamiento de los salarios, en el 2019 la renta de las familias crecerá el 1,9%, la tasa más alta desde el 2006, en un contexto de inflación reducida, y con una tasa de paro del 7,9%, que es la más baja desde 2008. Se ha adoptado la directiva de los trabajadores desplazados, en la que se reconoce que los empleados que se encuentren temporalmente en otro país de la UE deben beneficiarse de las mismas condiciones y cobrar el mismo sueldo que los trabajadores locales con el mismo empleo para evitar una desleal competencia social.

Al mismo tiempo, el frente nacionalpopulista ha registrado derrotas y retrocesos. Italia ha tenido que corregir su presupuesto a instancias de Bruselas frente a una propuesta inicial en la que se disparaba el gasto sin un aumento creíble de los ingresos. Polonia ha dado marcha atrás parcial en su reforma del sistema judicial como resultado de las medidas emprendidas por la Comisión. En

Hungría, la política de inmigración cero de Viktor Orbán ha obligado a aumentar las horas extras, lo que ha causado un profundo malestar social.

Incluso el *brexit* no tendría que apuntarse en el debe de la Unión: no ha tenido el efecto dominó que algunos vaticinaban sino todo lo contrario, ha cohesionado a la ciudadanía, las instituciones y los estados en torno a la conveniencia de seguir unidos a pesar de las diferencias en asuntos como el euro o los refugiados. La posición negociadora de los Veintisiete ha sido, al menos hasta ahora, inquebrantable. Entretanto, Gran Bretaña se encuentra sumida en una crisis existencial ante la dificultad de aplicar la retirada de un Estado miembro sin dañar la economía y el bienestar social.

Tan es así que ninguno de los partidos que critican el proyecto europeo pero que participan en un gobierno de coalición, propone abandonar la UE o el euro. Desde 2016, el año del referéndum en el Reino Unido, el apoyo a la moneda única y a la UE empezó a crecer y hoy se encuentra en el nivel más alto desde 2002.

Es evidente que, a pesar de los fracasos de la UE en la última década, desde la gestión de la deuda griega hasta la inmigración, la Unión sigue siendo el único mecanismo real para abordar los retos transnacionales que van desde los flujos de refugiados a la economía digital, pasando por la seguridad y el cambio climático. Solamente a través de su fortalecimiento podremos afrontar eficazmente todos estos desafíos y ser una potencia global.



# 10

## REPUBLICA DE LAS IDEAS

14 de marzo de 2019

### **¿CÓMO HACER MÁS EFICAZ LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA UE?**

«Consenso, unidad y unanimidad no son sinónimos»

«La mayoría cualificada en política exterior  
permitiría a la Unión hablar con una sola voz»

En la «carta a los europeos», el Presidente Macron advierte de la urgencia de fortalecer el proyecto europeo, amenazado de una delicuescencia que puede conducir a su desintegración.

En su rápida respuesta, la sucesora de Merkel al frente de la CDU, Annegret Kramp-Karrenbauer (AKK para los amigos), no es demasiado coincidente con los planteamientos de fondo de la propuesta de Macron. Pero coincide en la urgente necesidad de fortalecer a Europa para que esta pueda defender sus valores y evitar quedar aprisionada entre los intereses estratégicos de EE.UU y China, por un lado, y las nuevas amenazas rusas por otro. Y propone, como Macron, avanzar en las políticas comunes de seguridad y defensa, ampliando la capacidad estratégica europea, la compatibilidad de los equipamientos militares y la creación de un Consejo de Seguridad Europeo en el que también tendría cabida, si así lo desease, el Reino Unido del *post-brexít*.

Así, franceses y alemanes coinciden al menos en la necesidad de hacer más eficaz la política exterior y de seguridad común de la Unión Europea (PESC) y, en particular la política común de seguridad y defensa (PCSD).

Pero vayamos por partes y re f r ámonos por el momento a la política exterior y de seguridad común (PESC), que es de la que básicamente discutimos en los CAE, los consejos de ministros de asuntos exteriores de la UE. Mi impresión, después de casi un año de participar en los CAE, es que, con demasiada frecuencia, la Unión Europea no es capaz de f jar su postura en los temas de política internacional que plantean problemas muy graves.

Al no ser capaces de reaccionar frente a ellos de manera rápida y efectiva nos arriesgamos a caer en la irrelevancia como actor global y a no poder defender nuestros valores e intereses en un escenario mundial cada vez más complejo y con poderosos nuevos actores.

Así ha ocurrido ante la crisis en V enezuela, la suspensión por parte de Estados Unidos del tratado sobre Fuerzas Nucleares Intermedias o las relaciones con el mundo árabe, cuestiones que afectan de manera directa a la credibilidad del papel que la UE pretende tener en el mundo, o a la seguridad de los ciudadanos europeos.

En ninguno de estos temas fue la Unión capaz de lograr una posición común compartida por los 27 (todavía 28), estados miembros, a pesar de largas horas de discusión y de retorcer los textos para dar satisfacción a las diferentes posiciones de unos y de otros.

Los motivos de esta incapacidad son de naturaleza muy diferente según el problema que se trate, pero su coincidencia en el tiempo ref eja dolorosamente la falta de capacidad de acción de la UE y el tiempo que se pierde en llegar a acuerdos. Así, en la reunión ministerial que preparaba la cumbre entre la Unión Europea y la Liga de Estados Árabes en febrero de 2019, no se consiguió f jar una posición común porque solo dos Estados miembros no se sumaron al acuerdo intra-europeo. Afortunadamente, la cumbre celebrada en Sharm el Sheik consiguió su-

perar esas dificultades, a costa de, eso sí, debilitar el alcance y contenido del acuerdo final.

Esta situación es particularmente preocupante por al menos tres razones; porque se produce en el nuevo entorno geopolítico definido por la competencia entre superpotencias como EE.UU. y China, que usan todos los recursos a su disposición para promover sus objetivos estratégicos; por el debilitamiento del multilateralismo y del orden global basado en normas, y su sustitución por la imposición de medidas unilaterales y el regreso del interés nacional estrechamente entendido como criterio único de actuación. Y por los nuevos retos existenciales de naturaleza transnacional a los que se enfrenta la comunidad internacional, como el calentamiento global, las migraciones, la desigualdad, el terrorismo, etc.

Para fortalecer a la UE como actor global debemos sin duda dotarnos de una capacidad estratégica de defensa autónoma, pero de poco nos servirá si no podemos utilizarla por falta de unidad política. Por ello, hemos de empezar por reforzar los mecanismos de toma de decisión.

La fuerza de la UE se ha basado tradicionalmente en su capacidad de negociar consensos y construir complicidades, en la convicción de que, para defender nuestros valores y nuestros intereses, somos más eficaces actuando de manera conjunta que individualmente. Pero en los últimos tiempos esta convicción se ha ido debilitando hasta hacer que cada decisión sea considerada de manera aislada y olvidando que todas deben plantearse en el marco de una estrategia compartida en el largo plazo.

La desconfianza que subyace en esta actitud puede deberse a la creciente heterogeneidad de nuestras culturas de política exterior tras la ampliación al Este. Y más recientemente en la emergencia de partidos nacional-populistas que, utilizando las inseguri-

ridades de una parte de la población que se siente perdedora de la globalización y abandonada por sus élites, ofrecen falsas soluciones simplistas a cuestiones extremadamente complejas, como la migratoria, y refuerzan los aspectos identitarios que separan a las comunidades y bloquean la puesta en práctica de políticas con visión de largo plazo.

No hay una solución ni única ni fácil para esta situación pero sí hay algunas medidas que podrían evitar bloqueos si entendemos que términos como consenso, unidad y unanimidad no son sinónimos.

La política exterior y de seguridad común de la UE se rige por el principio básico de la unanimidad dada su naturaleza eminentemente intergubernamental, pero también existen mecanismos que pueden introducir flexibilidad y permitir un proceso de toma de decisiones más ágil respetando en todo caso los intereses que cada Estado pueda considerar vitales.

Tal es el caso de la abstención constructiva, mediante la cual un Estado se abstiene de una decisión y no queda vinculado por ella pero permite que la UE apruebe una determinada iniciativa.

O, de forma más radical, la toma de decisiones por mayoría cualificada. Ese método supone un poderoso incentivo para negociar participando en la formación de una posición común buscando contrapartidas en vez de quedarse aislado perdiendo la votación y sin obtener nada. En cambio, la unanimidad ofrece los incentivos contrarios, llevando al atrincheramiento en las propias posiciones o, en el mejor de los casos, a exigir compensaciones inaceptables a cambio de facilitar un acuerdo que acaba vacío de contenido.

La decisión por mayoría cualificada en materia de política exterior, que permitiría a la Unión hablar con una sola voz sin necesidad de acuerdo de la totalidad de los estados miembros, ya existe en algunos casos pero su ámbito es muy restringido y no

resulta suficiente para permitir avanzar al ritmo que imponen los acontecimientos.

Para eso no sería necesario modificar los Tratados. Bastaría aplicar la propuesta de la Comisión, que España apoya, de activar lo que en el argot comunitario se denomina la «pasarela», prevista en el Tratado de Lisboa. Ello permitiría decidir por mayoría cualificada las posiciones de la UE sobre derechos humanos en foros internacionales y el lanzamiento de misiones civiles en respuesta a crisis cuando la urgencia de estos casos justifica que se aceleren los procedimientos.

No será, desde luego, fácil activar ese procedimiento previsto en el Tratado. Recordemos la crisis de la silla vacía que provocó De Gaulle en los tiempos del mercado común, cuando se opuso al paso a la mayoría cualificada en el Consejo que los Tratados ya habían previsto y que se resolvió con la fórmula del llamado compromiso de Luxemburgo, que permite invocar intereses vitales de un Estado para bloquear una decisión que debe adoptarse por mayoría cualificada. Un compromiso que, por cierto, nunca ha sido invocado ni reconocido en los Tratados.

La dificultad estriba en que el abandono de la unanimidad en los campos citados requiere ser adoptado por... una decisión unánime. Habrá pues que negociar y ofrecer contrapartidas, sin descartar que algún acontecimiento internacional de especial gravedad acabe generando el incentivo para que el Consejo Europeo alcance el consenso necesario. Esperemos que no sea demasiado tarde, pero es seguro que cuanto más se postergue este paso más se debilitará el papel de la UE en este nuevo mundo que no deja de galopar.



# 11

LA VANGUARDIA

25 de marzo de 2019

## **EUROPA, ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS**

«El ascenso de China ha cambiado la geopolítica mundial»

«China, ante nuestras divisiones en la UE,  
privilegia las relaciones bilaterales»

El Consejo Europeo no se ocupaba de la relación estratégica entre la Unión Europea (UE) y China desde 1989, después de Tiananmén. Es sorprendente que haya tardado tanto porque, desde entonces, el ascenso de China ha cambiado la geopolítica mundial, mostrando una actitud cada vez más reivindicativa en lo diplomático, en lo tecnológico y en lo militar y enfrentándose ahora a la animosidad de los Estados Unidos de Trump.

¿Por qué esa prolongada desatención a pesar de que China como potencia global haya sido objeto de miles de comentarios y análisis?

En primer lugar porque cuando en 2001, ingresó en la Organización Mundial del Comercio (OMC), el mundo entero ansiaba la apertura del gigantesco mercado chino con unas reglas compartidas de comercio internacional. Se esperaba un enorme incremento del comercio y del PIB mundial. Pero el pronóstico se cumplió solo en parte. Durante los últimos dieciocho años, China ha sido el gran beneficiario de la globalización pero su mercado no se ha abierto en la misma medida que el europeo.

En segundo lugar, porque los europeos hemos estado demasiado ensimismados en nuestras crisis, el euro, los refugiados, el

*brexit*, que han hecho de la introspección un hábito malsano del Consejo Europeo. Y hemos estado interesados únicamente en las ventajas económicas del rápido crecimiento de China, que es nuestro primer socio comercial. Pero mientras China aumentaba su influencia internacional, primero en Asia y el Pacífico, después en África, en América Latina e, incluso, en el tejido económico y empresarial europeo, la crisis del día a día o ficiaba de árbol que nos impedía ver el bosque.

Esto ha cambiado. Aunque el *brexit* interminable nos haga seguir mirando el futuro por el retrovisor, no podíamos aplazar por más tiempo la reflexión colectiva sobre los desafíos planteados por la nueva China. Las guerras comerciales, propias y ajenas, la competencia por las nuevas tecnologías, la política industrial y la ciberseguridad, entre otras cuestiones, han situado a China en la agenda política y estratégica europea. Así, el pasado 18 de marzo, los ministros de Asuntos Exteriores de la UE compartimos mantel y debate con nuestro homólogo chino. Era la primera vez que ocurría en treinta años a pesar de que todas las personalidades relevantes de la política internacional han participado en esos almuerzos en los que tiene lugar un diálogo directo del que solo trasciende un informe de calculada vaguedad.

El detonante de este proceso ha sido la posición de liderazgo de China en la más crítica de las infraestructuras críticas, el 5G, y el papel desempeñado por la empresa Huawei. La Comisión ha presentado una comunicación que supone un cambio fundamental en la perspectiva de la UE con respecto a China de los últimos treinta años, considerándola como un «rival sistémico» y como un «competidor económico».

Destacaría tres elementos de esa comunicación. El primero es que no podemos seguir considerando a China como un país en vías de desarrollo. Difícilmente puede serlo con un PIB per cápita superior a algún Estado miembro de la Unión o que está a punto

de alcanzar a Estados Unidos en el número de empresas entre las quinientas más grandes del mundo.

El segundo es que, en efecto, China, sin perder su carácter de socio potencial clave, es también un competidor estratégico al haber sumado ascendencia política, influencia diplomática y poder militar a su ya considerable capacidad económica.

Finalmente, el tercero es la necesidad de ampliar el foco sobre China. A la habitual reflexión sobre cómo nos afecta su expansión económica hay que añadir consideraciones geoestratégicas y de seguridad nacional. China retoma el lugar que ocupó durante siglos «en el centro del mundo», con las implicaciones que ello tiene para nuestra península europea en el extremo occidental de Eurasia. Ya no es solo una oportunidad, es un reto existencial. Y China, en parte, despierta a la UE a la oportunidad histórica de refundar la Europa del siglo XXI.

China vive el final del llamado «ascenso pacífico» que ha caracterizado su reincorporación al sistema internacional. Desde Deng Xiaoping, los líderes chinos, actuando con gran visión estratégica, han acumulado poder e influencia evitando el conflicto, conscientes de la necesidad de no suscitar temores y de inspirar confianza. Salvo en asuntos que tocaban su fibra profunda (Taiwan, la integridad territorial), Pekín evitaba la imposición, el diktat. Se sentaban las bases de la relevancia global con un mensaje permanente de cooperación, de buena voluntad, de armonía, por utilizar un término caro a la diplomacia china de inspiración taoísta. En palabras del propio Deng Xiaoping: «esconde tus fuerzas, espera tu momento». Ese momento ha llegado y sus dirigentes han abandonado en parte el discurso de Deng.

Todo ello sitúa a Europa ante la necesidad de no llamarse a engaño sobre las posibilidades reales de la relación bilateral. China es un gran país que ha conseguido sacar de la pobreza a decenas

de millones de personas en un tiempo récord pero, como señala la Comisión en su informe, propugna un modelo de sociedad y tiene una visión de las relaciones internacionales distintas de las nuestras. Ello no impide la colaboración, por supuesto. Pero también nos advierte de la necesidad de gestionar una relación que ya difícilmente estará exenta de tensiones. Los tiempos han cambiado. Lo que tenemos delante no es una nueva Unión Soviética ni una nueva Guerra Fría sino algo mucho más complejo que se juega en varios campos, el tecnológico particularmente, en los que Europa solo puede actuar unida o ser irrelevante. Y el problema es, precisamente, que Europa no está unida. Resulta normal que China, ante nuestras divisiones, privilegie las relaciones bilaterales.

Deberíamos tomar conciencia de que ningún Estado miembro de la UE puede aspirar a mantener una relación equilibrada con China. La relación será siempre asimétrica. Sólo como Unión Europea podremos tener una relación de equilibrio. Aquí, como en tantas otras cuestiones, Europa no es una opción. Es una necesidad si queremos preservar nuestro modelo de sociedad.

La relación será compleja pero puede beneficiar a las dos partes y, dadas las responsabilidades globales de ambos actores, a todo el planeta. En los últimos años ha ido extendiéndose la visión de que el ascenso chino ante los Estados Unidos nos abocaba a un nuevo «momento Tucídides». El historiador griego describió el conflicto que aparece cuando una potencia emergente trata de desplazar a la dominante. El estudio de Graham Allison «Destined for War» concluye que solo cuatro de los dieciséis momentos semejantes en la Historia no han conducido a una guerra. Más allá del riesgo predictivo de proyectar hacia el futuro experiencias pasadas, creo que se impondrá la lógica de la cooperación sobre la de un enfrentamiento que solo puede ser catastrófico. Pero únicamente contribuiremos a que esa lógica se imponga desde una

actuación europea, evitando así que nuestro modelo político y social sea arrastrado por la nueva gran dualidad que emerge en la frontera del Indo-Pacífico.



# 12

## EL MUNDO

7 de mayo de 2019

### ESTA VEZ VOTO

«Para perfeccionar, pulir y reformar la UE,  
primero hay que preservarla»  
«Tenemos el mayor mercado único del mundo»

Nos encontramos a todas luces en una encrucijada y las decisiones que tomen los ciudadanos y las ciudadanas cuando se dirijan a las urnas a finales de mayo condicionarán el futuro de Europa.

Hemos sido presidentes del Parlamento Europeo en épocas marcadas tanto por el desasosiego como por el optimismo. A lo largo de la historia del continente desde la Segunda Guerra Mundial, la solidaridad ha unido a los europeos y les ha permitido enfrentarse a sus mayores dificultades, incluso cuando los nubarrones de la incertidumbre se cernían más amenazadores que nunca. Hemos dejado de hablar de los «antiguos» y «nuevos» Estados miembros: hablamos de una sola Europa, de Helsinki a Nicosia y de Lisboa a Bucarest y Varsovia.

Las viejas certezas que han guiado con tino a Europa y al resto del mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial se tambalean ahora con los embates de una ola inédita de política transaccional y la intensificación de las tensiones geopolíticas en una nueva era de intensa competencia por el poder.

Como europeos, no podemos decidir por los demás. No podemos controlar lo que hacen los otros. Podemos elegir lo que queremos para nosotros mismos, tomando decisiones colectivas al servicio

de nuestros intereses y de manera coherente con nuestros valores y las necesidades tanto de Europa como del resto del mundo.

La Unión Europea dista de ser tan perfecta como a muchos les gustaría y tan imperfecta como la pintan sus críticos más estridentes. Para poder perfeccionarla, pulirla y reformarla, primero hay que preservarla.

Hace cuarenta años, en junio de 1979, se celebraron las primeras elecciones al Parlamento Europeo. Cuarenta años antes, en 1939, una generación de jóvenes europeos se había visto forzada a luchar unos contra otros. Finalmente, cincuenta y cinco millones de personas perecieron en la Segunda Guerra Mundial.

El trabajo en equipo, codo con codo, para resolver los problemas y las diferencias ha sido la piedra angular para la paz y la unidad europeas desde entonces. Fue una lección muy cara de aprender y que no deberíamos olvidar o arrumbar por apatía u hostilidad.

El apoyo a la Unión Europea ha aumentado hasta un nivel récord en las encuestas. Ese apoyo ha de trasladarse ahora a las urnas. Tenemos el mayor mercado único del mundo. Nuestros valores y tradiciones -la dignidad de todas las personas, la libertad, la democracia, el ordenamiento jurídico y la paz- sostienen nuestro estilo de vida.

Europa necesita, ahora más que nunca, a sus europeos y europeas; por este motivo, nosotros, los abajo firmantes, el presidente y los antiguos presidentes del Parlamento Europeo, hacemos un llamamiento a los pueblos de Europa para que ejerzan su responsabilidad y su derecho cívico y participen con su voto en las próximas elecciones al Parlamento Europeo.

# 13

## EL PAÍS

9 de mayo de 2019

### **POR UN RELANZAMIENTO EUROPEO**

«La UE nació del temor a repetir su pasado»  
«Los europeos tenemos que admitir nuestro propio destino»

Hace 69 años con la Declaración Schuman, los europeos pensaron que, gestionando en común el carbón y el acero harían imposible la guerra entre ellos. Así, la UE nació del temor a repetir su pasado.

A pesar de todas sus carencias y errores, el balance histórico de la integración europea es globalmente positivo. Así lo creen el 68% de los europeos. Es el porcentaje más alto desde 1983, con España (75%) en la parte alta de los eurosatisfechos. Pero al mismo tiempo, el 50% piensa que la UE no va en la dirección adecuada. Y más del 60% ve con preocupación el auge de los partidos nacional-populistas, que se proponen revertir el proceso de integración.

Hoy, con la paz concebida como el estado natural de las cosas, rehabilitada Alemania y derrotada pacíficamente la Unión Soviética, nos faltan razones para más Europa. Pero el mundo es radicalmente distinto al bipolar de 1950, también al de hace 10 años, cuando estalló la crisis financiera, e incluso al de 2014, cuando Trump no era presidente, los británicos no habían votado el *brexit*, no se había producido la crisis de los refugiados sirios y todavía no considerábamos a China como un «rival sistémico».

En este mundo interdependiente e interconectado, con nuevas tensiones geopolíticas entre países de talla continental, el tamaño cuenta en términos de influencia, gobernanza y seguridad. Máxime teniendo en cuenta que, como nos advierten, Europa ya no puede basar su seguridad en el paraguas militar americano. La canciller Merkel tiene razón al decir que los europeos tenemos que asumir nuestro propio destino.

El conflicto en Ucrania nos recuerda el poder de Moscú en su antigua esfera de influencia. Se abre una nueva etapa de proliferación nuclear entre Rusia y EE.UU y un hipotético rearme atómico iraní. China trata de proyectar su poder económico en la esfera tecnológica y militar, expande su influencia empresarial en el Índico, en África y en algunos países de Europa, y aspira a diseñar geopolíticamente el mundo de mañana con la Nueva Ruta de la Seda.

La UE representa hoy, con sus 500 millones, solamente el 7% de la población mundial. De aquí a 2030 nuestra población no habrá crecido pero sí envejecido, mientras India y China rondarán los 1.500 millones. En 2050 habrá 2.500 millones de africanos, y ninguna economía europea estará entre las siete con el PIB más elevado a nivel mundial.

Ante este panorama, solo una Europa más unida puede influir en la gobernanza mundial para que se rija por la cooperación multilateral y normas comúnmente acordadas, para asegurar su identidad, su defensa, la paz y la sostenibilidad ecológica, construyendo sociedades abiertas pero a la vez cohesionadas como antídoto contra el totalitarismo.

Hay pues que definir en qué campos vamos a actuar más conjuntamente y cómo vamos a tomar las decisiones sobre nuevas iniciativas europeas. Tan importante es lo segundo (instituciones) como lo primero (políticas) si queremos garantizar una adecuada

legitimación democrática del proyecto de integración tras la desafección creada por la crisis del euro y la aceleración de los flujos de inmigrantes a partir de 2015.

Necesitamos reforzar nuestra política exterior y de seguridad común. Y eso requiere abandonar, en lo posible, la regla de la unanimidad para conformar posiciones comunes y desarrollar una capacidad estratégica autónoma y complementaria de la OTAN en la que los europeos debemos tener más influencia. Europa debe aprender a actuar con una lógica de potencia y responder con medidas proporcionales a decisiones unilaterales agresivas, vengan de donde vengan, y dotarnos de instrumentos comunes para proteger nuestra seguridad y democracia.

Una seguridad que depende críticamente de la capacidad tecnológica en áreas tan sensibles como el 5G, la inteligencia artificial, la biotecnología o la computación cuántica. Hoy, no hay ninguna empresa europea entre las 15 mayores protagonistas de la revolución digital. Europa debe impulsar la innovación y una política industrial que permita a nuestras empresas competir con las multinacionales americanas y chinas.

Es imprescindible contar con una Agencia Europea de Asilo fuerte en el marco de una política migratoria comunitaria eficaz. Cuando se han suprimido las fronteras interiores, hay que compartir los costes de gestión de la frontera exterior. Necesitamos una Europa que armonice los visados humanitarios y regule la inmigración económica en colaboración con los países de origen y tránsito.

Para hacer frente a estos retos externos hemos de consolidar nuestra Unión en sus dimensiones monetaria, fiscal y social. No podremos ser fuertes en el mundo si la integración europea no garantiza una prosperidad compartida. La política monetaria no lo puede resolver todo; las condiciones macroeconómicas

son muy distintas a las de los años noventa, cuando se firmó el Tratado de Maastricht. Entonces, hasta Alemania hacía frente a tipos de interés del orden del 5%. Hoy se financia a tipos reales negativos y la inflación lleva años por debajo del objetivo del 2%.

Con un coste de financiación tan bajo, hay espacio para invertir a largo plazo en proyectos de gran rentabilidad social. Entre ellos los de un *Green Deal* que descarbonice que la economía, impulse el crecimiento y genere nuevos empleos. Pero no es posible pedir que se preocupen por el fin del mundo a quienes, demasiados, les preocupa el fin de mes. Por eso, Europa debe aunar las políticas de cambio climático con las de la lucha contra la pobreza y la desigualdad.

Ahora que se ralentiza la economía de la eurozona, necesitamos un presupuesto del euro financiado con impuestos comunes ligados al mercado único (transacciones financieras, una fracción de la base del impuesto de sociedades, beneficios de las grandes empresas tecnológicas...) y los beneficios del BCE.

Es también imprescindible reforzar la dimensión social europea, complementando los seguros nacionales de paro o acordando un sistema de salarios mínimos atendiendo a las tradiciones nacionales y a la negociación colectiva. Si queremos que Europa sea percibida como protectora por sus ciudadanos hay que acabar con el modelo en el que la UE se encarga de la regulación macroeconómica mientras la redistribución fiscal queda únicamente en manos de los Estados.

Pero no bastará con ofrecer soluciones si no están suficientemente legitimadas democráticamente. Hay que abordar también las reformas institucionales, evitando soluciones puramente intergubernamentales que proyectan una idea de Europa tecnocrática, elitista y alejada de los problemas cotidianos que sufren las personas. El Parlamento Europeo, la institución que nos repre-

senta directamente a todos, debe dotarse de poderes de codecisión con los Gobiernos en materias clave como la fiscalidad, el presupuesto plurianual o el establecimiento de recursos propios de la Unión.

La pregunta existencial que los europeos vamos a contestar con nuestro próximo voto es qué lugar queremos tener en el mundo, ante y entre los nuevos bloques que representan China y EE UU. ¿Cómo evitar que el temor al futuro desintegre nuestra Unión y propicie el retorno a una idea fantasmal de la nación protegida por muros que nunca podrán ser tan altos para aislarnos del resto del mundo?



# 14

REPUBLICA DE LAS IDEAS

12 de mayo de 2019

## LA UNIÓN EUROPEA Y LA CRISIS DEL ORDEN LIBERAL

«Nuestra visión se basa en la fuerza del derecho,  
no en el derecho de la fuerza»

«La UE es el único triángulo virtuoso entre democracia,  
progreso y solidaridad»

Empieza la campaña de las elecciones europeas. Esperemos una mayor participación que en las de 2014, que fue la más baja de la serie histórica. Coincide el inicio con el día de Europa, y con este motivo participo en distintos actos conmemorativos del 69 aniversario de la Declaración Schumann con la que empezó la integración europea.

También tuve el honor de participar, en el palacio de La Granja, en la reunión del Consejo Científico del Real Instituto Elcano, presidido por el Rey Felipe VI, donde pude compartir mis reflexiones sobre el futuro de la Unión Europea, y que ahora me permito compartir desde este espacio digital.

Cualquier análisis sobre el futuro de la UE debe partir de la constatación de que vivimos en un mundo con una volatilidad, incertidumbre y complejidad sin parangón desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Nos encontramos en uno de esos momentos de los que Antonio Gramsci llamó *interregnum*: cuando lo viejo se está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer. Nos podemos plantear si nos encontramos ante un nuevo «momento Tucídides», del historiador

griego que describió el conflicto que aparece cuando una potencia emergente (en este caso China) trata de desplazar a la dominante (EE. UU).

El orden mundial liberal que se estableció después de la Segunda Guerra Mundial gracias, en gran medida, al liderazgo de los Estados Unidos está en cuestión. Por supuesto, este orden mundial no ha sido nunca perfecto, ni tan orden, ni tan liberal, ni tan mundial, pero ha permitido setenta años de paz y prosperidad global sin precedentes en gran parte del mundo.

Pero ya no podemos dar por sentado este modelo. Y los dos desafíos más visibles a los que se enfrenta son el debilitamiento del multilateralismo y la pérdida de peso económico de la clase media.

Empecemos por el multilateralismo. Tras la caída del muro en 1989, pasamos por un breve período de poder unipolar de los Estados Unidos que terminó en 2014 con la anexión rusa de Crimea. Desde entonces, hemos entrado en un escenario de competencia estratégica entre Estados Unidos, Rusia y China.

Más allá del riesgo de uso de armas nucleares, la principal consecuencia de esa competencia geopolítica entre grandes potencias es el uso de todas las opciones políticas e instrumentos disponibles para perseguir sus objetivos.

La tecnología, las relaciones económicas y comerciales o la aplicación de sanciones extraterritoriales forman parte, cada vez más, de la ecuación geopolítica. En el caso de las sanciones extraterritoriales estadounidenses tenemos ejemplos recientes como el uso de la Ley Helms-Burton en Cuba o la retirada de EE.UU del acuerdo nuclear con Irán.

El resultado es que, en un momento en que debemos trabajar juntos más que nunca para enfrentarnos a desafíos de naturaleza transnacional como el calentamiento global, la crisis financiera

o la migración, los mecanismos que tenemos para hacerlo se están erosionando, a veces deliberadamente.

El segundo elemento desestabilizador del orden liberal es la pérdida de poder adquisitivo de las clases medias en un contexto de cambio global vertiginoso impulsado por la tecnología. Por primera vez, un aumento de la productividad no viene acompañado de un aumento de salarios ni de creación de empleos.

La revolución tecnológica y la automatización en los empleos están causando profundas fracturas en el contrato social:

— En 1970 la industria americana necesitaba 26 trabajadores para producir un millón de dólares. Hoy necesita seis empleados.

— Una de cada seis personas de ingresos medios tiene empleos que corren el riesgo de automatización.

— En el sector servicios se calcula que 47% de los empleos están en riesgo de automatización.

El problema es que el valor añadido generado por los aumentos de productividad vinculados a la automatización no se distribuye de manera equitativa en toda la sociedad. La enorme transferencia de tecnología y capacidad productiva de occidente a oriente ha venido acompañada de la transferencia de los correspondientes empleos.

En occidente hemos retenido solo los trabajos de alta cualificación y los de baja cualificación con bajos salarios, muchos de ellos no exportables al ser empleos en el sector servicios.

Esta desagregación económica se ha traducido en una desagregación política con el auge de los movimientos nacional-populistas. La UE se construyó por miedo al pasado (de guerras entre europeos) y hoy puede desintegrarse por miedo al futuro.

Los nacionalistas y los populistas se nutren de los miedos y la precariedad resultantes de un mundo interdependiente y de

la incapacidad de los gobiernos para responder a estos cambios de manera efectiva ofreciendo protección, seguridad y prosperidad.

En este contexto, la gente busca refugio en la identidad. Si el lema de campaña «it' s the economy stupid» llevó a Bill Clinton a la Casa Blanca en 1992, el lema de hoy sería «it' s identity stupid».

Hay una creciente brecha entre los que nos preocupamos por el f n del mundo y los que se preocupan por llegar a f n de mes. ¿Cómo podemos pedir a nuestros ciudadanos que se interesen por Europa si tienen la sensación de que Europa no se preocupa por ellos?

Los nacionalismos y populismos suponen un peligro para la democracia, tanto por su carácter intrínsecamente excluyente (fuera los «distintos», los inmigrantes, etc.) como por su tendencia a falsear la realidad para acomodarla a sus objetivos (proliferación de las *fake news*/ bulos, favorecidas por las nuevas tecnologías).

El sueño americano o la llamada *European way of life* están en riesgo. Hoy, un *millennial* nacido en 1980 tiene un escaso 50% de prosperar para superar su situación social de partida. Trump hizo su campaña sobre la muerte del sueño americano.

Las consecuencias deberían alertarnos. Para un 70% de los americanos nacidos en 1940 era necesario vivir en democracia. Entre los nacidos en 1980 solamente es necesario para un 22%. Los mismos datos se dan en Suecia, Holanda o Reino Unido.

Para responder a las expectativas populares, debemos ir más allá de la integración económica y desarrollar un nuevo contrato social a nivel europeo: una dimensión social y política a nivel supranacional que garantice la inclusión y una distribución justa de la riqueza.

A nivel mundial, el principal objetivo de la política exterior de la UE debería ser el refuerzo del multilateralismo. El multilateralismo es parte del ADN de la UE. Estamos acostumbrados a trabajar entre nosotros de forma permanente. Este compromiso a largo plazo favorece una visión compartida, así como la confianza, la complementariedad y una cierta dosis de complicidad para lograr objetivos comunes.

Los europeos somos, probablemente, quienes más perderemos si la arquitectura del multilateralismo se erosiona. Nuestra visión del mundo se basa en la fuerza del derecho y no en el derecho de la fuerza; nuestra seguridad se basa en alianzas; nuestra prosperidad se basa en el comercio libre y justo; nuestra influencia global se construye alrededor de nuestra Unión, que nos hace ganar soberanía.

Para tener peso en el mundo, sin embargo, debemos garantizar nuestra autonomía estratégica complementando la que proporciona la OTAN, ya que no contamos con el paraguas protector de EE. UU.

No podemos simplemente confiar o esperar que todos sigan las reglas. Si somos una potencia económica pero un peso pluma político no podremos defender efectivamente nuestros valores e intereses y podemos terminar viendo nuestra posición económica debilitada. En el contexto actual, la autonomía estratégica no es una opción, es una necesidad.

La alternativa al multilateralismo no es solo el unilateralismo o el bipolarismo. En términos prácticos, la alternativa al multilateralismo es la confrontación.

En la Unión Europea hemos conseguido mucho juntos. La UE es el único lugar del mundo donde existe un triángulo virtuoso entre democracia, progreso económico y solidaridad. Para pre-

servarlo en el nuevo orden mundial, los europeos deben unirse mucho más. Lo que está en juego es el modelo de comunidad internacional en el que vivirán nuestros hijos y nietos.

# 15

## INTERVENCIÓN EN EL CÍRCULO DE LA NUEVA ECONOMÍA

14 de mayo de 2019

### **UNIÓN EUROPEA: AVANZAR O DESINTEGRARSE**

«Hay que adoptar un seguro de desempleo  
y un salario mínimo europeos»

«Será difícil avanzar si no se aprueba la mayoría cualif cada»

¿Cuál es el peligro que puede acabar con la Unión Europea?  
Si preguntáramos en la calle, seguramente muchos nos dirían que es el virus del nacional-populismo, que gana fuerza en muchos países y pretende dar marcha atrás a la moviola de la historia y, por tanto, de la integración europea.

Sin embargo, en mi opinión, la mayor amenaza a nuestra Unión es la creciente brecha entre sus Estados miembros. Las divergencias de productividad y especialización han llevado a un aumento de las diferencias en los niveles de vida y a la progresiva reducción de la clase media. Grecia tiene, por ejemplo, el 40% del PIB per cápita de Alemania. Y creo que estas diferencias entre los niveles de ingresos no podrá corregirse si la UE no desarrolla mecanismos para compartir los riesgos.

Además, la movilidad social en la UE se ha reducido como resultado de la creciente polarización del mercado laboral europeo en los últimos 20 años (con un aumento del 20% del empleo en los servicios de bajo valor añadido y una reducción del 10% del peso del sector manufacturero). Esta realidad no puede dejarnos

indiferentes a los que creemos en el proyecto europeo como un instrumento de desarrollo compartido y sostenible.

¿Queremos una Europa más o menos social? ¿Que tenga un mayor peso en la globalización y en la carrera tecnológica? ¿Que invierta más en agricultura o en innovación? ¿Que sea más intergubernamental en su toma de decisiones o más federal? Estas son las cuestiones a las que debemos responder al inicio de la nueva legislatura europea.

Los partidos nacional-populistas han logrado politizar la construcción europea y que los debates de las elecciones al Parlamento Europeo sean precisamente sobre Europa y no un voto de castigo al gobierno de turno. Es una buena noticia que podamos tener un debate en clave de cuestiones europeas y para ello propongo articular esta intervención entorno a diez áreas en las que tenemos que avanzar para reforzar la utilidad y la legitimidad del proyecto europeo.

## **1. La Europa social**

Hay una creciente desafección hacia el proyecto europeo como resultado de la crisis, la precarización de los mercados de trabajo y la competencia fiscal. Europa será social o no será. El status quo no es una opción.

En la última legislatura ha habido algunos avances, como el Pilar Europeo de Derechos Sociales o la directiva de trabajadores desplazados, que limita en el tiempo la aplicación de las condiciones del país de origen. Pero no son suficientes.

En la legislatura que empieza, debemos aprobar un seguro europeo de desempleo, complementario del nacional, una propuesta que defiende el gobierno de España. La nueva Comisión deberá introducirlo entre sus prioridades y para ello habrá una fuerte presión de los socialistas europeos. También hay que adoptar salario mínimo europeo, ajustado a las condiciones de cada país.

## **2. Armonización fiscal**

Necesitamos nuevos recursos para financiar la Europa social.

En los últimos 20 años, el impuesto de sociedades medio en los países de la UE ha caído del 36% a poco más del 24%. Hemos vivido una competencia impositiva entre los países europeos a la baja, sobre todo después de la entrada en la Unión de los países de Europa central y oriental. Como resultado, los tipos del impuesto de sociedades en Europa varían del 9 al 30% y se ha reducido el nivel de prestaciones sociales en muchos países.

Esta competencia desleal es profundamente anti-social y distorsionadora en un mercado único. Urge una mayor coordinación social y fiscal. Hay que calcular la base impositiva y gravar los beneficios empresariales de la misma manera de Lisboa a Tallin.

El problema es que las decisiones en política fiscal se toman por unanimidad y los grandes beneficiarios del status quo bloquean su armonización. Al igual que en política exterior, será difícil avanzar si no se aprueba la mayoría cualif cada.

## **3. Inmigración**

La crisis de los refugiados ha alimentado los movimientos nacional-populistas y ha puesto seriamente en cuestión el principio de solicitud de asilo en el primer país de entrada.

Pero la inmigración no es un fenómeno coyuntural alimentado por un conflicto bélico como el de Siria. En 2050, África tendrá 2.500 millones de habitantes, mientras que Europa más o menos los mismos 500 que ahora. Esta explosión demográfica, combinada con la diferencia en renta per cápita a un lado y otro del Mediterráneo, puede resultar en un factor más disolvente de la unidad europea que la crisis del euro.

Se trata de convertir este reto en una oportunidad mediante una inmigración legal, segura y ordenada que ayude a superar nuestro “bache demográfico”. Esto requiere acuerdos con los países de origen y tránsito, aumentar los canales de migración económica y conformar una política europea de asilo. Debemos establecer un modelo de codesarrollo y prosperidad compartida que evite que la única manera de aspirar a una vida digna sea arriesgarla cruzando el Sahara y el Mediterráneo.

#### **4. Innovación y política industrial**

Europa está perdiendo la carrera tecnológica. No hay ninguna empresa europea entre las quince primeras de la economía digital. Todas son estadounidenses o chinas. Esto resulta especialmente problemático para nuestra seguridad y la productividad a largo plazo de la economía.

La batalla tecnológica entre China y Estados Unidos por el 5G es, en realidad, una disputa por la preeminencia geopolítica.

La mayor parte de los ahorros de los europeos se prestan al resto del mundo, principalmente a los EE.UU, en lugar de financiar inversiones productivas de futuro. Necesitamos más inversión en innovación, más proyectos conjuntos en Europa y más ingenieros. El nuevo programa de investigación de la Unión, Horizonte Europa, debe tener una dotación ambiciosa y vincularse a sectores punteros como la biotecnología, el almacenamiento de hidrógeno o la computación cuántica. Ya no vale la pena intentar competir con China y EE.UU en tecnologías maduras. Hay que prepararse para hacerlo en las tecnologías del futuro

Al mismo tiempo, debemos adaptar nuestras reglas de competencia para que haya empresas europeas con tamaño suficiente para competir con las multinacionales norteamericanas y chinas en esas tecnologías.

## **5. Energía y cambio climático**

Los europeos hemos cumplido con adelanto el objetivo de reducir en un 20 % las emisiones de CO<sub>2</sub> en 2020 y emitimos mucho menos que Estados Unidos, China, o India. Pero esto se debe, en parte, a la menor actividad económica en los años de la crisis.

Sin embargo, seguimos dependiendo en un 70 % del gas, el carbón y el petróleo, materias primas fósiles altamente contaminantes y mayormente importadas. Y no todos los Estados asumen la propuesta de la Comisión de una economía neutral en CO<sub>2</sub> en el 2050.

Los socialistas europeos defendemos un impuesto a las emisiones, un arancel en frontera para las importaciones que no cumplan con el Acuerdo de París y un impulso a las baterías de hidrógeno y al coche eléctrico.

Cuando Italia se financia a los mercados a un coste inferior al de la mitad de Alemania en 1997, es evidente que hay margen para financiar un gran plan europeo de inversiones verdes, un Green Deal, aprovechando los bajos tipos de interés y la baja inflación.

## **6. Comercio internacional**

Europa es el mayor mercado del mundo, por encima de Estados Unidos o China. Somos una potencia exportadora de manera que, con carácter general, apoyamos los tratados comerciales.

Pero estos no pueden blanquear situaciones de explotación laboral o de competencia social y ambiental. Deben incorporar cláusulas de salvaguarda, tribunales públicos de arbitraje, garantizar la transparencia y el control democrático de los parlamentos.

## **7. Unión Económica y Monetaria (UEM)**

Para tener peso en el mundo, los europeos debemos reforzar nuestra Unión internamente. No podremos sostener una agenda

exterior ambiciosa si nuestra incompleta unión monetaria vuelve a ser puesta en cuestión en la próxima crisis.

El euro ha perdido fuerza entre las monedas de reserva mundiales, pasando de un 27,26% de las reservas en 2009 a un 20,24% en 2019. Esta situación no mejorará mientras el mercado de bonos soberanos siga segmentado a nivel nacional y no dispongamos de un valor refugio (safe-asset) a nivel europeo. Esto nos impide usar nuestra moneda como palanca de influencia con efectos extraterritoriales, como hace EE.UU.

Antes de la recesión la Unión no prestaba atención a los endeudamientos privados y externos, ni disponía de mecanismos para ayudar a países en crisis. Recordemos que en un momento dado España tuvo que pagar hasta 30.000 millones de euros en materia de seguro de desempleo.

Hemos paliado la situación con el Mecanismo Europeo de Estabilidad y, sobre todo, con las políticas del Banco central Europeo con tipos de interés ultra-bajos y de compra de bonos públicos. Pero estas políticas benefician a los que disponen de patrimonios en acciones y propiedades inmobiliarias, con lo que aumentan la desigualdad.

También debemos dotarnos de un presupuesto del euro de carácter anti-cíclico, de modo que podamos hacer frente a choques que solo afecten a algunos Estados miembros.

## **8. Seguridad y defensa**

Las amenazas a nuestra seguridad se multiplican y diversifican. Ya no tienen solo naturaleza territorial sino también híbrida (ciberataques y desinformación).

China busca transformar su fuerza demográfica y económica en potencia militar y geopolítica. Rusia reemerge como potencia en su vecindad. Estados Unidos se retira de Afganistán, Siria y del

Pacto Nuclear con Irán, y se declara menos comprometido con la seguridad de Europa. La inestabilidad persiste en el Mediterráneo sur (Libia).

Por todo ello, es urgente e imprescindible que la Unión desarrolle una capacidad estratégica propia complementaria de la OTAN. Sin ella, nuestra política exterior y nuestro papel en la globalización no tendrán la suficiente credibilidad.

Se han dado algunos pasos importantes, como el establecimiento de la cooperación estructurada permanente (Pesco) entre 25 países para llevar a cabo en común distintos proyectos en materia de capacidades de defensa, y la constitución del Fondo Europeo de Defensa, dotado de 13.000 millones para proyectos de investigación y apoyo a la industria militar durante el período 2021-2027. Ambas iniciativas han despertado recelos en los Estados Unidos por las condiciones de participación de terceros países.

La innovación es imprescindible para disponer de sistemas de defensa avanzados del territorio y de infraestructuras informáticas críticas.

Al mismo tiempo y más allá de la defensa territorial clásica, debemos tener un sistema común para contrarrestar los ataques cibernéticos y las campañas de desinformación que corrompen la vida de nuestras democracias. Urge hacerlo porque la información es el combustible de la democracia, que es atacada a través de la información contaminada que reciben los electores.

## **9. Política Exterior**

¿Qué suponen los 500 millones de europeos frente a los, dentro de pocos años, casi 1500 millones de China o India? En un mundo dominado por grandes potencias de tamaño continental como Rusia, China, India o Estados Unidos, Europa solo puede tener relevancia en la gobernanza global si se une para ser más fuerte.

Es imprescindible hablar con un mensaje único en el mundo aunque se transmita por diversos actores. La regla de la unanimidad en esta materia es un obstáculo muy serio. Es posible utilizar la mayoría cualificada en algunas cuestiones sin cambiar los tratados. Pero el problema es que para cambiar la regla de la unanimidad necesitamos una decisión unánime, y no parece hasta ahora que exista la voluntad política suficiente para hacerlo.

## **10. Reformas institucionales**

Las propuestas que se adopten en todos estos campos deben estar plenamente legitimadas desde el punto de vista democrático, sin olvidar que la necesidad de tomar decisiones con rapidez durante la crisis ha reforzado al Consejo Europeo en detrimento de la Comisión y el Parlamento Europeo.

Según las encuestas, el 70% de los españoles quiere que la Eurocámara tenga más poder, frente al 54 % de la media europea. Una Europa plenamente democrática requiere que el Parlamento codecida con el Consejo en asuntos de fiscalidad, de ingresos y recursos propios o en el presupuesto plurianual.

Como conclusión, todos los retos a los que nos enfrentamos y que he enumerado son transnacionales, no solo europeos. Necesitamos una Europa con más recursos y capacidades, orientada hacia lo social y a las tecnologías de futuro, una Europa que genere nuevas oportunidades. Solo así preservaremos el modelo social europeo, pues la no-Europa carece de alternativas.

Se cuenta que Walter Hallstein, el primer Presidente de la Comisión Europea, dijo en una ocasión que «Europa es como una bicicleta: tiene que seguir avanzando porque si para caerá». Hagamos que la UE siga avanzando para que se consolide como el proyecto político que mejor conjuga prosperidad económica, libertad política y bienestar social.

### EUROPA EN UN MUNDO DE GIGANTES

«En el Indo-Pacífico se instala  
una nueva guerra fría comercial y tecnológica»  
«La UE dispone del mayor mercado mundial,  
pero ha renunciado a sus capacidades económicas»

El mundo unipolar que emergió del final de la Guerra Fría se está acabando. Frente a EE.UU aparece China como un nuevo coloso geopolítico. Trump y el *brexit* cuestionan la unidad del mundo occidental. Y en el Indo-Pacífico se instala la línea del frente de una nueva guerra fría, por el momento solo comercial y tecnológica.

Nada que ver con cuando Europa era un continente destruido, hambriento y amenazado, cobijado por el paraguas militar americano. El mundo de hoy es un mundo de gigantes y el tamaño económico y demográfico, de cada país es decisivo para sentarse a defender sus intereses.

Este nuevo mundo da la razón al ex primer ministro belga Paul-Henri Spaak cuando decía que «en Europa solo hay dos tipos de Estados: los pequeños y los que todavía no saben que lo son».

Incluso todos juntos, los europeos somos una parte pequeña de la humanidad. Todavía somos una gran potencia económica pero desde el punto de vista geopolítico las cosas se nos complican.

Al Este, Putin, aunque no sea Stalin, es un vecino incómodo. La Rusia Imperial renace de las cenizas soviéticas y quiere reafirmar

su influencia. Rusia, pese a disponer del arma atómica, tiene el PIB de Italia y muchos problemas económicos estructurales.

Al Oeste, Trump. EE.UU siempre había apoyado la integración europea como dique de contención ante la URSS y porque le interesaba tener un aliado fuerte para serle útil, pero no tanto como para tener ideas propias. Ya no podemos contar con su apoyo incondicional. Nos guste o no, el aliado histórico está dirigido por un presidente abiertamente hostil a la integración europea, justo cuando despierta el que fue nuestro enemigo durante la Guerra Fría, y nuestro principal suministrador de productos a bajo precio aparece como un «rival sistémico».

En efecto, Trump aplaude a Orban y Salvini, considera la importación de coches alemanes como un riesgo para su seguridad nacional y apoya decididamente el *brexit*. Y extiende el temor a que el dominio del gigante chino Huawei en la tecnología 5G sea utilizado con fines geopolíticos.

En realidad, concentración de poder económico-tecnológico y peso geopolítico siempre han ido de la mano. Los EE.UU despliegan una panoplia de armas no convencionales para defender el *America first*: sanciones extraterritoriales contra los inversores en Cuba (ley Helms-Burton), control de las inversiones directas extranjeras para protegerse de la ventaja tecnológica china, uso del papel central del dólar para imponer sanciones a las empresas extranjeras que sigan negociando con Irán.

La UE dispone del mayor mercado del mundo, lo que le ha permitido ser un referente en el establecimiento de estándares mundiales y un gran instrumento regulador de los intercambios pero ha renunciado a utilizar sus capacidades económicas, muchas veces limitadas por las reglas de su política de competencia, con fines geopolíticos. Y por ello no tenemos capacidad de influencia a nivel global.

Esta influencia geopolítica estará determinada, en gran medida, por nuestra fortaleza económica y capacidad militar . Ello plantea la necesidad de que nuestra política de competencia no impida la creación de empresas con la dimensión necesaria para competir a nivel global mientras se protege a los consumidores del potencial abuso de posición dominante de multinacionales gigantes. También el desarrollo de una autonomía estratégica y una capacidad de defensa complementaria de la que compartimos en la OTAN.

Al compartir soberanía en el marco de la UE y codecidir nuestro futuro en el nuevo escenario mundial, los estados europeos adquieren una influencia que ninguno de ellos tendría nunca por sí solo. Los británicos lo aprenderán cuando consumen el *brexit*, y recuperen el control de su destino, si es que tal cosa acaba ocurriendo.

España no podría haber retirado sus tropas de Irak si hubiéramos tenido la peseta porque esta habría sucumbido a los ataques especulativos de los mercados financieros internacionales como sucumbió el franco de Mitterrand en 1981. ¿Alguien cree que España podría imponer multas a Google por abuso de posición dominante como ha hecho recientemente la Comisión Europea?

En un momento en el que su futuro está más cuestionado que nunca, la UE debe demostrar a sus ciudadanos que puede protegerlos mejor y crear más oportunidades que el utópico repliegue nacionalista y las economías cerradas. Esta es la gran cuestión de nuestro tiempo.



# 17

## REPUBLICA DE LAS IDEAS

24 de mayo de 2019

### VÍSPERAS EUROPEAS

«La UE se enfrenta hoy a al riesgo existencial  
de su propia supervivencia»

«Aumentan los europeos favorables a la UE  
pero también los antieruropeos»

Las elecciones al Parlamento Europeo podrán haber sido una buena oportunidad para explicar lo que la Unión Europea representa y las dificultades a las que se enfrenta actualmente.

Estas dificultades no son pocas: en los últimos cinco años le han surgido muchos enemigos desde dentro y fuera de sus fronteras, hasta el punto de que podemos decir que la UE se enfrenta hoy a al riesgo existencial de su propia supervivencia. En lo que a su posicionamiento geoestratégico se refiere, el mundo ha cambiado mucho: su gran aliado (EE.UU) se le vuelve hostil, su antiguo gran adversario (Rusia) renace y le surge un nuevo rival sistémico (China).

Desde las últimas elecciones, el número de europeos favorables a la UE no ha dejado de aumentar hasta situarse en máximos históricos (68 %), pero también han crecido las fuerzas antieruropeas en muchos países, principalmente en forma de partidos de la derecha extrema. Después de las dificultades del *brexit*, ya no proponen abandonar la Unión sino transformarla desde dentro dando marcha atrás en el proceso de integración. Y esta situación es lo que hacía especialmente atractivas estas elecciones para que su campaña permitiera un debate ciudadano sobre una cuestión trascendental para nuestro futuro.

Como dice el filósofo alemán Habermas, «la democracia es un proceso de deliberación colectiva», no sólo el voto. El voto es la última fase de un proceso que contribuye a crear una inteligencia colectiva. Y a eso he pretendido contribuir, procurando que los discursos políticos no fueran una apelación al voto fácil de los ya convencidos, sino que, como decía Azaña, hicieran que «la emoción ilumine a la razón».

Lamentablemente, los debates no han servido todo lo que deberían para exponer ideas, contraponerlas y debatirlas dialécticamente aumentando el conocimiento del ciudadano que al final tiene que decidir su voto. Por ello, me gustaría compartir aquí, en las últimas horas de esta campaña, algunas de las reflexiones y propuestas a las que me he referido a lo largo de los últimos quince días.

La UE nació por miedo a repetir su trágico pasado (de guerras entre europeos) y hoy puede desintegrarse por miedo al futuro (a los nuevos desafíos, temores y amenazas). Y lo que vaya a ocurrir no está escrito, dependerá de nuestra forma de afrontar esos retos.

En las elecciones europeas de 2014 todo el mundo estaba de acuerdo en que hacía falta más Europa aunque se discrepase de la forma de orientar sus políticas. Ahora aparecen formaciones políticas que quieren dar marcha atrás en la historia, levantar fronteras, rechazar la inmigración y renacionalizar las políticas que se han comunitarizado.

Ocho de los veintiocho gobiernos de la Unión tienen ya partidos populistas en su seno o como parte de la mayoría parlamentaria en la que se apoya el gobierno. Y los nacional-populistas y euroescépticos podrían llegar a ocupar más de un cuarto de los escaños en el próximo Parlamento Europeo.

Por eso, el 26 de mayo debemos decidir entre seguir avanzando en la creación de espacios compartidos para hacer frente a los grandes desafíos de nuestro tiempo o comprarle los argumentos a *brexiteers* e independentistas de que «solos nos lo montamos mejor».

Lo que no admite duda es que los europeos vamos a vivir en un mundo de gigantes y que cada uno por separado, incluso el país más grande, Alemania, con sus de 80 millones de habitantes, vamos a ser totalmente irrelevantes. Por eso creo que, para sobrevivir en el mundo, debemos unirnos más.

Los populistas tienen respuestas fáciles, aunque erróneas, a problemas complejos. No hay que descalficar a la gente que apoya opciones nacional-populistas, hay que entender sus razones, porque las tienen.

Tampoco hay que caer en el error de los «eurobeatos», que son acríficos y piensan que todo lo que viene de la Unión Europea está bien. Hay que reconocer que la UE ha hecho cosas mal y que, frente a situaciones imprevistas como la crisis del euro o el alud de refugiados sirios ha tenido que improvisar respuestas insatisfactorias. Y que estas han creado dolor social. Hoy, tras diez años de austeridad, el PIB europeo ha vuelto a los niveles de 2008 y el nivel de empleo en la UE ha vuelto a caer por debajo del 7 % como antes de la crisis. Pero esta década pérdida, en términos económicos, y de dolorosos ajustes ha dejado a mucha gente atrás.

Las clases medias europeas se han diluido, precarizado y perdido poder adquisitivo. Se ha roto el contrato social europeo por el cual, si se trabajaba duro, las generaciones de nuestros hijos vivirían siempre mejor que la de sus padres.

Tras las buenas cifras de desempleo en la UE (6,4% en marzo de 2019), el dato más bajo desde 2000, se esconde una realidad de precariedad y degradación de las condiciones laborales.

En 2018, el 11,2% de los trabajadores entre 20 y 64 años tenían un contrato temporal, mientras que en 2003 representaban el 9,5%.

Nuestros jóvenes son los principales perjudicados. El 14,5% en Europa siguen sin empleo. Entre los menores de 25 años los contratos temporales han pasado del 34% al 41% entre 2003 y 2018, el 67% de los contratos en el caso de España.

Bajo los efectos de la globalización y la revolución tecnológica, aumenta la brecha entre los trabajadores con altas cualificaciones y los menos cualificados, más expuestos estos últimos a la temporalidad y los contratos precarios.

El modelo social europeo se erosiona poco a poco como consecuencia de la competencia fiscal entre los Estados miembros de la UE. Desde 1980, el 1% más rico de los europeos ha visto sus ingresos medios aumentar dos veces más rápidamente que el del 50% de menos recursos. Persiste también la desigualdad de acceso a un trabajo, a una vivienda o a las prestaciones sociales.

El malestar con la deriva que ha tomado nuestra Unión se ha manifestado de diferentes maneras en función de los países: *brexit* en el Reino Unido, el movimiento de los «chalecos amarillos» en Francia o el voto a fuerzas euroescépticas en Italia.

Para responder a los populismos necesitamos propuestas que afronten los problemas sociales y generen esperanza frente al futuro combatiendo a los que solo saben plantear miedo y nostalgia.

La creación de un mercado único sin armonización fiscal y social ha creado una competencia desleal entre europeos. Eso ha provocado una pérdida de capacidad económica de los Estados y un debilitamiento de los sistemas de protección social. La próxima legislatura ha de ser la del relanzamiento de la integración europea por lo social: Europa será social o no será.

Necesitamos avanzar en la armonización social y fiscal, un seguro europeo de desempleo, complementario de los nacionales,

y un salario mínimo europeo vinculado a la competitividad de la economía de cada uno de nuestros Estados miembros. Hay que reconciliar a Europa con sus ciudadanos. La idea de que Europa era la paz ya no vende. Si los ciudadanos no perciben que la UE se preocupa por ellos no van a sentirse implicados en su construcción. Y Europa no se construye sola.

Para defender nuestro modelo de civilización, debemos pesar en el mundo. Hemos de llevar de la mano la justicia social con la preocupación por los grandes desafíos globales. Para ello debemos compartir la soberanía de los Estados a través de instituciones comunitarias. Hemos de aprender y ser capaces de explicar que, en la práctica, tener menos soberanía formal supone tener más soberanía real.

Europa tiene que empezar a actuar con una lógica de potencia. Hasta ahora la UE estaba basada en la libertad de mercado y en la fuerza de la ley, es decir, la competencia, las relaciones comerciales y el Estado de Derecho. Escarmentada por sus experiencias bélicas pasadas, la UE había renunciado a actuar como una potencia, había renunciado a usar su peso económico y político como palanca para influir en el mundo. Pero ahora la UE tiene que aprender a actuar como una potencia, porque el «poder blando» no le va a bastar en un mundo donde los grandes agentes geopolíticos están dispuestos a actuar con todos los instrumentos de la potencia geopotencia. La UE tiene que desarrollar su autonomía estratégica de manera complementaria a su participación en la OTAN.

Entre las prioridades de la próxima legislatura también debe estar estabilizar el euro, completando la Unión Económica y Monetaria (UEM) con un presupuesto del euro y un seguro de garantía de depósitos europeo que proteja a los pequeños ahorradores en todos los países por igual.

La lucha contra el cambio climático es un terreno propicio para relanzar la unión de los europeos, de la misma manera que la Comunidad Europea del Carbón y el Acero jugó un papel fundamental en los inicios del proyecto europeo. Durante la campaña hemos expuesto las grandes líneas de un nuevo PEC, no otra versión del Pacto de Estabilidad y Crecimiento sino un nuevo «pacto clima-empleo» para luchar contra el cambio climático y , a la vez, generar empleo a través de una transformación profunda del sistema económico que descarbonice nuestras formas de producción y consumo.

Hay que evitar la catástrofe climática y al mismo tiempo un futuro catastrófico para nuestros jóvenes, dándoles nuevas oportunidades de empleo. Con los niveles de desempleo y de subinversión que tenemos y con el dramatismo del cambio climático, un gran pacto por el clima y el empleo debería ser uno de los grandes motores del renacimiento de Europa.

Europa necesita una nueva razón de ser . No veo ninguna mayor ni mejor que luchar contra el desempleo juvenil y al mismo tiempo contra el cambio climático. Pero hay que hacerlo teniendo en cuenta los efectos sociales de las medidas fiscales que se toman para evitar las emisiones de gases. No podemos pedir que se preocupen por el fin del mundo a los que su gran preocupación es llegar a fin de mes.

Otro tema clave de la próxima legislatura será desarrollar una política de inmigración legal, ordenada y segura. Hace tres años que en Europa muere más gente de la que nace. Cada vez somos menos, más viejos y más dependientes.

Necesitamos inmigrantes para cubrir nuestro bache demográfico, pero, siendo realista, hoy por hoy no creo que se pueda llegar a acordar una política migratoria común a 27 Estados. Es evidente que hay una distancia entre lo que dicen los gobiernos de algunos

países del este de Europa, Italia incluida, y lo que decimos los socialistas europeos. Por eso debemos establecer una coalición de países comprometidos con la defensa de los valores humanistas europeos ante el gran reto de la inmigración y los demandantes de asilo.

Finalmente, también deberemos negociar las perspectivas financieras, el presupuesto de la Unión para los próximos siete años, defender la política agrícola común (PAC) y los fondos estructurales a la par que inversiones de futuro que nos permitan estar en la vanguardia tecnológica. Eso requiere destinar más recursos a nivel de la UE. Por eso defendemos aumentar los recursos propios de la Unión acabando con la elusión fiscal de las grandes empresas digitales y una tasa a las transacciones financieras.

El orden liberal en el que nació nuestra Unión está en crisis y las sociedades abiertas cuestionadas. No creamos que la paz es el estado natural de las cosas. Al contrario, es muy fácil volver a soplar sobre las cenizas de un fuego que se creía apagado para volver a provocar un incendio. Ante la involución, necesitamos una Europa social, verde y digital que actúe como una potencia en el mundo para defender una civilización, la europea, basada en la libertad política, la prosperidad económica, la sostenibilidad ambiental y la cohesión social.



# 18

## NOTA INTERNA DEL MAUC

27 de mayo de 2019

### **DESPUÉS DE LAS ELECCIONES EUROPEAS: POR UNA EUROPA MÁS POLÍTICA**

«Los ciudadanos empiezan a entender  
que la integración europea requiere su implicación»  
«Los europeos han rechazado las opciones contrarias  
a seguir avanzando en la integración»

Las elecciones europeas del pasado 26 de mayo han sido, en mi opinión, las primeras con debates pan-europeos, a diferencia de las precedentes, que estuvieron centradas sobre todo en la política nacional y en el voto para penalizar al gobierno de turno más que para decidir en clave europea.

Lo primero que hay que destacar del resultado de estas elecciones es el aumento de la participación, particularmente entre los jóvenes. Creo que eso demuestra que los ciudadanos empiezan a conceder a los asuntos europeos la importancia que tienen y a entender que la integración europea requiere su implicación.

Por primera vez desde 1979, la participación en las elecciones europeas ha aumentado en 20 de los 28 Estados miembros y ha superado la barrera del 50% en el conjunto de la UE. Hemos pasando del mínimo histórico del 42,61% en las elecciones del 2014, a un 50,94% (+8%), situándonos justo por encima del nivel de 1999. Y eso pese a que en muchos países de Europa del Este la participación ha seguido siendo muy baja, con una oscilación entre el 20 y el 30%.

El aumento de la participación se puede atribuir al temor de perder lo que nos une como europeos: el modelo de civilización que mejor conjuga prosperidad económica, democracia y bienestar social.

Y, más probablemente, a la toma de conciencia de que los retos a los que nos enfrentamos (cambio climático, migraciones o lucha contra el terrorismo) solo pueden resolverse si los europeos unimos nuestras fuerzas en un mundo dominado por gigantes de talla continental.

La segunda característica del resultado de estas elecciones es el freno a las opciones extremas, tanto de derecha como de izquierda.

Los europeos han rechazado las opciones contrarias a seguir avanzando en la integración. La extrema derecha ha limitado su ascenso (de 21% al 23%), mientras que los partidos de la extrema izquierda europea han perdido el 20% de sus escaños (pasando de 52 a 41). El caballo no ha entrado en Troya.

Los partidos euroescépticos y eurófobos ya no piden salir del euro ni de la UE y se han visto obligados a entrar en la lógica europea de la cooperación, formando alianzas transnacionales para perseguir su objetivo de cuestionar a la UE desde su interior.

En Grecia, Syriza ha perdido el 10% de los votos y ha sido relegada a segunda fuerza tras Nueva Democracia (PPE), obligando a Tsipras a convocar elecciones anticipadas. En Francia, La France *Insoumise* de Melançon obtiene el quinto lugar con seis eurodiputados, el peor resultado desde su creación. En España, la coalición de Podemos e Izquierda Unida se queda con siete eurodiputados, comparados con los 11 que obtuvieron en 2014 cuando concurren a las elecciones por separado. Sumar sus fuerzas no les ha impedido disminuir sus resultados

Esta pérdida de peso se debe a dos factores: la dependencia de estos partidos del tirón electoral de líderes carismáticos y un electorado, más bien joven y urbano, caracterizado por su volatilidad y propensión a la abstención. En el caso concreto de España, el PSOE ha recuperado prácticamente a la mitad de sus exvotantes jóvenes que habían votado a Podemos en las últimas elecciones.

Es naturalmente una satisfacción que la candidatura socialista que he tenido el honor de encabezar haya alcanzado casi el 33 % del voto, pasando de 14 a 20 eurodiputados y colocándose como la delegación más numerosa de la familia socialista

Hay que destacar la movilización de los jóvenes en estos comicios europeos. En Francia, por ejemplo, la participación de los menores de 35 años ha aumentado un 13% con respecto al 2014.

Esta movilización ha tenido consecuencias políticas. En Francia y Alemania los partidos tradicionales no han sido capaces de atraer el voto joven, viéndose superados por los partidos «verdes» entre los menores de 35 años. La movilización por el clima de los jóvenes europeos (*Fridays for future*) ha tenido una traducción en las urnas. Esto ha llevado a los partidos ecologistas a quedar por delante de los socialistas, lo que es otra característica importante del resultado de estas elecciones

Este cambio es fundamental si consideramos que en las elecciones de 2014 fue el Frente Nacional de Marine Le Pen el principal beneficiario del voto joven (30%).

El aumento de la participación refuerza la legitimidad de la construcción europea. Pero los ciudadanos no han dado un cheque en blanco. La emergencia de una conciencia europea requiere que la Unión responda con una Comisión más política.

No podemos pedirles a los ciudadanos que vayan a votar para elegir entre varias prioridades políticas para después decirles que

la Comisión es un ente tecnocrático que aplica las mismas políticas independientemente del resultado de las elecciones.

Durante los próximos cinco años, la UE debe ofrecer a sus ciudadanos «bienes públicos» que solo podemos alcanzar cooperando entre europeos: desde un aire puro, a la lucha contra el terrorismo o la garantía de estabilidad financiera. Si no se consigue, la UE perderá relevancia y legitimidad.

Hagamos de la resolución de los problemas globales el próximo leitmotiv para impulsar la construcción europea. Urge responder con medidas concretas al positivo aumento del interés que los ciudadanos le han prestado a la UE.

# 19

## REPUBLICA DE LAS IDEAS

28 de junio de 2019

### EUROPA EN EL MUNDO QUE VIENE

«Las fronteras mentales son más peligrosas que las físicas»

«En el mundo que viene, el tamaño importa»

La emigración y la despoblación, que tanto y con razón preocupa en la España interior, son fenómenos parejos. Los humanos siempre se han movido en busca de mejores oportunidades. Hace unos meses, en Sevilla, durante la campaña de las elecciones europeas, tuve ocasión de recordar a los andaluces que hicieron Cataluña, esos que llegaron con hambre en la cara y maletas de cartón. Yo los vi llegar, cuando de niño, llevaba el pan a las tabernas de mi pueblo del Pirineo. Se integraron, prosperaron y hoy son parte de la sociedad catalana, aunque algunos quieran convertirlos en extranjeros en su propia tierra.

De España salieron también muchos de nuestros compatriotas hacia América, hacia países como Argentina, donde también impulsaron sus sociedades. Allí en Mendoza nació mi padre, hijo de emigrantes catalanes, para después hacer el camino inverso al Pirineo. Y es que todos llevamos un inmigrante dentro en busca de una vida mejor. Somos un inmigrante en potencia. El desequilibrio demográfico a un lado y otro del Mediterráneo es cada vez más patente. Cuando yo nací, en 1947, el Viejo Continente y África tenían aproximadamente la misma población. Ahora, África va camino de los 2.500 millones de habitantes frente a los 500 de Europa. Algunos, claro, quieren explotar el miedo al diferente, al que se caracteriza como invasor. «Cerremos los

puertos» dice Salvini, trasladando el problema al vecino, con el riesgo de provocar más ahogados en el Mediterráneo...

¿Es posible cerrarse al mundo, a la interdependencia? ¿Es posible desconectarse? ¿Salir de Europa, del euro? Esto tendría muchos costes, va contra el sentido de la historia y es lesivo para nuestros intereses. Nos necesitamos los unos a los otros. No hay que levantar muros ni entre españoles ni entre europeos ni entre los seres humanos en general, aun cuando no podemos obviar que los Estados se definen por su territorio y las fronteras exteriores de la Unión deben garantizarse y la movilidad gestionarse ordenadamente.

¿Somos, como dicen algunos, entre ellos Junqueras, tan diferentes, los catalanes y el resto de los españoles, que no podemos vivir juntos? No demos más pasos atrás en la moviola de la historia, no más repliegues, no más divisiones. Las fronteras mentales son más peligrosas que las físicas, las que segregan por la raza o la religión o el género. No hay que dejar de combatir también estas fronteras. Decía Einstein que es más difícil destruir un prejuicio que desintegrar el átomo...

El *brexit* es otro ejemplo de los efectos negativos del nacionalismo que ha sumido en una grave crisis a la más antigua democracia parlamentaria del mundo. Por un lado, los británicos no pueden quedarse ignorando un referendo ganado aunque sea por la mitad más uno. Pero por otro, no saben cómo irse sin infligirse daños graves a su economía y sociedad. No se van porque no encuentran la puerta de salida. Pero no sería deseable que se quedaran por no saber cómo irse.

¿Puede verdaderamente a alguien quedarle ganas de repetir semejante experimento, con consecuencias mucho más graves, con Cataluña, la cual está muchísimo más integrada en España que el Reino Unido en la UE? Desgraciadamente, parece que sí. Vivimos en un mundo nuevo donde la información es instantánea

pero también la falsedad. Cada vez es más difícil distinguir lo cierto de lo falso. Antes los bulos circulaban de boca en boca...; ahora se difunden masivamente en las redes sociales y a una velocidad mucho mayor.

En Gran Bretaña decían que dejar la UE les reportaría 350 millones de libras semanales, igual que en Cataluña se decía que tendrían 16.000 millones más de euros de ser independiente. Aseveraciones falsas en ambos casos y que no se han refutado suficientemente. Decía Hanna Arendt que el mejor sujeto para un régimen totalitario no es el fanático convencido sino el que es incapaz de distinguir la verdad de la mentira. Esta lúcida afirmación es hoy, en la sociedad de la comunicación en la que vivimos, más cierta que nunca.

La democracia funciona sobre la base de opiniones, las cuales deben fundarse en un conocimiento de los hechos; de lo contrario estaría operando con un combustible inadecuado. La democracia es sobre todo una deliberación colectiva; el voto es solamente la última fase de ese proceso y no tiene sentido sin él. Pero empieza a construirse un sistema de toma de decisiones demagógico y plebiscitario que profundiza la polarización social, cercenando así la representación y la deliberación.

El caso del *brexit* es también paradigmático: un país que por una mayoría muy pequeña decide abandonar la Unión como consecuencia de promesas falsas y que termina profundamente dividido internamente y paralizando en buena parte al resto de Europa. En la UE, llevamos tres años tratando de avanzar con la mirada puesta en el retrovisor y, al final, quizás los británicos tendrán que acabar organizando otro referendo.

Pero todas estas tendencias nacionalistas en España y Europa no surgen de la nada. Ciertamente la globalización y la crisis del euro han generado perdedores en los sectores populares, que se han empobrecido, y que afrontan con inquietud un futuro en el

que no parecen tener cabida, ante los empleos que desaparecen deslocalizándose rumbo a Asia o son sustituidos por robots. En el período 2007-2016, en España, el 40% más pobre ha perdido muchos puntos porcentuales de renta per cápita mientras que el 1% más rico ha aumentado su renta en un 20%.

Así, la sociedad se divide cada vez más entre nómadas cosmopolitas que extraen de la integración europea todo su potencial, con la libre circulación, el Erasmus, el euro (no tener que cambiar de moneda al pasar la frontera), etcétera, y sedentarios perdedores que no se benefician de las ventajas de la movilidad.

Nos encontramos con una suerte de tormenta perfecta, una pérdida de estatus social y económico por parte de una buena parte de las clases trabajadoras, los llamados perdedores de la globalización, junto con una amenaza, o percepción de amenaza, de pérdida de la identidad por el conjunto de la sociedad.

De eso se aprovechan los nacional-populistas emergentes. Ante problemas reales proponen falsas soluciones y un peligroso repliegue nacional que también se basa en cuestiones identitarias. Por ello, no basta con defender sociedades abiertas, tenemos que construir también sociedades cohesionadas, de lo contrario iremos no solo hacia sociedades cerradas sino crecientemente autoritarias.

Ninguna conquista social es irreversible. Tenemos que hacer frente a un nuevo mundo del trabajo, a la digitalización, a la robotización y a las consecuencias de la descarbonización de la economía: nuevos retos para la equidad ante las profundas transformaciones a las que hay que hacer frente. Es imposible, y hasta inmoral, pedir que se preocupen del futuro del mundo a aquellos que no llegan a fin de mes.

En este nuevo entorno, es preciso conformar una Europa que sepa distinguir los derechos de las mercancías, una Europa social que garantice el pleno empleo en el marco de un gran plan verde para la transición ecológica, proteja al parado con un seguro complementario al nacional y asegure un marco común de salarios mínimos.

También hay que proteger los nuevos derechos, como los que debemos tener sobre nuestra intimidad y datos personales. Los derechos son intangibles, no tienen precio, aunque su ejercicio tenga costes. Pero la derecha neoliberal sigue creyendo que todo puede ser un producto en el mercado, olvidando aquello que decía Machado: «solo un necio confunde valor y precio».

La educación es un derecho fundamental, además de la mejor inversión para construir igualdad. Recuerdo que en la panadería de mi padre trabajaba un joven emigrante andaluz. Era más listo que yo, pero yo pude estudiar y él no. Siendo yo ministro de Fomento, un día me visitó y me explicó muchas cosas sobre el transporte por carretera: era conductor de camiones. Su inteligencia se desaprovechó. La moral y la eficacia exigen que no se desperdicie ni un gramo de inteligencia de ninguna persona.

Hace pocos días, en la conferencia de fin de curso de la Universidad Euromediterránea de Fez, tuve ocasión de decir que el bien máspreciado no es el oro ni el petróleo sino las neuronas ávidas de conocimiento de la juventud. Resulta dramático que los cerebros del 20 por ciento de los niños del mundo no se desarrollarán por las carencias alimentarias que sufren... ¡qué gran despilfarro!

El proyecto europeo seguirá siendo clave para nuestro porvenir. Podemos criticar las insuficiencias de Europa todo lo que se quiera, pero es evidente que si la UE no existiera, tendríamos que inventarla, particularmente en este nuevo mundo de grandes potencias que buscan afirmarse sin complejos. A pesar de sus de-

fectos, el éxito de la UE es un gran sistema de regulación de la mundialización con la dimensión adecuada para encontrar soluciones a los retos globales, desde los flujos migratorios a la evolución de la economía digital, pasando por la protección de los ciudadanos en una globalización caótica y la seguridad en una era estratégica inestable.

En el mundo que viene, en el que ya está aquí, el tamaño importa. Decía Spaak, el padre del mercado común, que se afirma que en Europa hay países grandes y pequeños. Y él contestaba que todos eran pequeños, solo que algunos no se habían enterado... ¿Puede Alemania, con sus ochenta millones de habitantes, competir con los 1.300 de China, que son los que tendrá India en pocos años?

La europea Airbus ha conseguido ganar el contencioso a la empresa norteamericana Boeing en el tribunal de la Organización Mundial del Comercio, y la UE imponer varias multas a Google y Apple por competencia desleal y evasión de impuestos. ¿Podríamos hacer esto solos, desde España, Alemania, o Francia? ¿Podríamos haber sacado las tropas de Irak sin el escudo del euro? ¿Qué le habría pasado a la peseta? ¿Cómo podemos tener una relación con China equilibrada si no es como europeos?

Las grandes potencias continentales dominan la globalización por su peso demográfico y potencial productivo y tecnológico, como China, India, Estados Unidos, Rusia o Brasil. Y también por su fuerza militar. Entretanto, Europa será la principal perjudicada por una nueva carrera de armamentos entre Rusia y EEUU, al igual que nos afectaría mucho una guerra comercial mundial. Para hacerles frente, Europa tiene que unirse más, ser más fuerte y ser un actor de la globalización. Necesitamos entre otros elementos capacidades europeas para rechazar amenazas híbridas compuestas por ciberataques y *fake news* que propalan movimientos anti-europeos aliados de potencias extranjeras.

En la integración europea no se trata de ceder soberanía sino de compartirla, para in f uir más en el mundo, para ser más e f - caces en la solución de los problemas que desbordan el ámbito de los Estados. De poco o nada sirve la soberanía formal en la era de la mundialización.

Las elecciones europeas del pasado 26 de mayo de 2019 eran importantes precisamente porque de su resultado —por suerte los euroescépticos y eurófobos han progresado mucho menos de lo temido por algunos— dependía el tipo de Europa que queremos: más social, más progresista, más verde, más digital, más unida y más fuerte en el mundo global, capaz de actuar con una lógica de potencia. Los europeos nos jugamos nuestra supervivencia como civilización, aquella que combina mejor, a pesar de sus carencias, la libertad política, la prosperidad económica y la justicia social.



### **LA EUROPA QUE VIENE: LOS RETOS DE LA NUEVA LEGISLATURA**

«Los ciudadanos no nos han dado un cheque en blanco»  
«Suscribo las tres prioridades: un pacto por el clima;  
completar la unión económica y monetaria; y reforzar  
el papel de la UE en el mundo»

El pasado 16 de julio los eurodiputados invistieron, por un margen muy estrecho, a Ursula Von der Leyen, hasta ahora ministra alemana de Defensa, como la primera mujer Presidenta de la Comisión Europea. En su brillante discurso, la nueva Presidenta esbozó una Unión Europea ambiciosa que debe utilizar todos los instrumentos a su alcance para afrontar los problemas de los europeos, gracias al potencial que representa su unión.

El aumento de la participación, particularmente entre los jóvenes, en las pasadas elecciones europeas, a las que por cierto la señora Von der Leyen no se presentó como candidata, y el freno a las opciones extremas (de derecha e izquierda) demuestra que los ciudadanos empiezan a entender la importancia de la UE y la necesidad de actuar juntos para preservar nuestro modelo europeo, el que sabe conjugar prosperidad económica, libertad política y bienestar social.

Los ciudadanos, sin embargo, no nos han dado un cheque en blanco. Los políticos no podemos pedir el voto a los europeos, y que elijan entre varias opciones políticas, para después mostrar una Comisión tecnocrática que aplica las mismas políticas al

margen de los resultados electorales. Por esto, considero decisivo que el apoyo a la investidura de Ursula Von der Leyen haya estado precedido por intensas negociaciones entre los grupos políticos del Parlamento Europeo y la candidata a presidir la Comisión para definir su programa de gobierno para los próximos cinco años.

Del sólido discurso de la nueva Presidenta de la Comisión se desgajan tres prioridades políticas que suscribo ampliamente: Un pacto por el clima; completar la unión económica y monetaria; y reforzar el papel de la UE en el mundo.

## **1. Pacto por el Clima**

Von der Leyen dejó clara su voluntad y el compromiso de Europa para liderar la transición a una economía neutral en emisiones de carbono en el horizonte 2050. En concreto, propuso un nuevo Green New Deal y una ley europea sobre el clima, dos iniciativas que lanzaría en sus primeros cien días de mandato.

Este pacto por el clima es una respuesta a las demandas de los jóvenes que se manifestaron por toda Europa en los Fridays for Future y puede servir de leitmotiv para que las nuevas generaciones se comprometan con la integración europea.

La transición ecológica, que supone básicamente una transición energética a una economía sin carbono, será el mayor reto de la política económica y fiscal. Y Europa debe liderarla.

Es algo que Ursula Von der Leyen reconoció no saldrá gratis, pues los beneficios a largo plazo tendrán costes a corto en términos de inversión y de redistribución de la renta. Además, los segmentos más vulnerables de la sociedad pueden ser los más perjudicados puesto que suelen trabajar en sectores más intensivos en carbono y el consumo de energía supone una mayor parte de sus ingresos.

Las emisiones deben tener un precio que cambie nuestro modo de vida y de consumo. De una manera u otra tendremos que pagar por el carbono que hasta ahora hemos generado sin tener en cuenta los costes que ello significaba. El precio de la tonelada de carbono, con una tasa de actualización que tuviera en cuenta los efectos a largo plazo de no actuar ante el cambio climático, sería de entre 250 y 550 euros. Para poner esta magnitud en perspectiva, ahora el mercado de derechos de emisión lo sitúa entorno a los 25 € y los chalecos amarillos salieron en Francia a la calle ante un impuesto

Con este plan se podrían crear unos cinco millones de empleos de calidad en Europa en los próximos años. Convertiríamos, así, la crisis climática en una oportunidad: salvar el planeta, aumentar el crecimiento sostenible y crear nuevos empleos.

Sin embargo, este plan no será suficiente. Debemos combinar la acción dentro de nuestras fronteras con una diplomacia climática activa. Los europeos sólo generamos el 10% de las emisiones. De modo que, aunque las suprimiéramos mañana por arte de magia, no resolveríamos el problema. Hemos de involucrar al resto de países, especialmente aquellos cuyo desarrollo no puede seguir las mismas pautas que tuvo el nuestro.

Los europeos fuimos capaces de liderar y controlar las tecnologías del pasado pero no estamos siendo capaces de liderar las del futuro, como el 5G. No hay empresas europeas entre las quince primeras empresas digitales. Debemos revertir esta tendencia porque el futuro no nos esperará. En el siglo XXI la tecnología será un factor determinante del progreso humano: el motor de la economía pero también de la guerra.

En 1950 los europeos pusimos en común el carbón y el acero. En 2050 debemos conseguir que nuestros hijos y nietos puedan vivir en una economía baja en carbono. Hagamos de ello el próximo elemento que permita impulsar la construcción europea.

## 2. Completar la Unión Económica y Monetaria (UEM)

En una unión monetaria que carezca de integración política y fiscal pierden eficacia los instrumentos estabilizadores tradicionales (política monetaria y fiscal) para hacer frente a crisis que afecten especialmente a un Estado miembro. Ya lo dijo Delors: “Si la UEM se dota solo de un pilar monetario, y carece de un pilar económico, tropezará hasta caer”.

Los gobiernos no pueden gestionar autónomamente la deuda soberana cuando no ejercen el control sobre su propia moneda. La falta de un pilar económico hace que la disciplina presupuestaria sea el único instrumento disponible de política fiscal.

Ya nos alertó Draghi en su discurso en Sintra<sup>1</sup> de que ignorar las debilidades institucionales de la UEM puede llevar a poner en peligro lo conseguido. Para evitarlo, es necesario pasar de una política fiscal únicamente basada en reglas a institucionalizar una capacidad fiscal.

Este será uno de los grandes retos de la próxima Comisión: completar la arquitectura de la Unión Económica y Monetaria, con un pilar fiscal, y dotarla de capacidad de respuesta frente a nuevas crisis.

Para ello, deberá superar algunos de los elementos paradigmáticos sobre los que se ha basado la política económica en la UE, en particular revisar las reglas fiscales del euro mediante cambios formales (mayor simplificación y flexibilización) o mediante una interpretación «más flexible» del Pacto de Estabilidad y Crecimiento. Por eso es muy positivo que en su discurso de investidura, la Presidenta Von der Leyen apostase por usar toda la flexibilidad permitida por las reglas actuales.

Hasta ahora, la función de estabilización la ha llevado a cabo el BCE con su política de flexibilidad cuantitativa (Quantitative Easing) y las operaciones de compra de deuda y otros activos (SMP, OMT y APP2).

Como consecuencia de las rebajas de tipos de interés del BCE, los intereses pagados por las familias europeas han pasado de 40.000 millones en 2008 a 4.300 millones en 2018. Sin embargo, con los tipos de interés actuales, el margen de maniobra del BCE es muy reducido. Es necesario coordinar las políticas monetaria y fiscal. En el contexto actual de «estancamiento secular», la política fiscal debe complementar la política monetaria.

La política monetaria del BCE también ha tenido consecuencias negativas: ha beneficiado a los bancos y ha aumentado los precios de los activos, beneficiando así a los que disponen de un mayor patrimonio.

Existen varias respuestas ante la necesaria creación de una unión fiscal: desde la ampliación del presupuesto de la UE, mediante nuevos recursos propios, a la creación de un seguro de desempleo europeo. La que cuenta con más apoyo entre los expertos es la creación de un rainy day fund, es decir, un fondo de transferencias entre países de carácter estabilizador y adaptado a las fases del ciclo. Pero con la anterior Comisión no se ha podido alcanzar hasta ahora un acuerdo a pesar de los denodados esfuerzos de nuestra ministra de Economía, Nadia Calviño.

Otra posibilidad sería adoptar la “regla de oro” que sugirió Dolors en su día, es decir, extraer del cómputo del déficit las inversiones públicas productivas. Desde 2007 la inversión pública en la UE ha disminuido un 0,8%.

También en esta línea la Presidenta Von der Leyen propuso iniciativas importantes, como la del seguro complementario de desempleo europeo, y abogó por completar el Semestre Europeo, centrado actualmente en garantizar las reformas y la convergencia entre las economías europeas, para garantizar el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

### 3. Reforzar el papel de la UE en el mundo

Gracias a su peso demográfico y potencial productivo y tecnológico, las grandes potencias continentales como China, India, Estados Unidos, Rusia o Brasil dominan la globalización. Y también por su fuerza militar.

La única forma de sobrevivir en este mundo de gigantes es unirnos para ser más fuertes juntos y ser un actor de la globalización. Casi nada podremos hacer solos. Casi todo tendremos que hacerlo juntos.

En 2030 África tendrá 2.500 millones de personas, cinco veces más que nosotros. Sólo una revolución cultural que pase por el empoderamiento de la mujer podrá cambiar esta tendencia demográfica.

¿Cómo imaginar que cualquier país europeo pueda pesar en un mundo dominado por las potencias continentales?

En este mundo que viene, que ya está aquí, el tamaño importa. Decía Spaak, el padre del mercado común, cuando oía que en Europa hay países grandes y pequeños, que en realidad todos son pequeños, solo que algunos no se han enterado. ¿Puede Alemania, con sus más de ochenta millones de habitantes, competir con los casi 1.400 de China, que son los que tendrá India en pocos años?

La europea Airbus ha conseguido ganar el contencioso a la empresa norteamericana Boeing en el tribunal de la Organización Mundial del Comercio. Ningún país europeo lo hubiera podido hacer solo.

También, la UE ha impuesto varias multas a Google y Apple por competencia desleal y evasión de impuestos. ¿Podríamos hacer esto solos, desde España, Alemania, o Francia? ¿Podríamos

haber sacado las tropas de Irak sin el escudo del euro? ¿Qué le habría pasado a la peseta? ¿Cómo podemos tener una relación equilibrada con China sino es como europeos?

La UE es una enorme fuerza de estabilización mundial. Un enorme instrumento de regulación de la globalización. No podemos prescindir de ella.

Europa tiene que unirse más para ser más fuerte y ser un actor de la globalización, solo así será capaz de dar respuesta a los problemas que van desde los flujos migratorios a los retos de la economía digital, de la protección de los ciudadanos en una globalización caótica a la de la seguridad en una era estratégica inestable.

Como dijo en su discurso la Presidenta Von der Leyen, la OTAN siempre será el pilar principal de nuestra defensa colectiva. Pero, pese a la importancia de la relación transatlántica, necesitamos desarrollar capacidades europeas para rechazar amenazas híbridas como los ciberataques y las fake news que propagan movimientos anti-europeos aliados de potencias extranjeras. Vivimos inmersos en una nueva guerra por el relato.

El desarrollo de estas capacidades no implica ceder soberanía, sino compartirla, para contar más en el mundo, para ser más eficaces en la solución de los problemas que desbordan el ámbito de los Estados. Este es el verdadero valor de la UE: la comunitarización. Porque acuerdos entre Estados los ha habido, al menos, desde la paz de Westfalia.

Hasta ahora los europeos pensaban que la Europa que les beneficiaba la hacían los diplomáticos, los técnicos, los gobiernos... y que les bastaba con aplaudir de vez en cuando.

Eso ya no es así. Europa no se hace sola. Europa no se hará si los europeos no la quieren, si los europeos no lo exigen a sus gobiernos y a sus eurodiputados.

A pesar de todas sus carencias, la historia de UE es la historia de un éxito político extraordinario, porque ha conseguido el principal objetivo para el que nació, que era la paz entre europeos. Si la Unión Europea no existiera habría que inventarla, porque ahora se enfrenta a nuevos problemas, que son menos intraeuropeos que los de ayer y afectan a la relación de Europa con el resto del mundo.

Ojalá pueda contribuir a ello desde las responsabilidades de Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad, para las que me ha propuesto el Consejo Europeo, si antes consigo, como ya lo ha hecho Ursula Von der Leyen, la confianza del Parlamento Europeo.

1 Mario Draghi, “Twenty years of ECB’s monetary policy”, ECB forum on central banking, Sintra, 18 June 2019.

2 Security Market Program (SMP), Outright Monetary Transactions (OMT) y Asset Purchase Program (APP).

# **RELACIONES TRASATLÁNTICAS**



## REFLEXIONES SOBRE LA CUMBRE DE LA OTAN

«España está actualmente en 19 misiones internacionales»

«Lo que está en juego es saber  
si seguimos formando parte transatlántica»

Cuando los historiadores reflexionen sobre la cumbre de la OTAN que ha tenido lugar los pasados días 11 y 12 de julio en Bruselas, se encontrarán ante la dificultad de interpretar una paradoja. Como garantía de seguridad para sus estados miembros, la Alianza Atlántica ha sido, y sigue siendo, un éxito indiscutible. Sin embargo, nunca como ahora se había mostrado tan dividida e insegura acerca de su propio sentido y supervivencia. La paradoja estriba en que las críticas más acerbas no provienen esta vez desde el exterior, sino desde el mismo interior de la comunidad transatlántica. La OTAN, por así decirlo, está siendo sometida a «fuego amigo».

Son conocidas las declaraciones del presidente Trump en la reciente cumbre del G-7 en Canadá, cuando afirmó que su país asume un coste desproporcionado para asegurar la protección de socios que estarían ejerciendo de *gorriones*, o *freeriders*, en las relaciones comerciales a expensas de la economía estadounidense. Pocos días después, añadió que los miembros de la OTAN que no hayan alcanzado el 2% del PIB en sus presupuestos de defensa deben hacerlo «inmediatamente», e incluso doblar ese

porcentaje hasta el 4%. Desde este lado del Atlántico, el sentido de urgencia del presidente Trump y sus críticas a países aliados pueden parecer destemplados. Pero lo cierto es que la preocupación estadounidense acerca de la asimetría entre su contribución a la seguridad común y la del resto de los aliados no es nueva, ya fue expresada por el presidente Obama, y merece ser abordada razonablemente. Otra cosa es que refleje toda la realidad. En cierto modo, el debate sobre el reparto de los costes de la seguridad entre los miembros de una alianza es comparable al de las llamadas balanzas fiscales en el seno de un Estado descentralizado. No todo se puede medir contablemente y los resultados del análisis pueden variar dependiendo del método utilizado, que nunca parecerá lo suficientemente equitativo para todas las partes.

Se dice, por ejemplo, que un país como España destina pocos recursos a su presupuesto de defensa y, por extensión, a la seguridad aliada. Sin embargo, el enfoque meramente contable obvia nuestra aportación total a la seguridad global, tanto a través de la OTAN como de otros mecanismos multilaterales y supranacionales. España está presente actualmente en 19 misiones internacionales con 2.138 efectivos y numerosas capacidades materiales. Participamos en la coalición internacional contra Daesh (Estado Islámico) en Iraq y entrenamos, con otros socios de la OTAN, a las fuerzas de seguridad afganas. Estamos en todas las misiones militares y civiles desplegadas por la Unión Europea. De hecho, somos el país que con más personal contribuye a las mismas, desde Ucrania, en nuestra vecindad oriental, hasta el Sahel, en nuestra vecindad sur. Al igual que nuestra apuesta decidida por el pilar europeo de la defensa, nuestro compromiso con la seguridad y estabilidad en el Mediterráneo es firme y estamos dispuestos a dar más pasos al frente. Por ello, en la cumbre de la OTAN recién concluida, hemos ofrecido liderar

la próxima misión de adiestramiento en Túnez y dar apoyo logístico de respaldo a la presencia de la ONU en Libia.

Desde luego, nadie puede decir que eludimos nuestra responsabilidad cuando se trata de contribuir a la seguridad propia y a la de nuestros socios y aliados. Al contrario, consideramos que ambas están íntimamente maridadas. La seguridad es un bien público global y la Alianza Atlántica es uno de sus principales proveedores. Por ello, situar el debate sobre la relevancia de la Alianza, o sobre las aportaciones de sus miembros, en términos exclusivamente presupuestarios y cortoplacistas es un error.

Lo que ahora está en juego no es tanto una cuestión de cifras y fechas perentorias, sino algo mucho más trascendente. Se trata de saber si seguimos formando parte de una comunidad transatlántica asentada en principios, valores y objetivos compartidos, que son los propios de las sociedades occidentales inspiradas en el Humanismo y la Ilustración; de constatar si seguimos contando con una misma visión geopolítica y una similar estimación de los riesgos y amenazas a los que nos enfrentamos. Para dar respuesta a estos interrogantes hemos de abandonar la inmediatez y encuadrar el momento actual de la Alianza en un contexto temporal, y en un debate moral, más amplio.

Desde esta doble perspectiva, dos han sido los hitos que han marcado la evolución del mundo transatlántico en las últimas tres décadas: 1989 y 2016. En 1989 cayó el muro de Berlín, y con él desaparecía poco después el enemigo existencial de las democracias liberales, cuya defensa había sido la principal razón de ser de la Alianza Atlántica. En el 2016, el Reino Unido votaba abandonar la Unión Europea, y en Estados Unidos Donald Trump ganaba las elecciones.

A ambos lados del Atlántico, los dos grandes países de habla inglesa iniciaban así una travesía con rumbo incierto, pero que parecía alejarles cada vez más de sus socios y aliados europeos

en el continente. Es tentador ver en la desaparición de la Unión Soviética el origen de la fractura que ahora amenaza desde dentro a la comunidad transatlántica. 1989 habría así engendrado 2016. De ahí, insisten algunos, que siga siendo esencial encontrar un sustituto de la Unión Soviética como estímulo externo a la cohesión del mundo atlántico. Candidatos no han faltado, ni faltarán, para ocupar ese dudoso privilegio: desde el terrorismo yihadista hasta los regímenes neautoritarios, pasando por todo tipo de amenazas asimétricas o híbridas.

Hemos de tomar todas estas amenazas en serio y así está siendo el caso. Pero no creo que sea este el enfoque adecuado para garantizar la supervivencia y adaptación de nuestra Alianza en el largo plazo. La búsqueda de amenazas de todo tipo para preservar la unidad de comunidades débiles o fracturadas es un subterfugio frecuentado por regímenes totalitarios. No debería ser nuestro modelo. En nuestras sociedades abiertas, lo adecuado es reconocer las divergencias y aceptar los desacuerdos como paso previo para su superación o, al menos, para encontrar su acomodo sin llegar a la ruptura. Este es nuestro verdadero desafío. Es obvio que hoy los Estados Unidos de Trump y la Unión Europea, con Gran Bretaña en un incómodo limbo, mantienen posiciones contrapuestas sobre cuestiones clave como el libre comercio, la lucha contra el cambio climático, el curso que ha de seguir el proyecto de integración europeo, la resolución de ciertos conflictos regionales o la forma de afrontar las relaciones con Irán en el marco de los esfuerzos de no proliferación. Y tampoco podemos negar que, incluso en el seno de la Unión Europea, existen fisuras entre un núcleo, en el que se cuenta España, que permanece fiel al acervo comunitario en su más estricto sentido y que sigue persiguiendo el ideal de «una unión cada vez más estrecha», y otros países que reniegan o ignoran con fruición principios básicos de nuestra filosofía y práctica políticas.

El gran interrogante es si estas divergencias entre aliados sobre cuestiones fundamentales son transitorias o constituyen ya fallas estructurales. Si fuera este el caso, y no fuéramos capaces de cerrarlas, corremos el riesgo de que la Alianza, que ha preservado la seguridad del mundo occidental durante más de medio siglo, termine perviviendo por inercia o, peor, perezca por la impaciencia de unos, entre la indiferencia de los más y ante el regocijo de los auténticos enemigos de la libertad y de la democracia.

Aún estamos a tiempo de evitarlo. Para ello convendría recordar a Tucídides cuando afirmaba que hay dos modos de mantener las alianzas: por el derecho y la comunión de valores e ideas; o por el interés y la fuerza. Las primeras sirven su propósito y perduran en el tiempo. Los cementerios de la historia están repletos con las segundas.



## MENOS APOYO PARA TRUMP

«EE.UU es un aliado y un amigo secular, a pesar de Trump»

«Seguimos queriendo trabajar juntos»

Los reciente comicios celebrados en Estados Unidos para renovar la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado constituyen un revés para el presidente Donald Trump, pues el Partido Demócrata toma el control de la primera, tras ocho años de una mayoría republicana que obstaculizó desde el primer momento la agenda progresista del presidente Barack Obama a partir del 2010.

Los republicanos podrán decir que mantienen el Senado o incluso amplían su mayoría en el mismo, pero esto era esperado ya que defendían muchos menos escaños en esta cámara que los demócratas, los cuales en cambio ahora ganan un asiento en la mesa del poder en Washington, como dice «The Washington Post». A partir de enero del 2019, cuando tomen posesión los nuevos parlamentarios, será más fácil vetar las ideas de Trump e incluso investigarlo.

Si bien es cierto que los partidos de los presidentes suelen sufrir siempre pérdidas de escaños en las primeras elecciones de mitad de mandato tras su toma de posesión (ya le pasó a Obama de manera muy sonada) hay que tener en cuenta que esta derrota es muy significativa por varias razones.

En primer lugar, al renovarse completamente los 435 miembros de la Cámara de Representantes, esta elección es la que capta realmente el estado de ánimo del país, frente al Senado que solo se renueva en una tercera parte, y en este caso la mayoría de los escaños en juego estaba en manos de demócratas (26 de 33), por lo que era más fácil para el Partido Republicano mantenerse en el poder en la cámara alta.

Además, ha habido una alta participación, de casi el 50% del censo, y que es cinco puntos porcentuales por encima de lo habitual en una votación en la que no se elige también al presidente, lo que parece indicar que ha habido una fuerte movilización del electorado progresista, lo que no fue el caso durante las elecciones presidenciales del 2016.

En segundo lugar, Trump se había implicado a fondo en la campaña electoral, multiplicando sus mítines por toda la nación y los mensajes en redes sociales. Ha agitado una vez más el rechazo al inmigrante, aprovechando la marcha de la caravana centroamericana en dirección norte, llegando a hablar de invasión y desplegando a cinco mil militares en la frontera, y con una economía en fuerte expansión y la tasa de desempleo más bajo desde los años 70. Es decir, teóricamente el presidente lo tenía todo a favor, la actualidad informativa y la economía.

Algunos elementos cualitativos del resultado electoral son también relevantes. El Congreso va a tener más mujeres que nunca, y va a ser el más diverso desde el punto de vista religioso y étnico, reflejo de la pluralidad de la sociedad norteamericana, en la que el único grupo en el que prevalece Trump es el de los hombres blancos. Por primera vez, y frente al extendido prejuicio contra el islam, habrá dos representantes de confesión musulmana. También se ha elegido el primer gobernador abiertamente homosexual.

La victoria demócrata en la Cámara de Representantes supondrá sin duda un freno, quizá definitivo, a algunas de las iniciativas más conocidas (y rompedoras) de Trump, como la construcción del famoso muro con México y la derogación total de la reforma sanitaria de Obama, si bien estos proyectos tampoco estaban avanzando con un Parlamento dominado, hasta ahora, por el partido del presidente. Hay que tener en cuenta que las leyes para ser aprobadas requieren disponer de una mayoría en ambas cámaras del Congreso.

También es posible que el presidente decida trabajar con la oposición y moderar los puntos más agresivos de su agenda, incluyendo la política internacional. Lo cierto es que la gobernanza mundial se resiente sin una participación activa y constructiva de la gran potencia atlántica, en materias tan importantes como el comercio internacional o la seguridad, el cambio climático, y las políticas de desarme.

En todo caso, para España y Europa, Estados Unidos es un aliado y un amigo secular, a pesar del distanciamiento operado desde el inicio de la presidencia de Trump. Por ello, seguimos queriendo trabajar juntos en el mundo por los valores que compartimos, como la libertad y la democracia, impulsar nuestras ya muy intensas relaciones comerciales, y proteger nuestros intereses estratégicos. Pero es una buena noticia que los estadounidenses hayan mirado a la izquierda, y votado por un reparto más equilibrado del poder político en el país norteamericano.



## **LA OTAN, LOS EE.UU Y LA SEGURIDAD EUROPEA**

«La militarización rusa representa una grave amenaza»

«La idea de un ejército europeo  
se ha planteado en varias ocasiones»

En Bruselas (4-5 de diciembre), el Consejo Atlántico reunió a los 29 ministros de Exteriores de los países de la OTAN para analizar los problemas de seguridad y defensa de la agenda internacional. Pocas horas antes, el Secretario de Estado de los EE.UU, Mike Pompeo, se explayaba en una dura crítica a la UE, la ONU y los organismos multilaterales, en una muestra más de la grietas que resquebrajan la relación trasatlántica.

Además de los 29 aliados asistían, como invitados y observadores, otros siete países, entre ellos Ucrania y Georgia. Debido al contencioso que Hungría mantiene con Ucrania por su ley de educación, Budapest veta encuentros directos OTAN-Ucrania, por lo que hubo que añadir a Georgia y, así, se trataron en un solo paquete los problemas de seguridad en la frontera Este de Europa, gravemente puestos de actualidad por los últimos acontecimientos en el Mar de Azov.

Desde el Consejo Atlántico reiteramos que la progresiva militarización por parte rusa de Crimea, el Mar Negro y el Mar de Azov representa una grave amenaza para la independencia y la integridad territorial de Ucrania, y para la estabilidad de la

región. Llamamos a la distensión y a la desescalada del conflicto y reiteramos que los acuerdos de Minsk son la única salida política al conflicto en el este de Ucrania. Ya el pasado 2 de diciembre, con ocasión de la Cumbre del G-20, España manifestó su apoyo a Ucrania, a su soberanía e integridad territorial y la exigencia de que Rusia cumpla con sus obligaciones internacionales y que desbloquee la situación de los marinos y barcos ucranianos.

Con este conflicto como telón de fondo, se debate la arquitectura de la seguridad trasatlántica y los papeles respectivos de la OTAN y de la UE. Desde que el presidente Macron lanzó en agosto la necesidad de una reflexión común sobre una seguridad europea más autónoma de los EE.UU y la canciller Merkel apoyara abiertamente en el Parlamento Europeo la idea de un ejército europeo, este debate se ha planteado en varias ocasiones. El asunto está ligado al reparto de los costes de la defensa, que plantea de forma cada vez más exigente el presidente Trump, y en las responsabilidades que se asumen para asegurar la defensa de Europa en un escenario bien diferente del de la guerra fría, aunque algunos quieren hacernos creer que volvemos al pasado.

España, como miembro comprometido de la UE, está a favor de una ambiciosa capacidad de seguridad y defensa europeas. La UE debe tener la capacidad de hacer frente a las crisis que afectan a su propia seguridad y contribuir así a un reparto más equitativo de cargas y responsabilidades entre ambas partes del Atlántico. Y eso puede hacerse de forma complementaria con la OTAN y sin negar la validez del vínculo trasatlántico. Estamos convencidos de que una UE más fuerte contribuye a la fortaleza de la OTAN.

Plato fuerte, y bien concreto, de la agenda ha sido la situación del Tratado INF (por las siglas en inglés de «Intermediate-Range Nuclear Forces»). Este Tratado, firmado en 1987 entre los entonces líderes de los EE.UU y de la URSS, Ronald Reagan y Mi-

jail Gorbachov, estableció un sistema de control de armamentos de ambos países que permitió la destrucción de los arsenales de vectores de transporte de armas nucleares en un radio entre 500 y 5.500 km, y el establecimiento de un sistema mutuo de verificación.

Ya en tiempos de Obama, los EE.UU empezaron a detectar que Rusia había desarrollado un sistema de misiles, el 9M739, que violaba el INF. Aunque seguramente apuntaba más a China que a Europa, este desarrollo constituía una violación de las obligaciones impuestas por INF. Por ello, y de una manera un tanto sorpresiva, el pasado octubre el presidente Trump anunció la retirada de los EE.UU de este acuerdo, lo que supuso un importante cambio en la estructura de seguridad global, ante el que los europeos hemos sido muy críticos.

El resto de los aliados de la OTAN queríamos que los EE.UU aplazaran su salida del INF y que ésta se produjese respetando los avisos previos y los plazos establecidos en el propio Tratado. Después de arduas negociaciones, el Consejo Atlántico aprobó un comunicado que equilibra los planteamientos de EE.UU, condena unánimemente las violaciones rusas del INF y justifica su retirada del Tratado y las demandas de un grupo de países europeos, junto con Canadá, de preservar un sistema efectivo de control de armamento y de no proliferación. Y, en consecuencia, la necesidad de negociar un nuevo instrumento que mantenga, o incluso supere, la ambición del INF.

España es un país mediterráneo y tiene, por tanto, un interés directo y evidente en los problemas de la vecindad Sur, es decir, del Mediterráneo. Aquí las amenazas a la seguridad son de diferente naturaleza, son asimétricas, adoptan formatos no convencionales y son más difíciles de combatir que los clásicos conflictos interestatales. Por ejemplo, el terrorismo. La OTAN debe ocuparse de ello.

En el Mediterráneo los gobiernos no son adversarios sino *partners* y , para fomentar este partenariado, España organizó en Alicante hace unas semanas un grupo de análisis y diálogo para abordar conjuntamente problemas que nos son comunes. En nuestro vecindario estratégico tenemos dos puntos de especial interés: la inestabilidad crónica de Libia y la posible asistencia de la OTAN en el refuerzo de sus instituciones de seguridad y defensa, además de la contribución de la OTAN a la lucha contra el terrorismo y a la formación de capacidades en Irak, en las que España participa de forma activa y duradera.

También en los Balcanes Occidentales España ha estado muy involucrada desde 1992, empezando por la incorporación de nuestro país al dispositivo de control del embargo de armamento y material por la ONU a los países de la antigua Yugoslavia, y siguiendo por nuestras misiones de carácter humanitario en el marco de las Naciones Unidas.

Casi treinta años después, el esfuerzo de nuestras Fuerzas Armadas ha contribuido a resultados tangibles y evidentes. Hoy , gracias al esfuerzo de muchos, podemos discutir en un contexto radicalmente diferente sobre los avances en la antigua república yugoslava de Macedonia o en Bosnia y Herzegovina en su horizonte euroatlántico.

Finalmente, resulta inevitable analizar la situación en Afganistán. La misión *Resolute Support* que se despliega en ese país, es la más numerosa que tiene la OTAN. Una buena noticia es que el pasado octubre se celebraron allí las primeras elecciones parlamentarias, organizadas y administradas por los propios afganos, aunque solo en la parte del país no controlada por los talibanes. Aún así, estos boicotearon los comicios en una jornada marcada por la violencia y los ataques en muchos centros de votación. Pese a todos los problemas votaron cuatro millones de afganos de los nueve millones de votantes registrados, una cifra considerable

comparada con la participación electoral en democracias establecidas, donde votar solo exige la pequeña molestia de desplazarse.

Actualmente la insurgencia controla casi un 60% del territorio afgano y ha aumentado sus efectivos, aunque se nutre de grupos muy diversos y sin cohesión interna. Esto coincide con un resurgimiento de la presencia del Dáesh y sus atentados indiscriminados. La seguridad se ha deteriorado y las víctimas civiles van aumentando desde que las fuerzas de las Misiones ISAF se fueron del país. Según datos de la ONU, el número de víctimas civiles durante los seis primeros meses de 2018 ha sido el mayor de la historia. Una historia ya de por sí terrible ya que el gobierno afgano estima en treinta mil el número de caídos en combate desde 2015.

España participa activamente en el entrenamiento de las fuerzas armadas de Afganistán y ha aumentado recientemente su contingente militar, alentando a los socios regionales a que se involucren de una manera más constructiva en la estabilización del país.

Por lo tanto, España, con una sociedad profundamente europeísta, y en tanto que socio proactivo de la UE y de la OTAN, es firme defensora de la alianza euro-atlántica y es uno de los Estados que demuestra mayor solidaridad aliada. Nuestro país participa en sus misiones, en el Este y en el Sur, para responder a los retos que amenazan la seguridad de sus ciudadanos, en un momento políticamente tan complejo y cambiante como el actual, en el que los equilibrios dinámicos que caracterizan a la política internacional son cada vez menos equilibrados y más cambiantes.



## EL SÍNDROME DE MÚNICH

«No existe una estrategia compartida  
entre los dos lados del Atlántico»  
«Existen ya demasiados frentes abiertos  
para esperar una solución fácil»

La 55 Conferencia de Seguridad de Múnich, celebrada el pasado fin de semana (16/17 de febrero), reunía a una treintena de jefes de Estado y de Gobierno y decenas de ministros de todo el mundo. El título elegido —*The Great Puzzle: Who Will Pick Up the Pieces?*— parecía estar pensado para interpelar a Estados Unidos, Rusia y China sobre su nuevo papel mundial. Sin embargo, al final, la Conferencia sirvió sobre todo para repensar el estatus geopolítico de la Unión Europea. Y bienvenido sea que así haya sido.

Una vez más, el gobierno estadounidense defendió su *América First*. También insistió en que los europeos adoptemos su agresiva posición con Irán. El vicepresidente americano Pence repitió en gran medida el discurso del Secretario de Estado Mike Pompeo en diciembre pasado en Bruselas. Pero la realidad es tozuda: el *America First* no es bueno para Europa, ni tampoco para EE.UU. Lo que está logrando América es el extraordinario éxito de hacer gaullistas a los tradicionalmente atlantistas alemanes, como decía Roger Cohen en *The New York Times*.

Habitualmente, se suele entender como síndrome de Múnich al fantasma del expansionismo nazi a la manera de 1938. Pero

de este Múnich de 2019 parece surgir un nuevo síndrome, muy diferente. Esta vez, Europa afronta el peligro del nacionalismo y el unilateralismo de su socio americano. Existen ya demasiados frentes abiertos en la relación transatlántica como para esperar una solución fácil. Como quedó de mani f esto en Múnich, la retahíla de desencuentros y agravios comparativos compone una lista interminable: el multilateralismo, el comercio, el cambio climático, Irán, Siria y mucho más.

En una memorable réplica a Pence, la canciller Merkel señaló que ir por su cuenta no es de recibo en un mundo que requiere soluciones multilaterales. Y que la columna vertebral de la Alianza Atlántica, la OTAN, no es solo una alianza militar , sino que comprende valores como derechos humanos, democracia y Estado de derecho, que son piezas inseparables. También reivindicó el comercio internacional dentro de un orden mundial predecible y basado en normas.

Pero esto es justamente lo que se está poniendo en cuestión desde Washington. Y el camino propuesto para Europa por Merkel en Múnich es el correcto: seguir avanzando en la integración, también en su dimensión política, esperar pacientemente tiempos mejores del otro lado y que la agonía del *brexit* no se alargue.

En la misma dirección la Alta Representante de la UE, Federica Mogherini, insistió en que la mejor manera de contribuir a la fortaleza, tanto de la OTAN como de la seguridad global, consiste en profundizar en la defensa europea, que ha de ser capaz de encontrar su lugar en el cuarteto de grandes potencias.

El temor europeo al impacto de una retirada estadounidense generalizada está más que justificado. Ejemplos de ello son el anuncio de retirada de EE.UU del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF en sus siglas en inglés), firmado en 1987 por Washington y la URSS, ciertamente como consecuencia de los incumplimientos de Moscú, y que pone

a Europa en el radio de acción de los misiles rusos, pero no a Estados Unidos; o la posibilidad de que el Tratado New Start no se renueve en 2021, lo cual genera una gran e injustif cada asimetría entre aliados; o la retirada de tropas estadounidenses de Siria, que dejaría expuesta a Europa al peligro del yihadismo. Se trata de asuntos que afectan de lleno a nuestra seguridad, nos exponen al fuego cruzado de los otros y nos dejan fuera de juego.

El desacuerdo sobre el pacto nuclear multilateral sobre Irán (JCPOA) se ha visto agravado por las constantes presiones estadounidenses. Además, la aplicación por Washington de leyes extraterritoriales para blindar las sanciones comerciales ha causado la retirada de varias empresas europeas de Teherán. Está por ver la eficacia del mecanismo de financiación de operaciones comerciales (INSTEX) puesto en marcha recientemente para orillar las sanciones norteamericanas, pero demuestra una voluntad europea compartida de no aceptar imposiciones de EE.UU.

Lo mismo ocurre con una guerra comercial que está diseñada para combatir a China, pero que nos afecta de lleno. ¿Qué podemos esperar de una Administración para la cual los automóviles alemanes BMW —que tienen en Carolina del Sur su mayor fábrica del mundo— suponen toda una amenaza a la seguridad nacional de EE.UU?, se preguntaba retórica y amargamente Merkel.

Pero no basta que Europa le diga que «no» a Pence, porque Europa y EE.UU no juegan solos. Además de Moscú, que juega las cartas autoritaria y revisionista, está China, y los europeos aún no han encontrado un acomodo con Beijing. En Múnich, representantes chinos han pretendido erigirse una vez más como paladines del multilateralismo y la cooperación frente a un EE.UU que ya no puede dar lecciones. Sin embargo, Europa no se siente cómoda con la política de derechos humanos o el trato de las autoridades del país asiático hacia las minorías étnicas. El sistema multilateral

tiene muchos problemas y China no ofrece un modelo alternativo satisfactorio para nuestro gusto occidental.

Estamos en un momento donde no existe una estrategia compartida entre los dos lados del Atlántico, ni siquiera un diálogo fluido. Para conjurar este nuevo síndrome de Múnich – el temor de Europa a resultar irrelevante en el nuevo orden mundial – hemos de evitar dos falsos caminos. Uno es la mera nostalgia por una edad de oro transatlántica que no tiene porqué volver, incluso si Trump no es reelegido.

El otro es instalarse en la crítica hacia Trump. Habrá que trabajar con otros agentes con mayor empatía hacia nuestros valores e intereses. Eso incluye a los demócratas en el nuevo Congreso norteamericano, algunos de los cuales estuvieron presentes en las reuniones de Múnich, empezando por Nanci Pelosi, portavoz de la Cámara de Representantes. En todo caso, para Europa está llegando el momento de abrirse un camino propio en la geopolítica mundial.

**IBEROAMÉRICA**



## ANTE LA CUMBRE IBEROAMERICANA

«El Latinobarómetro revela malestar  
en el desempeño de la democracia»  
«La XXVI Cumbre Iberoamericana es útil  
para la integración regional»

Se ha convertido en un cliché afirmar que el mundo se está transformando desde hace al menos una década, cuando Lehman Brothers quebró y la economía internacional cayó en la Gran Recesión. Más allá de la convulsión financiera y de sus réplicas en Europa y Latinoamérica, la revolución tecnológica, las migraciones o el repunte de las tensiones geopolíticas nos ubican ante un nuevo escenario, todavía por definir, en el que más que una sucesión de «cisnes negros» se producen cambios de fondo que nos obligan a asumir que el mundo ya no es lo que solía ser. Hace solo unos años nadie hubiese aceptado la posibilidad de un *brexit*, del repliegue proteccionista en EE.UU y de una Europa que pasa de una crisis, la del euro, a otra, la de la inmigración, quizá más difícil de gestionar.

Entre tanto, las iniciativas de integración en las Américas —Celac, OEA, Unasur, Mercosur— pasan por un momento difícil debido a una combinación de crisis internas en algunos países, exceso de ideologización o un frágil tejido institucional. Hay también un giro sociocultural en términos de rechazo al pluralismo y la diversidad, que se expresa en los nuevos actores políticos. Son fenómenos todos ellos que a los europeos también

nos afectan y nos preocupan. Pero no deberíamos sumirnos en la resignación, en ese «momento María Antonieta» con el que Wolfgang Münchau describió la actitud de las élites de ambos lados del Atlántico. También habría sido difícil predecir la creciente desafección ciudadana que experimenta América Latina, que puede converger con el brote iliberal —de impronta excluyente y nacionalista— que atraviesa el planeta.

En la región también se aprecian síntomas de polarización ideológica y liderazgos populistas que amenazan la estabilidad. Encuestas de 2017 mostraban que el 94% de los mexicanos, el 81% de los brasileños y el 72% de los peruanos pensaban que las reglas económicas están amañadas a favor de los ricos y los poderosos —en España era el 85%—, y a mediados de 2018, en vísperas del vuelco electoral vivido en Brasil y México, cerca del 90% de su población opinaba que su país iba en la dirección equivocada.

El Latinobarómetro de 2018 revela que existe un amplio malestar en la democracia, no tanto hacia la democracia en sí, sino respecto a su desempeño: la proporción de personas insatisfechas con el funcionamiento de la democracia en América Latina pasó del 51 a 71% de 2009 a 2018, y las que se mostraban satisfechas cayó del 44 al 24%, el nivel más bajo en más de dos décadas. Estas tendencias obedecen en parte a la frustración de unas nuevas clases medias emergentes, que se sienten súbitamente estancadas pero no son irreversibles. Pese a las vulnerabilidades del presente, se puede evitar la trampa del ingreso medio con políticas de redistribución que, además de impulsar el crecimiento, no dejen a nadie atrás. Y es que en el malestar social también radica un componente de esperanza por cuanto la ciudadanía es más exigente, tolera menos la corrupción, pide que se rindan cuentas, exige mejores servicios públicos, más seguridad ciudadana y, en suma, ya no acepta ser gobernada como antes.

La XXVI Cumbre Iberoamericana de Guatemala es una oportunidad para un diálogo renovado sobre estas cuestiones. Para muchos gobiernos se trata de la primera oportunidad de dialogar entre ellos de forma cooperativa en lo político y en lo económico. A ello se agrega el explícito compromiso de la cumbre con la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, en la que la comunidad iberoamericana puede ser parte de un nuevo paradigma ligado a una noción de prosperidad que combina crecimiento, redistribución, bienestar, innovación, institucionalidad y transición ecológica, y que nos interpela sobre el porvenir de las generaciones venideras.

En ese escenario iberoamericano, si queremos democracias estables y legítimas, tenemos que redefinir el contrato social y reconstruir la confianza entre elites, gobiernos y ciudadanía a partir de los valores comunes del pluralismo, la justicia y la inclusión social. Solo tendremos sociedades abiertas si a la vez son inclusivas y están socialmente cohesionadas. La Cumbre Iberoamericana, a través de la Agenda 2030, aborda estas cuestiones de manera directa. Y en el plano internacional, en tiempos en los que aumenta el repliegue nacionalista, el supremacismo y el unilateralismo, representa una reivindicación del multilateralismo, del diálogo y de la cooperación.

A este respecto, España tiene una posición muy clara. Latinoamérica vuelve a ser una prioridad de nuestra política exterior, con un enfoque que pretende reequilibrar nuestras líneas de colaboración, sumando nuevos objetivos a las actuaciones tradicionales en cooperación al desarrollo en infraestructuras, seguridad o cultura. Lo hacemos con la ambición de intensificar el diálogo y la escucha—también en los planos empresarial y científico— en beneficio de un aprendizaje mutuo, juntamente con la UE, un marco institucional cimentado en la justicia, la confianza y la inclusión social, y siguiendo la narrativa universalista y de progreso de la Agenda 2030.

La XXVI Cumbre Iberoamericana, centrada justamente en la implementación de dicha agenda, es una oportunidad para avanzar en el sistema iberoamericano, un instrumento útil también para impulsar y revitalizar los proyectos de integración regional.

## **LXXXVICUMBREIBEROAMERICANA: MULTILATERALISMO Y NUEVO CONTRATO SOCIAL**

«El lema de una Iberoamérica próspera,  
inclusiva y sostenible no es retórica»  
«La democracia en América Latina pasó  
del 51% al 71% de 2009 a 2018»

El viernes 16 de noviembre tiene lugar en La Antigua (Guatemala) la XXVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, cuyo tema central es «Una Iberoamérica próspera, inclusiva y sostenible».

Ese lema no es mera retórica. La cumbre viene precedida de cambios políticos que son reflejo de un amplio malestar ciudadano contra las élites dirigentes. Encuestas de 2017 mostraban que el 94% de los mexicanos, el 81% de los brasileños y el 72% de los peruanos pensaban que las reglas económicas están amañadas a favor de los ricos y los poderosos—en España el 85%—, y a mediados de 2018, en vísperas del vuelco electoral vivido en Brasil y México, cerca del 90% de su población opinaba que su país iba en dirección equivocada.

El Latinobarómetro de 2018 revela que existe un amplio «malestar en la democracia», no tanto hacia la democracia en sí, sino respecto a su desempeño: la proporción de personas insatisfechas con el funcionamiento de la democracia en América Latina pasó de

---

\*\* EL UNIVERSAL, 15 de noviembre de 2018.

51% a 71% de 2009 a 2018, y las que se mostraban satisfechas, cayó de 44% a 24%, el nivel más bajo en más de dos décadas.

Esos datos son reflejo de sociedades con clases medias en ascenso y con aspiraciones crecientes de empleo digno y movilidad social, pero aún bloqueadas por los peores índices mundiales de violencia, desigualdad y baja redistribución fiscal, y por la discriminación de etnia o de género. Son sociedades que ya no admiten ser gobernadas como antes; que están indignadas por la corrupción y rechazan unas élites que a menudo capturan las políticas y las instituciones en su propio interés; que exigen mejores servicios públicos, más seguridad ciudadana, más participación, transparencia, y rendición de cuentas. Y que han de ajustar sus valores ante el reconocimiento de la diversidad social y los derechos de las mujeres.

El escenario político se caracteriza por serias amenazas a la democracia, sin que las organizaciones regionales estén a la altura de los desafíos que ello representa. Venezuela y Nicaragua son ejemplos de ello. En ambos casos hay opciones para la vinculación constructiva de España, respondiendo a imperativos humanitarios y de derechos humanos, trabajando en el marco de la UE para evitar salidas violentas facilitando el diálogo y la negociación. En Brasil triunfan opciones electorales que capitalizan con éxito el malestar ciudadano y revelan que el problema del populismo radical no es solo europeo o estadounidense.

En ese escenario iberoamericano, si queremos democracias estables y legítimas tenemos que redefinir el contrato social y reconstruir la confianza entre élites, gobiernos y ciudadanía a partir de los valores comunes del pluralismo, la justicia y la inclusión.

La Cumbre Iberoamericana aborda estos objetivos de manera directa a través de la implementación de la Agenda 2030 de Naciones Unidas. Y en el plano internacional, es una reivindicación del multilateralismo, del diálogo y de la cooperación en estos

tiempos en los que aumenta el repliegue nacionalista, el supremacismo y el unilateralismo.

Las empresas españolas han tenido y tienen un papel central en nuestras relaciones con América Latina y el Caribe, promoviendo inversiones y empleo de calidad, la construcción de infraestructuras y la transferencia tecnológica. Entre 2010 y 2017 la UE, con España en cabeza, representó el 39% de la inversión directa en la región, por delante de EEUU con el 31%, y del 16% de Asia, incluida China, y además es líder en sectores como las energías renovables.

Iberoamérica converge con la UE en la defensa de un sistema multilateral abierto, inclusivo y basado en normas, en un momento en el que la globalización se ve cuestionada, repunta el proteccionismo y los riesgos de inestabilidad financiera. Pero más allá del comercio y la inversión, para España es el momento de volver a desarrollar una verdadera política exterior hacia Iberoamérica. Queremos volver a América Latina y el Caribe con más diálogo político, cooperación al desarrollo y colaboración con los actores sociales y los migrantes, para que nuestra relación sea hoy más horizontal e igualitaria; y de manera multidimensional, fortaleciendo el espacio iberoamericano del conocimiento y la educación superior, la cooperación en ciencia, tecnología e innovación y la dimensión cultural.

Una política activa más activa nos reclama atender su dimensión bilateral, la iberoamericana, que se articula a través de la UE, y en marcos multilaterales como el G 20.

No se nos ocultan las dificultades de los organismos regionales de las Américas —CELAC, OEA, UNASUR, Mercosur— debido a las crisis de algunos países, al exceso de ideologización o un frágil tejido institucional. Son fenómenos que también afectan a Europa. Por eso hay que seguir impulsando la integración regional, con interlocución política y nuevos o renovados acuerdos de asociación con México, Mercosur o Chile.

Hemos también de recuperar la política de cooperación al desarrollo, revirtiendo el declive de los últimos años que dejó a España fuera de la escena internacional y casi liquidó una política pública que es la expresión de la solidaridad y de la identidad europea, mediterránea, iberoamericana y cosmopolita de nuestro país y sus gentes.

En la Comunidad Iberoamericana tenemos experiencias de cooperación Sur-Sur y triangular sin parangón en otras regiones. En todos estos aspectos, el mejor marco para trabajar juntos es la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible como narrativa universalista de progreso comprometida con el multilateralismo. Este es el objetivo de la Cumbre de Antigua en Guatemala.

## **HACIA UN NUEVO MÉXICO**

«Corrupción y violencia  
fueron las razones de alcanzar un punto de no retorno»  
«La corrupción cuesta a un hogar medio el 14 por ciento  
de sus ingresos»

Acompañando el pasado 1 de diciembre a Su Majesta del Rey en la toma de posesión de Andrés Manuel López Obrador, al que todos llaman AMLO, como nuevo presidente de México, pude comprobar, una vez más, el respeto y la simpatía que suscita Felipe VI. Y también presenciar un relevo presidencial que reclamaba ser, en palabras del nuevo presidente, un cambio de régimen político.

La victoria de AMLO es abrumadora. Con el 53% de los votos, más de treinta millones de personas en todos los sectores sociales, ganando en todos los Estados menos en uno y con el control de ambas cámaras del Congreso, tiene sobrado capital político para aplicar su agenda. Y desde su toma de posesión ha desplegado una infatigable actividad, presentado el presupuesto y recorrido el país, bien consciente de que esta oportunidad histórica no puede fracasar.

Pero también Peña Nieto tuvo unos inicios prometedores y llevó a cabo importantes reformas. ¿Qué razones explican, seis años después, tan abrumadora victoria de su rival? Los mexicanos me dieron la misma respuesta: no se podía seguir así, habíamos llegado a un límite.

La corrupción y la violencia fueron las dos razones de haber alcanzado un punto de no retorno. No se trata solo de la generada por empresas y poderes públicos, pues esta se había extendido al ámbito privado y en palabras de la autora María Amparo Casar había «alcanzado el nivel de norma social». Según sus datos, a un hogar medio de México la corrupción le cuesta un 14% de sus ingresos y el 33% a un hogar que percibe el salario mínimo, lo que hace de la corrupción «un impuesto regresivo».

En cuanto a la violencia, esta es abrumadora. Según cifras oficiales, en 2017 hubo una media de más de setenta homicidios dolosos al día. Junto a estos dos factores hay que añadir , como causas que reclamaban el cambio, el débil crecimiento económico y los elevados niveles de desigualdad.

AMLO intervino en dos ocasiones en el día de su toma de posesión, de su protesta, como dicen en México. En el Congreso y en la plaza del Zócalo ante las comunidades indígenas y miles de sus seguidores. En sus dos intervenciones anunció un programa de reformas con tres grandes prioridades que reflejaban las causas de su victoria: la lucha contra la corrupción, contra la inseguridad y contra la desigualdad.

Planteó gran cantidad de proyectos concretos, como un nuevo cuerpo de seguridad, parecido a nuestra Guardia Civil, para reducir la criminalidad; un programa de austeridad que incluye reducción de sueldos en la Administración; la venta de activos del Estado y la construcción de grandes infraestructuras como el llamado «tren maya».

AMLO no olvidó el fenómeno migratorio, bien presente en los miles de centroamericanos que habían atravesado el país rumbo a la frontera norte, al anunciar que buena parte de esos proyectos se desarrollarían en el sur para ofrecer así puestos de trabajo a los emigrantes y la puesta en marcha de un Plan de Desarrollo

Integral con Guatemala, El Salvador y Honduras para que la emigración no sea forzada por la falta de trabajo, el miedo y la inseguridad.

El nuevo presidente ha puesto en evidencia su voluntad de ejercer un fuerte liderazgo personal acompañado de consultas populares, como la muy controvertida sobre el destino del nuevo aeropuerto en construcción de la capital. Al mismo tiempo, todos los analistas consideran que México necesita fortalecer sus instituciones. Compatibilizar ese triángulo de un liderazgo personal fuerte, el recurso a consultas populares y el fortalecimiento de las instituciones será uno de los retos a los que tendrá que hacer frente en su presidencia.

Otro será cómo dotarse de recursos para llevar a cabo su ambicioso programa. AMLO ya ha anunciado que no aumentará impuestos ni el endeudamiento público porque cree que tendrá suficiente con los programas de ahorro, venta de activos y recursos obtenidos en la lucha contra la corrupción, algo que no parece tan evidente. En cualquier caso, se va a necesitar el apoyo decidido de la inversión privada para complementar los recursos del Estado. Ello, a su vez, requiere de un clima de seguridad jurídica que garantice al capital reglas claras y respetadas.

Ante el cambio en México, que coincide con el cuarenta aniversario de nuestra Constitución, es bueno señalar que en 2019 se cumplen ochenta años de la llegada al país del exilio republicano, como pude recordar en mi visita al Ateneo, institución creada por esos españoles que, ellos sí, merecían ser llamados exiliados. Hoy este sigue adelante por la determinación de sus socios, los pocos supervivientes de esa época junto a sus hijos y nietos, que se esfuerzan en preservar ese legado. Fue particularmente emocionante escuchar sus testimonios y ver los documentos y libros de la época. Por ello hay que saludar que el nuevo presidente

de México mantenga vivo ese compromiso de solidaridad con los emigrantes de los países de su frontera sur Y expresar la voluntad de España de acompañarle en el éxito de esta nueva etapa de México.

# ÁFRICA



## LA OPORTUNIDAD AFRICANA

«Los españoles ignoramos los vínculos que nos unen a África»  
«España es el único país de la UE  
que tiene una frontera terrestre con África»

El primer europeo que avistó las fuentes del Nilo azul en 1618 fue un jesuita español, Pedro Páez. Sin embargo, hubo que esperar más de dos siglos para que se escribieran en Europa novelas sobre la búsqueda de esas fuentes, cuando exploradores británicos como David Livingstone o Sir Richard Francis Burton emprendieron esa exploración. Creo que los propios españoles ignoramos los vínculos que, desde hace siglos, nos unen a África.

España es el único país de la Unión Europea que tiene una frontera terrestre con África. Más de dos millones de españoles viven en las Islas Canarias, una parte de España que ha entendido como nadie que su situación geográfica frente a las costas africanas se puede transformar en un valioso activo para impulsar el crecimiento económico y el bienestar de sus habitantes.

Económicamente, África crece hoy por encima de la media mundial. Seis de los países del mundo que más crecerán en 2019 son africanos, y con ese crecimiento se amplía la clase media y se reduce la pobreza. Su población pasará de los 1.200 millones actuales a 2.500 millones en el año 2050. Evidentemente este crecimiento plantea un reto importante, pero también encierra una

gran oportunidad, ante todo y sobre todo para los africanos, pero también para España y nuestros ciudadanos.

Por eso hemos elaborado el III Plan África. El Plan hace un análisis ambicioso pero realista de dónde podemos tener un impacto que genere un arrastre de las inversiones en África. No podemos concentrarnos únicamente en los recursos públicos: sólo la inversión privada tiene el músculo suficiente como para enfrentar este desafío. El Banco Mundial cifra en 902 millones el número de puestos de trabajo que el continente debe crear en los próximos 30 años. No es una tarea a la que puedan hacer frente los gobiernos solos. Pero el gobierno tiene que abrir el camino. Tenemos embajadas en 28 de los 54 países de África, lo que nos convierte en uno de los países europeos con mejor implantación en África.

La inversión privada-africana y extranjera- puede crear los empleos necesarios pero los gobiernos podemos contribuir a que esa inversión y ese empleo resulten en sociedades más cohesionadas y equitativas, en línea con la Agenda 2030. La Cooperación española trabaja en África en sectores cruciales como la gobernabilidad democrática, la salud y el desarrollo rural, la modernización de la agricultura y la seguridad alimentaria. Damos prioridad a las mujeres con programas de promoción de la igualdad y a los jóvenes con programas de formación y empleo.

Cuando hablamos de África la primera imagen que viene a la cabeza es la del reto migratorio. Aunque el Plan África no tiene un enfoque prioritariamente migratorio, la consecución de sus objetivos contribuiría enormemente a aliviar la presión migratoria.

Hay que tener presente que cuatro de cada cinco migrantes africanos se dirigen a otros países africanos. Existen hoy algunos, como Costa de Marfil, Nigeria, Sudáfrica y Etiopía, que son polos de crecimiento y atraen por ello los ojos de trabajadores de la región. Deberíamos priorizar la consolidación de estos países como exportadores de prosperidad y estabilidad hacia sus países vecinos.

La única forma de aliviar la presión migratoria es crear oportunidades para los jóvenes hombres y mujeres de África en su propio continente, y eso es lo que pretende el Plan África. Somos conscientes de nuevas amenazas, como los efectos del cambio climático. Nos preocupa especialmente el avance de la desertificación, pues la pérdida de terreno cultivable y la presión por recursos menguantes, incluyendo el agua, es quizá el mayor desafío de África y fuente de cada vez más conflictos. La democracia está echando raíces profundas en el continente. Hace sólo unos días vimos elecciones democráticas en Senegal y en el mayor país del continente, Nigeria. Pero la democracia y los derechos humanos no han llegado aún a todos los rincones de África y debemos seguir luchando para que lo hagan. También hay cada vez menos conflictos violentos pero subsisten amenazas a la paz. España ha demostrado su compromiso con la paz en el continente: más de mil soldados españoles trabajan cada día para apoyar el objetivo de la Unión Africana de silenciar las armas para el año 2020. La promoción de la paz y la seguridad es el primero de los cuatro objetivos estratégicos del III Plan África: sin paz y seguridad no puede venir todo lo demás.

Hay una nueva África que empieza a nacer y que está cargada de esperanza, para los africanos y para los que demuestren desde el principio que desean ser sus socios. Por eso he viajado a Gambia y a Etiopía. Ambos países son ejemplo de esa nueva África. Gambia está realizando una ejemplar transición a la democracia tras 22 años de dictadura, derribada en las urnas. Etiopía ha encontrado el camino a la paz tras una larga guerra con Eritrea. Paz y democracia abren excitantes posibilidades, y España debe participar de ellas.



## **MARRUECOS SE CONVIERTE EN NUESTRO SOCIO GLOBAL Y ESTRATÉGICO**

«Marruecos siempre ha mantenido  
una relación excepcional con Europa»  
«La UE debe respaldar los esfuerzos de proyección exterior  
de Marruecos hacia el Magreb y África»

Marruecos es ya desde hace tiempo un socio fundamental de Europa. Ha llegado el momento de que esta condición se refleje plenamente en nuestra relación a todos los niveles a través de una mayor ambición política, una cooperación más profunda en todos los sectores claves y un nivel de financiación estable acorde a nuestros objetivos. El Consejo de Asociación de junio debe recoger este nivel de ambición en una declaración política que no deje ninguna duda sobre nuestra determinación común de dar un salto adelante en nuestra relación.

Sin renunciar a su propia identidad ni a su papel clave en el Magreb y en África, Marruecos ha puesto rumbo a Europa. Es un país que bajo la égida de S.M. el Rey Mohammed VI ha apostado por la democracia multipartidista, por la economía de mercado, por soluciones pragmáticas y moderadas frente a las tensiones religiosas y por la modernización. Estos son algunos de los elementos constitutivos de su identidad, que le ha granjeado la denominación de «la excepción marroquí». Marruecos siempre ha expresado la mayor de las ambiciones en relación con sus relaciones con la

Unión Europea y es el único país de la vecindad meridional que ha celebrado una cumbre con la UE, como así sucedió en 2010, en Granada.

Para Marruecos, por tanto, en lo que a ello respecta, the sky is the limit. Creo que la UE cometería un error si se quedara al margen de este objetivo. Es de nuestro total interés que Marruecos se convierta en nuestro socio global estratégico.

La realidad es ineludible. Marruecos, potencia atlántica, controla tanto las puertas del Mediterráneo como las rutas hacia el África subsahariana. Su importancia estratégica es de primer orden en el seno de un Mediterráneo meridional en ebullición y de un continente africano en plena eclosión demográfica. Es un país que lleva a cabo una política exterior activa y responsable en África y que sabe combinar generosidad y eficacia al abordar el reto migratorio. No solo en este último ámbito sino también en muchos otros, como el de la seguridad, un terreno donde Marruecos ha demostrado ser un socio fiable y eficaz de la UE. Ha llegado el momento de dar un salto hacia delante en respuesta a las nuevas circunstancias y los retos que ya se perfilan en el horizonte: nuestras relaciones necesitan un nuevo marco y un contenido renovado.

Marruecos siempre ha mantenido una relación excepcional con Europa que rebasa del marco de la relación de vecindad. Si deseamos intensificarla, hay que empezar a pensar más allá del actual Acuerdo de Asociación y considerar la posibilidad de un marco reforzado para el futuro. Conviene recordar aquí el actual proceso de reforma de Europa, incluidas las consecuencias del brexit y la futura relación con el Reino Unido. La UE debe iniciar una reflexión sobre su organización interna y sus mecanismos de asociación con sus vecinos y sus aliados más próximos. Marruecos es emblemático para esta reflexión.

Con respecto a su contenido, esa misma ambición debe regir nuestros esfuerzos. Marruecos quiere y debe hacer progresos urgentes en numerosos ámbitos para avanzar en su trayectoria europea y hacer frente así a los retos del siglo XXI. La UE tiene un interés directo en apoyarlo y acompañarlo en su trayecto. Se trata de una relación global que abarca todos los ámbitos políticos y socioeconómicos. Me gustaría insistir en algunos ámbitos particularmente importantes, a los que de hecho se refieren especialmente los documentos europeos y marroquíes.

En primer lugar, todo lo relacionado con la educación, la formación y la creación de empleo, tres sectores estrechamente vinculados. A su vez, la cooperación debe ser respaldada por el refuerzo de las capacidades administrativas marroquíes. La experiencia española con los twinnings (hermanamientos) administrativos es muy positiva y creo que existe aquí un rico terreno que explorar. En este ámbito, como en otros de la esfera socioeconómica, España ha iniciado un proceso de reflexión a nivel interministerial para hacer valer a escala europea su experiencia en la cooperación bilateral con Marruecos, y por eso estará en disposición de presentar sugerencias cuando llegue el momento de entrar en los pormenores de la programación.

En segundo lugar, la política exterior. La UE debe respaldar los esfuerzos de proyección exterior de Marruecos hacia el Magreb y África, una proyección que, en cierto sentido, también es la nuestra. La inestabilidad y la radicalización del Sahel, la presión demográfica en África o las tensiones de la transición a la modernidad en los países del Mediterráneo meridional son problemas comunes que debemos resolver juntos.

Y esto me lleva a tratar la cuestión de la política migratoria, que se entrecruza transversalmente en parte importante de nuestras relaciones. Europa y Marruecos se enfrentan juntos a una presión migratoria cada vez más intensa. África tendrá 2.500 millones de

habitantes en 2050 y su desarrollo económico tiene dificultades para seguir este ritmo. Se trata de un reto con raíces profundas que no es temporal y que habrá que abordar con prudencia y ambición.

Marruecos ya es un socio sólido de la UE en esta materia. Las autoridades españolas y marroquíes trabajan codo con codo cada día para controlar la frontera común. Al mismo tiempo, Marruecos se está esforzando arduamente para gestionar sus fronteras con los demás países de la región. A mi entender, resulta evidente que Europa debe prestar un apoyo urgente mucho más importante en este ámbito equivalente al que se otorga a otros países.

También es el momento de hablar de financiación. Necesitamos un intercambio financiero a la altura de la asociación que pretendemos construir, de los objetivos que nos exigimos mutuamente. Una financiación sólida y, sobre todo, previsible y bien dirigida. Necesitamos financiación urgente para los próximos dos años, así como un horizonte estable y previsible para las próximas etapas del camino.

Se trata de reconsiderar la cooperación, no necesariamente de volver a empezar desde cero. Existe un acervo impresionante que hay que aprovechar. Reflexionemos sobre el potencial aún sin explotar del Estatuto Avanzado de 2008 o recuperemos algunos programas ya existentes, como los de la cooperación transfronteriza o el programa Mid-Atlántico. Asimismo, es fundamental comprender que desplegamos un esfuerzo conjunto en el que interviene una multiplicidad de actores: Marruecos, las instituciones comunitarias y también el conjunto de Estados miembros con sus distintas articulaciones administrativas.

El trabajo bilateral e intergubernamental puede combinarse con la acción comunitaria, tratando de encontrar los medios más eficaces en cada caso y procurando aprovechar las sinergias de los diferentes actores.

Por último, no hay que olvidar en ningún caso la comunicación. Nuestros pueblos deben ser conscientes de nuestros objetivos y empresas comunes, lo que exige un esfuerzo de concienciación y divulgación. La ambición debe ser asumida como propia e interiorizarse a ambos lados del Mediterráneo. El Consejo de Asociación debe aprobar una declaración que dé el impulso político y haga manifiesta la visión estratégica, así como los elementos esenciales de la nueva relación que vamos a desarrollar. Este nuevo marco de asociación debe aspirar a crear un espacio de prosperidad conjunta, un espacio de convergencia hacia un futuro en común.



## **PUERTA DEL DESIERTO, CAMINO A EUROPA**

«Níger es la puerta del 80% de subsaharianos que pretenden llegar al Mediterráneo y Europa»  
«El futuro de Níger pasa por la gestión de sus fronteras porosas»

Níger ocupa un vasto territorio (1.200.000 km<sup>2</sup>, 2,4 veces España) del que el 80% es desértico o semidesértico. La ciudad de Agadez, que ya era el punto estratégico de las caravanas de oro y sal del s. XV, es la última etapa entre el África Subsahariana y el Sáhara. Y precisamente de allí salen las ahora caravanas de emigrantes que pretenden llegar al Mediterráneo y a Europa.

Por esta puerta del desierto pasan el 80% de los subsaharianos que se juegan la vida en un aventurado viaje. Pocos días después de visitar ese país, las noticias recogían el rescate de 400 de ellos perdidos en ese mar de arena, abandonados por los organizadores del viaje. Son los llamamos traficantes de seres humanos aunque para los nativos de Agadez organizar el paso por el desierto ha sido una actividad ancestral asociada a su forma de vida. Pero ahora Níger es paso ineludible en la ruta del Mediterráneo Central al conectar África Subsahariana con Libia. Miles de jóvenes (334.000 en 2016) procedentes de Gambia, Camerún, Benín, Costa de Marfil o Mali se aventuran cada año rumbo al Norte en busca del sueño europeo. No sabemos cuántos perecen en el camino pero para la Organización Internacional de las Migra-

ciones, los que se pierden en el desierto pueden ser tantos como los que se ahogan en el mar.

Organizar ese flujo constituye la materia prima de una lucrativa actividad que irriga toda la sociedad. Lo que antes era algo considerado habitual y de pequeñas dimensiones ahora constituye una actividad ilegal contra la cual el Gobierno nigerino acaba de promulgar una ley que, en ese ámbito territorial y social, puede ser revolucionaria. Es la primera ley de este tipo con el objetivo de reforzar los controles para luchar contra la corrupción policial.

A esta medida se oponían el principio de libre circulación vigente en la Comunidad de Estados de África Occidental y también las tribus tuaregs que veían peligrar el negocio del traslado de migrantes a Libia después de que el turismo desapareciese virtualmente tras los ataques terroristas de 2011.

Para hacer frente a la ingente tarea de controlar una frontera tan extensa como porosa, España colabora con un equipo conjunto de investigación de la Policía Nacional, gendarmes franceses y policías nigerinos, que ha creado una unidad especializada en la lucha contra las redes de tráfico. Entre 2016 y 2019, gracias a nuestra Policía Nacional y Guardia Civil, 300 vehículos fueron incautados y 500 traficantes detenidos. Es un modelo de éxito que quiere implementarse en otros países subsaharianos, pero harían falta muchos más efectivos para controlar ese inmenso espacio.

Níger es un país pobre, sin los recursos para poder hacerlo por sí mismo y que no ve en ello una prioridad. El gasto en seguridad se ha multiplicado por 15 en el último lustro y ya supone más del 10% del presupuesto estatal. Obviamente, esto hipoteca las posibilidades de desarrollo del país.

Si una imagen vale más que mil palabras, basta con adentrarse en la capital, Niamey , para experimentar en vivo y en directo la

sensación de estar en uno de los países con el peor Índice de Desarrollo Humano del mundo. En efecto, Níger ocupa el puesto 187 de países en el ranking de Naciones Unidas. La maternidad de Niamey, construida hace años por la Cooperación Española, cuando dedicábamos a la ayuda al desarrollo muchos más recursos que ahora, es un buen ejemplo de las agudas carencias en materia de atención sanitaria. Las cunetas y arcenes de calles de tierra y carreteras sin asfaltar están ocupadas por los puestos de comida y vendedores de todo tipo, multitudes que transitan hablando por el móvil en un país donde las personas que consiguen acceder a una conexión eléctrica o ver cómo mana agua de un grifo son unos auténticos privilegiados.

Esos móviles son las ventanas a través de las que se asoman los nigerinos a un mundo en el que descubren que hay otras vidas posibles. Vidas muy diferentes a las que ellos viven en el corazón de la pobreza del continente más pobre. Pero los nigerinos no son especialmente emigrantes. Parecen anclados a su tierra, muy reticentes a abandonarla, mientras ven pasar a sus vecinos camino de Europa. Y esos emigrantes proceden de países que no son precisamente cómodos vecinos. Mali y Burkina Faso por el oeste, donde rebeldes tuaregs y yihadistas campan a sus anchas; al norte, Argelia y Libia, con quien Níger comparte gran parte del Sáhara en el que se esconden grupos radicales; al este, Chad; y al sur, la frontera con Nigeria, donde su ubica la base de operaciones de Boko Haram.

En Níger, el 60% de sus 19 millones de habitantes viven con menos de un dólar al día y el 82% con menos de dos. Tienen una esperanza de vida de 60 años y la tasa de natalidad más alta del mundo con un promedio de hijos por mujer de 7,14, algo que produce una población compuesta en su mayoría por personas menores de 14 años. Níger sufre, también, la maldición de los recursos minerales, ya que los nigerinos se asientan sobre una de

las mayores reservas de uranio. Son el cuarto productor mundial y primero de África. Alimentan, sobre todo, a las centrales nucleares francesas: el 75% de la electricidad gala procede de ese mismo uranio, mientras que, paradójicamente, el 90% de los hogares nigerinos no cuentan con electricidad.

Desde 2005 las ONGD internacionales están establecidas en el país y han contribuido a salvar vidas, pero la pobreza persiste. La dependencia de la agricultura y la climatología sumen a Níger en una situación de crisis alimentaria estructural con cerca de 4,3 millones de personas —de 19 que componen su población— en una situación de vulnerabilidad una malnutrición crónica del 42,5% de la población.

No es sólo el cambio climático el causante de esta realidad. La falta de formación y de medios incrementan las dificultades de producción y suministro de alimentos. A combatir esas carencias contribuye la Cooperación Española a través de proyectos de capacitación agraria y agropecuaria que crean centros de reproducción y cuidado del ganado. Actividades extremadamente meritorias y útiles pero que requerirían de un esfuerzo a escala europea de mucha mayor dimensión.

En este difícil contexto es de destacar la Iniciativa 3N («les Nigerians Nourrisent les Nigerians») promovida por el actual gobierno y a cuyo frente se encuentra un Alto Comisionado que me impresionó por su grado de preparación técnica y su compromiso con su misión. Se trata de un programa con apoyo firme de la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo (AECID) con el objetivo de promover la producción alimentaria local con la creación de empleos agrícolas para jóvenes y la construcción de una red de regadío en un país sediento pero por donde circula el caudal del río Níger. Un objetivo políticamente movilizador que el Alto Comisionado sintetizaba

diciendo que «la VI República devolvió la paz y la Iniciativa 3N trata de devolver la dignidad a los nigerinos».

El futuro de Níger pasa también por la gestión de los miles de kilómetros de sus fronteras porosas sometidas a la presión migratoria de sus vecinos. Sin controlar su espacio físico, el país difícilmente podrá estabilizarse.

A ello también contribuimos con la creación, entrenamiento y equipos de los Grupos de Acción Rápida a los que pude también visitar. Están dirigidos a los países del G5 Sahel+Senegal, y los lidera la Guardia Civil junto con Francia, Italia y Portugal. El proyecto busca reforzar las capacidades de vigilancia y lucha contra el crimen en áreas rurales haciendo operacionales a un batallón por cada país, otra actividad de enorme importancia pero que necesitaría ser desarrollada a mucha mayor escala. Y para nuestro propio beneficio tanto o más que para el de los nigerinos.

El control de la demografía es la gran asignatura de todos los países del Sahel. En 1960, el promedio de hijos por mujer era de 7,5. Hoy sigue siendo más o menos el mismo, el 7,2. La población se duplicará sumando otros 18 millones en 20 años si este dato no se revierte, lo cual significaría que más de 36 millones de personas vivirían en un país que ocupa, como hemos dicho, los últimos lugares en el Índice de Desarrollo Humano, porque esa misma dinámica demográfica le impedirá desarrollarse.

Europa debe mirar a África sin tener una actitud paterno-colonialista sino con una política de desarrollo compartido. La contribución de este gobierno, durante la pasada legislatura, ha sido la elaboración del III Plan África, que tiene cuatro pilares básicos: paz y seguridad, crecimiento económico generador de empleo, fortalecimiento institucional y movilidad regular y ordenada.

Pero Europa, y con ella España, tiene que invertir e interesarse mucho más por África, aunque haya que precisar de qué África

hablamos porque hay varias y el Sahel es solo una de ellas. Sólo si somos capaces de entender que nuestro futuro va ligado al de países como Níger seremos capaces de hacer frente a nuestros retos comunes, entre ellos los de la paz y seguridad.

**ASIA**



### **INDIA, PROTAGONISTA DE LA GLOBALIZACIÓN**

«En el siglo XXI, el centro de gravedad se encuentra en Asia»  
«India está promoviendo, con Australia, Japón y Estados Unidos,  
el concepto geoestratégico del «Indo-Pacífico»

Imaginen un país en una península situada en una posición geoestratégica con siete grandes ríos y una gran cadena montañosa que le separa de su vecino del norte, culturalmente diverso, y que en el siglo XX ha desarrollado un sistema democrático descentralizado. Podríamos pensar que se trata de España.

Pero si cambiamos el Ebro por el Ganges y los Pirineos por el Himalaya, forzamos los superlativos y salvamos las enormes distancias entre ambos casos, esa descripción puede valer para España tanto como para India. Sirva esta cruda analogía para señalar la gran proximidad en el entendimiento que encontré en mi viaje oficial a la India, mi primer desplazamiento a Asia, y que se reproducirá en la visita que hoy efectúa la ministra de Asuntos Exteriores de ese gran país a España, quien recibirá la Gran Cruz del Mérito Civil como reconocimiento de la ayuda que su Gobierno prestó a la colonia española durante los terremotos en Nepal.

La importancia geopolítica de India no deja de crecer. Tras la visita oficial del primer ministro japonés, Shinzo Abe, en octubre, y la visita de Estado del presidente chino, Xi Jinping, en noviembre, nuestra comprensión del mundo no sería completa sin prestar la

debida atención a India, una potencia regional cuyo desarrollo tiene cada vez un mayor impacto a escala mundial. Es más, India tiene desde luego activos para ser considerado un actor global. Primero, porque es la economía de más rápido crecimiento del mundo: en 2019 llegó al 7,4% del PIB, y en 2020 al 7,7%.

Segundo, por su crecimiento demográfico exponencial, que le está haciendo superar a China: en 2018 tenía 1.370 millones de habitantes (China 1.390 millones), pero entre 2030 y 2040 la población india superará la de su vecino en un 8%, y entre 2050 y 2060 lo hará en un 25%.

Su tercer activo es una pujante clase media, que en 2018 englobaba ya al 20% de su población, con una previsión de alcanzar el 37% hacia 2050. Estos sectores profesionales, que han tenido acceso a una mayor educación, son menos tolerantes con la corrupción, que se ha situado en el centro del debate político. Y, en la era de las telecomunicaciones, India es un país líder en TIC, con lo que ello representa en el marco del desarrollo tecnológico en marcha.

Pero India no es solamente un gigante productivo y poblacional. También es una democracia asentada, la más poblada del mundo y capaz de equilibrar su enorme diversidad lingüística, religiosa y cultural, convirtiéndola, no sin dificultades, en fuente de riqueza y no de división. India tiene más de cuatrocientas lenguas distintas (de las cuales dos son oficiales a nivel nacional —el inglés y el hindi— y veinte oficiales a nivel de Estados). Hinduismo, budismo, islam y jainismo son religiones tradicionales en India, aparte de su importante población de religión musulmana. Para que luego digan algunos que es imposible unir a Europa, o a España, porque es demasiado «diversa».

Estos activos, junto al de su privilegiada ubicación geográfica (incrustada en el océano Indo-Pacífico, por donde transita el 90% del comercio mundial), sitúan a India en la vanguardia geopolítica global.

Durante los siglos XIX y XX, la geopolítica eurocéntrica marcó en gran medida los designios asiáticos. Esa dinámica ha terminado. Ahora, en el siglo XXI, el centro de gravedad se encuentra en Asia, y de ahí la importancia de estrechar nuestras relaciones comerciales en sectores como el naval, el aeroespacial y el ferrocarril, pero también lo es posicionar políticamente a España en este escenario, incluyendo la presencia en sus principales foros sobre relaciones internacionales y seguridad, como el Diálogo Raisina, un encuentro promovido por el Gobierno del primer ministro Modi, en el que tuve ocasión de participar y que permite conocer de primera mano la cosmovisión de nuestros socios asiáticos.

India está promoviendo, junto con Australia, Japón y Estados Unidos, el concepto geoestratégico del «Indo-Pacífico», un espacio que englobaría los dos grandes océanos y que se quiere «libre y abierto» desde el punto de vista de la libertad comercial, de navegación y de la seguridad de las vías marítimas. También políticamente (todos sus miembros son democracias). Esta iniciativa puede verse como una respuesta a China, potencia económica continental que se proyecta sobre la región con su Nueva Ruta de la Seda (que no es sólo terrestre), y que a ojos de algunos observadores tiene una vocación hegemónica.

España y Europa deben seguir atentamente las alianzas y alineamientos que se están tejiendo en la cuenca asiática. El proyecto europeo, ejemplo del éxito, ha dado el período de paz más largo de nuestra historia reciente y ha sido siempre de naturaleza cooperativa. Esta aproximación es la que podemos proponer a todos nuestros socios asiáticos.

También la Unión Europea ha reconocido el potencial global de este país. El pasado 20 de noviembre, la Comisión y la Alta Representante publicaron los Elementos para una Estrategia de la UE en India, proponiendo elevar el diálogo anual al nivel de «Diálogo Estratégico Regular», en reconocimiento de su creciente

peso específico. Además, la UE es el primer socio comercial de India (puesto que nos disputamos con China), mientras India es el noveno socio comercial de la UE. La Unión Europea es el segundo mayor inversor en India (con un *stock* acumulado de unos 55.000 millones de euros) y la UE es el primer destino de la inversión india en el extranjero.

Para todo ello será necesario avanzar conjuntamente y sin dilación en las negociaciones del Acuerdo de Libre Comercio UE-India y en un Acuerdo de protección de inversiones UE en India. Estas iniciativas y acuerdos vincularán aún más a las dos grandes uniones democráticas del mundo, la Unión Europea e India, propiciando que el león asiático y el toro europeo se encuentren y generen oportunidades de progreso conjunto para los ciudadanos de dos de las penínsulas de mayor relevancia geoestratégica del continente eurasiático.

### DE LA CAMPAÑA A LA RUTA

«*The New Silk Roads* refiere a la red de intercambios de la dinastía Han con el resto del mundo»  
«Hay que pensar China globalmente,  
un país que retoma el centro del mundo»

Después de seguir el segundo de los debates televisados de esta campaña electoral, vuelo a Pekín donde tendré la satisfacción de representar a España en la gran conferencia que el gobierno chino organiza sobre la *Belt and Road Initiative*, conocida coloquialmente como la Nueva Ruta de la Seda.

Aprovecho estas muchas horas de vuelo para asomarme de nuevo a estas páginas digitales. Escribir ayuda a matar el tiempo, sobre todo cuando se viven momentos que demandan una ordenada reflexión.

Desde el punto de vista de la campaña, el debate en la Sexta fue más embarrado que el de Radio Televisión Española (RTVE). Ofreció el espectáculo del enfrentamiento entre Casado y Rivera por el liderazgo del bloque de las derechas, con el permiso del ausente Vox, mientras que en el ala izquierda se percibía que Podemos podía complementar la mayoría relativa del PSOE. La acusación tantas veces reiterada por PP y Ciudadanos de que Sánchez había pactado con los independentistas catalanes para llegar a la Moncloa a través de su apoyo a la moción de censura, tiene tan poca consistencia como argumentar que PP y Ciudadanos habían pactado con ellos para desalojarle del gobierno rechazando los presupuestos junto con los independentistas. Una

convergencia coyuntural de intereses no implica necesariamente un pacto entre las partes para actuar contra un tercero.

Si entendemos la democracia como un proceso de deliberación social, a lo Habermas, del que el voto es solo su fase final, hay que preguntarse por la utilidad de esos debates como instrumentos de ese proceso. Cada participante ha dispuesto de poco más de media hora para exponer sus propuestas sobre todos los temas que componen un programa electoral y contraponerlas con las de sus adversarios, una tarea imposible. ¡Y eso que los organizadores no consideraron necesario incluir entre los temas tratados ni la política internacional ni las cuestiones de la Unión Europea!

Debe haber formas más eficaces de desarrollar un debate político que ilustre al ciudadano sobre la elección que debe efectuar cuando se acerque a las urnas. Los mítines tratan sobre todo de fidelizar a la parroquia provocando el aplauso de los que ya están convencidos. Y los debates contradictorios son insuficientes en tiempo y forma. Un problema que la democracia liberal deberá abordar en estos tiempos en los que la comunicación y la interactividad, hechas posibles por la tecnología de la información, han ido parejas con una creciente desafección hacia su funcionamiento con la aparición de los movimientos que ahora llamamos nacional-populistas, tanto en Europa como en EE.UU, en estos tiempos del *brexit* y de Trump.

Esperamos que los españoles seamos conscientes de la gravedad que encierran estas elecciones, bien diferentes de las anteriores y que, por ello, pueden llamarse «existenciales» para nuestro sistema político.

En los días que faltan hasta entonces, tendré oportunidad de palpar la fascinante emergencia de China. Y para mejor conocer lo que representa, me permito recomendar *The New Silk Roads*, de Peter Frankopan, que explica como la *Silk Road* es un término utilizado, a finales del siglo XIX por el geógrafo alemán Ferdinand

Richthofen, para referirse a la red de intercambios trazada por la dinastía Han con el resto del mundo.

Ahora estamos de repente tomando plena conciencia de la dimensión económica, tecnológica, política y militar de China, tanto en la UE con la reciente comunicación de la Comisión, en la que se considera a China un «rival sistémico», como en la OTAN, que por primera vez dedicó a China una de las sesiones de trabajo de la Conferencia de Washington con la que se celebró su 70 aniversario. Por su parte, los EE.UU de Trump se han instalado en una creciente animosidad con China, mientras esta muestra una actitud cada vez más reivindicativa en lo diplomático, tecnológico y lo militar, y más activa como inversor en todos los países y como actor geopolítico en todas las latitudes.

En la Europa ensimismada con el *brexit*, el Consejo Europeo de marzo se ocupó de la relación estratégica entre la UE y China. No lo hacía desde 1989, cuando los entonces doce Estados miembros decidieron imponerle sanciones por los acontecimientos de Tiannamen. Es sorprendente que se haya tardado tanto, porque en los últimos cuarenta años el ascenso económico de China ha cambiado la geopolítica mundial.

Probablemente, en los últimos diez años, los europeos hemos estado demasiado ocupados con nuestras crisis, e interesados solo en las ventajas económicas del rápido crecimiento de China, que es nuestro primer socio comercial (especialmente para Alemania, como ejemplo Volkswagen vendió allí el 40% de su producción en el 2018), como para ocuparnos de otras consecuencias de su ascenso en la escena mundial.

Esto ha cambiado y cambiará más de forma cada vez más rápida. Las guerras comerciales, propias y ajenas, las cuestiones de la competencia por las nuevas tecnologías, la política industrial y la ciberseguridad, entre otras, han puesto a China en la agenda política y estratégica europea. Así, para preparar el Consejo Eu-

ropeo de marzo, los ministros de Exteriores de la UE compartimos mesa, mantel y debate con nuestro colega chino. Era la primera vez que ocurría en treinta años, a pesar de que es difícil encontrar una personalidad relevante de la política internacional, que no haya participado en esos almuerzos, donde se produce un diálogo más directo del que solo queda un informe de calculada vaguedad, sin atribución a los participantes de los aspectos concretos que allí se ha comentado.

¿Por qué esa prolongada desatención, a pesar de que el ascenso de China a potencia global haya sido objeto de miles de comentarios, ensayos y análisis? Seguramente porque, mientras China crecía a tasas espectaculares, aumentaba su influencia internacional, iba ocupando espacios, primero en Asia Pacífico, luego en África, en América Latina, incluso en el tejido económico y empresarial europeo, el problema del momento —el euro, los refugiados, el *brexit*— absorbía toda la atención y las energías políticas de las instituciones, empezando por las del Consejo Europeo.

El *brexit* interminable nos había hecho mirar el futuro por el retrovisor, pero ya no podía aplazarse por más tiempo una reflexión colectiva sobre los desafíos planteados por la nueva China. Hasta que ha sido imposible no ver «el elefante en la habitación». Y el detonante ha sido muy probablemente la posición de liderazgo tomada por China en tecnología 5G.

La comunicación presentada por la Comisión ha supuesto tres cambios fundamentales en la perspectiva con la que la UE había observado a China durante los últimos treinta años.

Primero, que no podemos seguir considerando a China como un país en vías de desarrollo, lo que le proporciona una discutible ventaja competitiva. Difícilmente puede ser considerado así un país que tiene un PIB per cápita superior a algún Estado miembro

de la Unión o que está a punto de alcanzar a Estados Unidos en el número de empresas entre las 500 más grandes del mundo.

Segundo, que China, sin perder su carácter de socio potencial clave, es también un competidor. Y no sólo en el campo tecnológico o industrial. Es un competidor estratégico al haber sumado, en los últimos años, ascendencia política, influencia diplomática y poder militar a su ya considerable capacidad económica. En brusselsense a eso se le llama un *systemic rival*.

Tercero, la necesidad de ampliar el foco cuando pensamos en China, añadiendo consideraciones geoestratégicas y de seguridad nacional a los efectos de su expansión económica. Hay que pensar China globalmente, un país que retoma el lugar que ocupó durante siglos «en el centro del mundo», con las implicaciones que ello tiene para nuestra península europea en el extremo occidental de Eurasia. Ya no es solo una oportunidad. Es un reto que no se puede ignorar. Un reto existencial. Y Europa debe hacer de él una nueva oportunidad de refundación de sí misma, de fundar la Europa del s. XXI. Y China, en parte, nos despierta a esta oportunidad histórica.

La consecuencia primera de la extraordinaria proyección exterior, y también militar, de China es el final del llamado «ascenso pacífico», que ha caracterizado su reincorporación al sistema internacional. Desde Deng Xiaoping, los líderes chinos, actuando con una encomiable visión estratégica, han ido acumulando poder e influencia mientras evitaban el conflicto, conscientes de la necesidad de no suscitar temores y de inspirar confianza. Salvo en asuntos que tocaban la fibra profunda, Taiwán, la integridad territorial, Pekín evitaba la imposición pura y dura. Se sentaban las bases de la relevancia global con un mensaje permanente de cooperación, de buena voluntad, de armonía, por utilizar un término caro a la diplomacia china de inspiración taoísta. En palabras del

propio Deng Xiaoping: «esconde tus fuerzas, espera tu momento». Pues bien, el momento de China ha llegado.

Pero hay un límite en lo que se puede crecer en un espacio necesariamente limitado, sin hacer demasiado patente nuestra presencia y sin dar algún pisotón. Sobre todo, cuando a la voluntad de crecer se suma la de prevalecer, al menos en el marco regional. China ha cruzado ya ese límite y según lo ha ido haciendo sus dirigentes han abandonado en parte el discurso anterior de Deng.

Todo ello sitúa a Europa ante la necesidad de no llamarse a engaño sobre las posibilidades reales de la relación bilateral. China propugna un modelo de sociedad y tiene una visión de las relaciones internacionales distinto del nuestro. Nuestras sociedades abiertas, basadas en el respeto de los Derechos Humanos y el Estado de Derecho, son distintas del modelo chino. Ni nuestra economía social de mercado con las profundas desigualdades que caracterizan el capitalismo de Estado. Ello no impide la colaboración, por supuesto, pero también nos avisa de la necesidad de gestionar una relación que ya difícilmente estará exenta de tensiones. Los tiempos han cambiado. Lo que tenemos delante no es una nueva Unión Soviética ni una nueva guerra fría sino algo mucho más complejo que se juega en campos muy diferentes del militar, el tecnológico particularmente, en los que Europa solo puede actuar unida o ser irrelevante. Y el problema es, precisamente, que, en su relación con China, Europa no está suficientemente unida.

Creo que el debate en el que nos hemos embarcado debe conducir al menos a dos conclusiones. Por una parte, la toma de conciencia de que ningún Estado miembro de la UE puede aspirar a tener una relación equilibrada con China. La relación será siempre asimétrica.

Sólo como Unión Europea podremos tener una relación de equilibrio. Aquí, como en tantas otras cuestiones, Europa no es

una opción. Es una necesidad si queremos preservar nuestro modelo de sociedad.

Por otra, la convicción de que la relación será compleja pero puede beneficiar a las dos partes y, dadas las responsabilidades globales de ambos actores, a todo el planeta. En los últimos años ha ido extendiéndose la visión de que el ascenso chino nos abocaba a un nuevo «momento Tucídides». El historiador griego describió con maestría el conflicto que aparece cuando una potencia emergente trata de desplazar a la dominante. Pero creo que se impondrá la lógica de la cooperación sobre la de un enfrentamiento que solo puede ser catastrófico.

Solo contribuiremos a que esa lógica se imponga desde una visión y una actuación europeas, evitando así quedar aprisionados en nuestro modelo político-social, por la nueva gran dualidad que emerge en la frontera del Indo-Pacífico.

Si en el siglo XX la UE se creó sobre el carbón y el acero, en el siglo XXI debemos refundarla sobre la tecnología. Solo a través de ella podremos ser globalmente competitivos, ganar autonomía estratégica y hacer frente a los retos que nos plantean oriente y occidente. Así evitaremos que nuestro modelo político-social sea arrastrado, por unos o por otros, a juegos de suma cero que solo restan para todos.



## **LA NUEVA GEOPOLÍTICA DEL INDO-PACÍFICO: COMPETENCIA Y COOPERACIÓN**

«Estamos asistiendo a la traslación geoestratégica global desde el Atlántico Norte hacia la región Indo-Pacífica»  
«A través de la Plataforma de Conectividad se está promoviendo la cooperación entre Pekín y Bruselas»

En los últimos años, y cada vez con mayor velocidad, estamos asistiendo a la traslación del centro de gravedad de la geoestratégica global desde el Atlántico Norte hacia los mares de la región Indo-Pacífica. Ya en 2007, con ocasión de una visita a la India durante su primer mandato, el primer ministro de Japón, Shinzo Abe, presentó el concepto de la «Iniciativa para un Indo-Pacífico Libre y Abierto». Libre porque el objetivo es garantizar la libertad en la toma de decisiones de todos los estados ribereños. Abierto porque también persigue la preservación del libre comercio basado en el Derecho Internacional, en particular en la Convención de Naciones Unidas del Derecho del Mar de 1982.

La Administración Trump ha asumido desde octubre 2017 la «región Indo-Pacífica» como un concepto estratégico propio y alternativo al de «Asia-Pacífico». Este último aludía a la unidad de intereses entre EE.UU y Asia Oriental y al apoyar el nuevo concepto, desde Washington se incluye en dicha comunidad de intereses a la India y a Australia, los otros dos miembros de la iniciativa

a fecha de hoy. Y es que si China creaba a través de la Nueva Ruta de la Seda su «collar de perlas» en estas aguas indo-pacíficas, las cuatro democracias asiáticas se conciertan con esta iniciativa para crear lo que han llamado el «diamante de seguridad democrático». La UE debe seguir de cerca este proceso. De momento, cada país invierte por separado en sus propios proyectos, careciendo la iniciativa de estructuras o documentos fundacionales que la doten de mayor unidad de dirección. Además, siguen existiendo diferencias de planteamiento entre sus miembros: mientras para Japón la iniciativa parece tener un objetivo más normativo, el planteamiento estadounidense es más bien geopolítico, enfocándose en la contención de la creciente asertividad china.

En la Declaración de Manila de 2017 los cuatro participantes manifestaron su compromiso con el imperio de la ley y el fomento de la libertad. Si el interés estadounidense es fortalecer su compromiso con la libertad de navegación en el Indo-Pacífico, dos pasos en dicha dirección parecen al alcance de su mano.

El primero, la ratificación por parte de EE.UU de la Convención del Derecho del Mar de Naciones Unidas, la «Constitución de los mares». El sostenimiento del orden multilateral basado en normas, que es la piedra angular de una sociedad internacional estable y próspera, pasa por apuntalar las normas internacionales que la mayoría compartimos.

El segundo, EE.UU podría regresar al Acuerdo de Asociación Transpacífico, del que salió precipitadamente dejando una sensación de orfandad comercial en no pocos Estados de la región pero que gracias al empeño de Abe continuó con los once países restantes. Esto podría ser un aviso para navegantes británicos: el hecho de que uno abandone el barco no hace que éste se hunda sino que, al contrario, siga, más ligero, surcando los mares.

Por su lado, la Unión Europea presentó su propia propuesta en la Cumbre del proceso ASEM celebrada en octubre de 2018: la

Estrategia de Conectividad para unir Europa y Asia. Si la iniciativa japonesa tiene como principio fundamental la construcción de «infraestructuras de calidad», en Europa insistimos en la «sostenibilidad financiera, laboral, social y medioambiental» de los proyectos para que ayuden efectivamente al desarrollo de los Estados receptores.

Los países de la región ya no pueden decir que no tienen alternativas: las perlas chinas, el diamante indo-pacífico, y —si me permite una licencia poética también a nosotros— el zafiro europeo (por aquello del color de nuestra bandera).

Pero no solo hay competencia en esta región. El Primer ministro japonés Abe y el presidente chino Xi, por su parte, firmaron en octubre de 2018 un memorando de entendimiento para cooperar en cincuenta proyectos de infraestructuras en terceros países. La UE lleva la cooperación entre Estados en su ADN fundacional, y la ha llevado a su máxima expresión. Por eso ha presentado esta oferta europea también a China, y a través de la Plataforma de Conectividad se están comenzando a identificar proyectos en los que promover la cooperación entre Pekín y Bruselas, siempre bajo los principios europeos de conectividad.

En Madrid, los próximos 16 y 17 de diciembre 2019, seguiremos hablando sobre conectividad entre Asia y Europa, en la reunión ministerial de Asuntos Exteriores del proceso ASEM en la que tendremos el honor de recibir a los 51 ministros europeos y asiáticos, la UE y la ASEAN. Quizás ha llegado también el momento de que los miembros del diamante indo-pacífico y del zafiro europeo consideremos unir nuestras fortalezas para cooperar en proyectos conjuntos en beneficio del desarrollo democrático de los países receptores. Al fin y al cabo, nuestro modelo político, social y económico ha dado a nuestros ciudadanos las mayores cotas de libertad, progreso económico y bienestar que ha conocido la historia de la Humanidad.



**NACIONES UNIDAS**



**ESPAÑA: HORIZONTE 2030**

«Se trata de una idea de país, de un proyecto en común»  
«La Agenda 2030 está en el mismo centro de la acción política»

Desde mi nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, hará ya pronto un par de meses, he estado ausente de estas páginas digitales por las razones obvias que implican un aterrizaje imprevisto en una institución tan compleja y con tantas responsabilidades como es este Ministerio. Desde entonces, tengo muchas más cosas que comentar , información y vivencias que compartir , pero también mucho menos tiempo para hacerlo. No obstante, procuraré seguir asomándome de cuando en cuando a la atención de los lectores de la República de las Ideas para que algunos de esos temas no se pierdan en la memoria.

Y uno de ellos, que ha sido poco mediatizado, pero que es de gran importancia, es la llamada Agenda 2030. De regreso de Nueva York, donde he acudido a presentar ante las Naciones Unidas el informe de España con respecto al cumplimiento de esa Agenda y pasar lo que se llama el Examen Nacional Voluntario ante las Naciones Unidas, donde todo empezó hace tres años, quisiera darle la importancia que merece. Con este examen, el nuevo Gobierno de España ha querido mostrar una radiografía fidedigna del estado actual de cumplimiento de los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS) en nuestro país, que puede ser consultada en la página web: <https://sustainabledevelopment.un.org/>

*hlpf/2018*. Y, sobre todo, hemos querido demostrar ante nuestros conciudadanos y ante la comunidad internacional que España sí tiene un proyecto colectivo y una hoja de ruta compartida para construir un país mejor en el horizonte 2030, que está más cerca de lo que parece.

Lo que tenemos que hacer para cumplir con la Agenda 2030 puede formar parte de ese relato colectivo del que tantas veces nos hemos quejado, con razón, de que nuestro país no tiene. «España no tiene relato; carecemos de un proyecto colectivo, de una hoja de ruta, como en su momento lo fue la Transición y el retorno a Europa». ¿Cuántas veces hemos oído esta frase en los últimos años? Si hay un lugar común frecuentado por izquierdas y derechas, por viejas y nuevas generaciones de españoles, es el de la ausencia de un ideal capaz de movilizarlos como sociedad y de proyectarlos hacia el futuro.

También he podido constatar , en estos apretados días de ejercicio en los asuntos del mundo fuera de nuestras fronteras, que no se trata de un estado de opinión limitado a España. Esa sensación de falta de ilusión y desorientación están siendo, posiblemente, el caldo de cultivo de muchos de los males que hoy padecemos en muchas sociedades europeas y occidentales, temerosas de su envejecimiento, de su pérdida de poder relativo y de la llegada de inmigrantes que algunos utilizan para atizar el miedo y la xenofobia.

No debemos aceptar este estado de cosas ni estas actitudes derrotistas. Es falso que España carezca de objetivos. No es cierto que estemos condenados a caminar a ciegas, sin conocer la meta que nos aguarda. Es importante señalar que, ahora mismo, la Agenda 2030 que vengo de discutir en la ONU, junto con otros miembros del gobierno, nos plantea 17 objetivos para alcanzar en poco más de una década y , para

ello, hemos de superar 169 metas debidamente definidas y que afectan a toda la estructura de nuestra economía y sociedad.

Para que un relato guie la acción colectiva, exige bajar de las musas al teatro, como decían los clásicos. Aquí lo tenemos, se llama Agenda 2030. Los objetivos para inspirar nuestra vida colectiva existen, se llaman los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Y ya adelanto que no son cualquier cosa ni fáciles de alcanzar. Se trata de erradicar la pobreza; de lograr la seguridad alimentaria; de garantizar una educación inclusiva de calidad; de lograr la igualdad efectiva de género; de promover un crecimiento económico inclusivo que busque crear empleos sostenibles y promover la igualdad, luchar contra el cambio climático, construyendo infraestructuras resilientes u ofreciendo un trabajo decente para todos. Se trata de fomentar la innovación; de conseguir que nuestras ciudades sean modelos de convivencia entre sus habitantes y de éstos con el entorno; de sanar los océanos, los bosques y los ecosistemas dañados por la actividad humana; y de hacer todo esto contando con la plena colaboración de los actores públicos y privados, movilizandolos recursos en cada país, con independencia de su nivel de desarrollo.

La Agenda 2030, con sus 17 ODS resumidos en el párrafo anterior, fue aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2015 y tiene una vocación universal y transformadora. El Rey Felipe VI manifestó en aquella ocasión, con palabras inequívocas, el compromiso de España para su cumplimiento.

Nuestros representantes en el Parlamento la respaldan, como lo demuestra la proposición no de Ley 161/001253, aprobada por consenso en el Congreso por todos los grupos parlamentarios el 12 de septiembre de 2017.

Dicho todo esto, conviene hacer un ejercicio de autocrítica. Aun contando con los precedentes mencionados, es cierto que no hemos conseguido todavía un nivel suficiente de movilización colectiva ni de impulso en nuestras políticas públicas si queremos alcanzar a tiempo, como nos hemos propuesto, los 17 ODS. Ya vamos con retraso. Por ello, el actual Gobierno socialista ha situado la Agenda 2030 en el mismo centro de la acción política. El primer paso ha sido dar un impulso a las estructuras de gobernanza y al Plan de Acción existentes para el cumplimiento de los ODS. Con ese horizonte, se ha nombrado una Alta Comisionada para la Agenda 2030 en la persona de Cristina Gallach, que cuenta con una gran experiencia internacional en las Naciones Unidas y en la Unión Europea. También se ha recuperado el Ministerio de Igualdad, creado el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y el Ministerio para la Transición Ecológica, que aúna las competencias de energía, medio ambiente, cambio climático y agua que antes estaban dispersas. Nos hemos movido hacia posiciones más ambiciosas en los compromisos de la UE para el cumplimiento del Acuerdo de París sobre Cambio Climático. Hemos ampliado el acceso a la sanidad universal para incluir a los inmigrantes en situación irregular. Hay que reorientar la política de empleo para que el crecimiento económico no acreciente las desigualdades. Hemos situado en el eje principal de nuestra lucha contra la desigualdad a la infancia con la creación de una Alta Comisionada contra la Pobreza Infantil; es inaceptable que 2,1 millones de niños se enfrenten al riesgo de caer en la pobreza en este país. Y hemos mostrado la solidaridad de España en lo más álgido de la crisis de los refugiados con la acogida del barco Aquarius en nuestro territorio.

En el fondo, no se trata de medidas aisladas, forman parte de una idea de país, de un proyecto en común. A partir de ahora habrá que trabajar para elaborar y presentar en breve plazo una

estrategia de desarrollo sostenible asentada en unos objetivos realistas para cumplir con lo que nos exige la Agenda 2030; y, en ello, habrá que involucrar a todos los actores responsables para la puesta en práctica de acciones concretas en los distintos niveles de la Administración y de la sociedad, que nos permitan llegar a 2030 con los deberes cumplidos. Y gracias a ellos haber construido una sociedad mejor.



### **EL COMERCIO DE LA TORTURA**

«La tortura está concebida para destruir el alma humana»

«Prohibir el comercio de mercancías de tortura  
proporcionaría un marco vinculante»

La tortura es un delito en términos de Derecho Internacional y no se puede justificar bajo ninguna circunstancia. El uso sistemático de la tortura es un crimen contra la humanidad. Y si bien cada vez más países deciden dejar de aplicar la pena de muerte, miles de personas siguen estando en el corredor de la muerte a la espera de su ejecución. Además de ser inhumanos, degradantes e inmorales, estos dos tipos de castigo son totalmente ineficaces, puesto que, simplemente, no sirven para reducir la delincuencia.

Mientras que los líderes mundiales expresan con frecuencia su apoyo a la abolición de estos métodos, paradójicamente esos mismos productos que se utilizan para torturar y ejecutar a las personas se siguen comercializando libremente a través de las fronteras, del vendedor al comprador. Son mercancías realmente horribles: porras con púas metálicas, cinturones para provocar descargas eléctricas, dispositivos que sujetan a las personas mientras las electrocutan o productos químicos que se utilizan para las ejecuciones, así como, entre otras cosas, cámaras de gas y sillas eléctricas. En pocas palabras: mercancías que solo se utilizan para infligir dolor y matar. Si la comunidad internacional es genuinamente sincera cuando denuncia estas prácticas, debe desmantelarse este comercio; de hecho, se están llevando a cabo

acciones en este sentido. El pasado otoño, durante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, cerca de sesenta países se unieron para poner en marcha la *Alliance for Torture-Free Trade* (Alianza Mundial para el Comercio sin Tortura). Iniciada por Argentina, la Unión Europea y Mongolia, la finalidad de esta Alianza mundial es ir más allá de vagas promesas y hacer que sea mucho más difícil para las empresas y los países enviar estas mercancías por todo el mundo.

Los países de la Alianza se han comprometido a perseguir varios objetivos concretos: control y restricción de las exportaciones, entre otras cosas mediante la introducción de prohibiciones de exportación; creación de una plataforma para que las autoridades aduaneras vigilen los flujos de comercio e identifiquen nuevos productos en el mercado; disponibilidad de asistencia técnica para ayudar a los países a introducir legislación; e intercambio de prácticas para hacer cumplir la ley con eficacia.

Los trabajos en el marco de la Alianza están en curso. A principios del verano, por ejemplo, se reunieron en Bruselas expertos de 38 países para debatir la forma de compartir los conocimientos y los recursos con los países que deseen introducir unos controles de exportación rigurosos. La reunión fue un paso en el camino a la creación de una red internacional de autoridades aduaneras nacionales para hacer frente a este azote.

En los últimos años, en gran parte como consecuencia de la introducción de prohibiciones a la exportación, los culpables tienen más dificultades y deben pagar precios más altos para que los instrumentos de ejecución y tortura lleguen a sus manos. Sin embargo, los productores y los comerciantes de estas mercancías intentan eludir estas leyes, por ejemplo desviando sus envíos, lo que hace aún más urgente reforzar los esfuerzos internacionales.

Obviamente, la incipiente cooperación en el seno de la Alianza Mundial para el Comercio sin Tortura constituye un primer paso ne-

cesario pero es preciso hacer mucho más. Por eso, en su primera reunión ministerial la semana que viene, el día 24 de septiembre, la Alianza decidirá proseguir con su desarrollo: más países se adherirán con objeto de ampliarla.

Y lo que es más importante, discutiremos lanzar consultas dirigidas a la introducción de un instrumento vinculante y universal: una convención de la ONU que prohíba el comercio de mercancías utilizadas para infringir torturas y aplicar la pena de muerte. Conseguir que una masa crítica de países firmen dicha convención proporcionaría al mundo un instrumento práctico para poner fin a este azote, prohibiendo claramente la importación y exportación de las mercancías que no tienen ningún uso legítimo.

Las experiencias con otros tratados multilaterales relacionados con el comercio son alentadoras. CITES, la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas, se creó para velar para que el comercio internacional de especímenes de animales y plantas silvestres no ponga en peligro su supervivencia. Actualmente, con ciento ochenta y tres países y otros actores como miembros, el Tratado ofrece protección a decenas de miles de especies amenazadas de animales y plantas.

Otro hito inspirador fue la adopción, en abril de 2013, del emblemático Tratado sobre el Comercio de Armas, o TCA, por una mayoría abrumadora en la Asamblea General de las Naciones Unidas. El TCA está concebido para impedir las transferencias irresponsables y no reguladas de armas que intensifican y prolongan los conflictos, y para fomentar la responsabilidad, la transparencia y la obligación de rendir cuentas del comercio de armas mundial.

De forma parecida a estos dos instrumentos, un tratado para prohibir el comercio de mercancías utilizadas para infringir torturas

y aplicar la pena de muerte proporcionaría un marco vinculante. Cuando el año pasado se lanzó la Alianza para el Comercio sin Tortura, las víctimas de torturas contaron sus historias de sufrimiento. «La tortura no está concebida para matarte, ni siquiera para obtener información», dijo una de ellas, «está concebida para destruir el alma humana». Afortunadamente, muchos sobrevivientes han encontrado la forma y la fuerza para superar el horror. Puesto que la tortura y la pena de muerte siguen siendo una realidad en todo el mundo, la comunidad internacional debe hacer mucho más para impedir que los responsables de este comercio tengan acceso a estos terribles instrumentos.

### **HAMBRIENTOS Y OBESOS**

«El número de hambrientos en el mundo no ha dejado de crecer»  
«Hay que transformar las políticas agrarias  
y rurales de todos los países»

Levantando la vista sobre las cuestiones más inmediatas y cotidianas que nos afectan como país, a veces hay ocasión de abordar alguno de los problemas más estructurales de la Humanidad. Y entre ellos, el de la malnutrición, o dicho de forma más clara y directa, el del hambre, en cuya solución, más que avanzar, estamos retrocediendo.

En efecto, la Cumbre Parlamentaria Mundial contra el Hambre y la Malnutrición, recientemente celebrada en Madrid, en el hemicycleo del Senado, con la participación del director general de la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y de representantes de los legislativos de ochenta países, ha servido para poner de relieve la gravedad del problema y la dificultad de sus soluciones. La tozuda realidad es que, después de haber conseguido reducirlo, el número de hambrientos en el mundo no ha dejado de crecer en los últimos años: de 945 millones en 2005 disminuyó hasta 783 en 2014, pero a partir de 2015 volvió a aumentar hasta 821 en 2017. Aun así, la gran mejoría se produce en China, donde se ha producido una disminución espectacular de la malnutrición. Sin la contribución de China los datos globales serían mucho peores. Si focalizamos en la malnutrición infantil los datos son terribles: 151 millones de menores de

5 años con retraso del crecimiento o 51 millones de niños y niñas con pérdidas de un 10% de su masa corporal.

Este retroceso no es solo un problema de países en desarrollo. La situación en España es también preocupante: en 2017 había 600.000 personas en situación de inseguridad alimentaria grave, lo que supone un incremento del 20 % en un solo año. El problema de la pobreza y el hambre en España empieza a ser de carácter estructural, con un tercio de la población con dificultades para llegar a fin de mes y medio millón de hogares que no pueden garantizar una alimentación adecuada.

No puede haber desarrollo sostenible ni paz y seguridad en el mundo mientras haya aún 821 millones de personas que padecen hambre. Un país que sufre hambre afecta a sus países vecinos y desestabiliza una región. Aparte de las cuestiones de orden moral, la obligación de toda la comunidad internacional de luchar contra el hambre es vital en términos geopolíticos, porque es también un factor del que dependen la paz, el desarrollo y la seguridad globales.

La respuesta al problema del hambre y la malnutrición requiere de una alianza a todos los niveles, una estrategia múltiple y una nueva forma de trabajar. Cumplir con el derecho a la alimentación de manera integrada es lograr cumplir con gran parte de la Agenda 2030. Si logramos erradicar el hambre y alcanzar el segundo de los Objetivos de Desarrollo Sostenible muy probablemente habremos alcanzado todos los otros Objetivos. Es reconfortante que la Cumbre Parlamentaria Mundial contra el Hambre y la Malnutrición haya mandado un mensaje claro en defensa del derecho a la alimentación. Y aunque son ya muchas las conferencias que se han celebrado sobre este problema (recuerdo la de Roma en mitad de la grave crisis alimentaria provocada por el aumento de los precios de los alimentos en el 2008), en las que todos los go-

biernos proclaman objetivos y compromisos que luego no se cumplen, es importante la participación de los parlamentarios porque a fin de cuentas son los parlamentos los que aprueban los presupuestos y controlan a sus gobiernos

Uno de los aspectos fundamentales para conseguir erradicar el hambre es la transformación de las políticas agrarias y rurales de todos los países. Por su papel clave en la gestión de los recursos naturales y el impacto del cambio climático y , sobre todo, por su carácter vital para satisfacer la necesidad fundamental de todo ser humano de acceder a los alimentos. Es necesaria una transición ecológica también en las políticas agrarias y rurales en consonancia con las políticas medioambientales, las de cohesión social, las de desarrollo territorial o las de investigación e innovación. Debemos redoblar la financiación global destinada a agricultura sostenible y seguridad alimentaria, una inversión responsable y sostenible.

Al mismo tiempo que retrocedemos en la lucha contra el hambre, están creciendo de forma preocupante el sobrepeso y la obesidad. Unos 670 millones de adultos en todo el mundo, es decir, uno de cada ocho es obeso. Y 41 millones de niños y niñas ya son obesos a la edad de cinco años. Los expertos indican que en 2030 la obesidad y el sobrepeso pueden afectar a un tercio de la población mundial proyectada para esa fecha. Las consecuencias que esto tiene para la salud son terribles, con muchas enfermedades no transmisibles asociadas al sobrepeso que son uno de los principales retos de salud pública de nuestros días.

El aumento de la obesidad es más rápido que la disminución del hambre en el mundo. Y está afectando especialmente a países desarrollados, relacionado con modalidades de consumo no sostenibles o hábitos no saludables. En este aspecto, España también ha empeorado. La cifra de personas adultas obesas pasó de

9,6 millones en 2012 a 10,5 millones en 2016, es decir, un incremento casi del 10 % en cuatro años. Y aquí entran cuestiones que afectan a políticas sanitarias, estrategias de educación o el funcionamiento de las industrias agroalimentarias.

Al mismo tiempo, un tercio de los alimentos que producimos en el mundo acaban en el cubo de la basura, en vertederos o abandonados en campos de cultivo porque no cumplen criterios de marketing. También aquí las desigualdades por países son muy grandes: en Europa generamos cien kilogramos de desperdicio por persona al año, en África de seis a once kilogramos por persona al año. Con una cuarta parte de la comida que se desaprovecha en el mundo, seríamos capaces de resolver el problema del hambre. Acabar con el despilfarro de alimentos se convierte en una cuestión de equidad y dignidad.

El camino hacia la erradicación del hambre no es fácil, y para ello necesitamos un sistema de gobernanza global fuerte y sólido, como la reforma del Comité de Seguridad Alimentaria que ha ayudado a unir todos los actores en una plataforma integrada única en el sistema de la ONU. España tiene un largo historial en su compromiso con la seguridad alimentaria reflejado en nuestra política de cooperación. A pesar de las actuales dificultades financieras del sector público, que serán mayores si no podemos disponer de un presupuesto para el 2019, debemos de recuperar la política de cooperación como elemento fundamental para conseguir hacer efectivo el derecho a la alimentación a escala global, partiendo del principio de que cada persona que padece hambre o malnutrición es un caso de violación de los derechos humanos, para evitar tanto el hambre de unos como la obesidad de otros.

### **REFORMAR, REFORZAR Y SÍ, REIVINDICAR LA ONU**

«La Declaración de los Derechos Humanos sigue vigente»  
«¿Cuál es la alternativa al multilateralismo? No la hay»

El titular de este artículo no es fruto de la ingenuidad o de un quijotismo idealista: figura en la Estrategia de Acción Exterior de España aprobada en 2015. En el mismo espíritu se pronuncia la Estrategia Global de la Unión Europea, según la cual «el orden multilateral fundado en el Derecho Internacional, incluyendo los principios de la Carta de las Naciones Unidas y de la Declaración Universal de Derechos Humanos, es la única garantía de paz y seguridad en el exterior y dentro de nuestras fronteras». Esa Declaración de los Derechos Humanos cumple hoy setenta años.

Aunque haya envejecido, sus planteamientos siguen vigentes y son más actuales que nunca. En este principio del siglo XXI, el multilateralismo que subyace en su concepción es de una importancia estratégica; ni más ni menos que una necesidad para la supervivencia de la humanidad.

Precisamente mañana visitará Madrid la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, quien participará en un acto de conmemoración simultánea del septuagésimo aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos y el cuadragésimo aniversario de nuestra Constitución, cuyo artículo 10.2 incorpora explícitamente la Declaración.

La promoción y protección de los Derechos Humanos están, pues, en la base de nuestro ordenamiento jurídico y de nuestra concepción social, y con este acto conjunto quedará patente la íntima conexión que existe entre lo que sucede en nuestro país y en el conjunto del planeta.

La persistencia de la pobreza y el aumento de las desigualdades en un mundo cada vez más rico; el cambio climático como evidencia científica; los movimientos de población; los conflictos armados en los que siguen muriendo cada año decenas de miles de personas; las nuevas y viejas formas de violencia e inseguridad; las cadenas de valor globales de una economía cada vez más integrada tienen una naturaleza transnacional.

¿Cómo afrontar esos fenómenos si no lo hacemos colectivamente desde la integración regional, el multilateralismo, el diálogo, la cooperación, el respeto a las reglas y las instituciones que vertebran la comunidad internacional? ¿Cuál es la alternativa al multilateralismo? No la hay salvo unas relaciones internacionales basadas en «yo primero», en la ley del más fuerte y en la imposición. Este modelo ya se ha experimentado en el pasado: condujo a las páginas más negras de la historia de la humanidad. Los problemas globales no pueden gestionarse desde la miopía local.

El 11 de noviembre se conmemoraba en París el centenario del fin de la Primera Guerra Mundial, uno de los más trágicos acontecimientos de la Historia. Se le llamó la «guerra para acabar con todas las guerras», pero alumbró otra con mayor frecuencia todavía más mortífera solo dos décadas más tarde. En esos años de entreguerras no supimos dotarnos de instituciones eficaces para desactivar los conflictos.

No es posible construir sociedades prósperas y pacíficas en un entorno aislado, de espaldas a otras zonas en las que reinan

la injusticia y la violencia. La reacción frente a esta realidad no puede ser el encastillamiento en la soberanía nacional (menos aún la construcción de nuevas y quiméricas microsobranías) o el rechazo a lo que viene de fuera, tachado de amenaza. Esta actitud es improductiva, no aporta soluciones y va contra el sentido de la Historia.

En cambio, hay que gestionar colectivamente estos fenómenos y tendencias en beneficio de la mayoría. Por ello, es oportuno recordar tres hitos que subrayan la vitalidad del enfoque multilateral. En primer lugar, la ONU ha lanzado los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030, estableciendo para todos los países metas claras y cuantificables en todos los sectores, desde la educación al crecimiento inclusivo. España se ha tomado estos objetivos muy en serio con la creación de una Alta Comisionada, y está elaborando su estrategia nacional para cumplirlos.

En segundo lugar, la comunidad internacional se reunió hace pocos días en Katowice, tierra de carbón, para fortalecer el combate contra el cambio climático. Y falta hacer porque, como recordaba el secretario general de la ONU, António Guterres, «la realidad del cambio climático supera las previsiones más pesimistas». La urgencia de la actuación conjunta de todos los actores se hace cada vez más acuciante.

Por último, el mundo se ha citado en Marrakech para adoptar hoy el Pacto Mundial sobre las Migraciones. Es un documento que incorpora una visión compartida del fenómeno migratorio en el que tienen responsabilidades los países emisores, los de tránsito y los receptores. El Pacto, que no es un instrumento jurídicamente vinculante, no será suscrito por todos los países, lamentablemente ni siquiera por todos los miembros de la UE, pero supone el reconocimiento político al más alto nivel de que solo mediante el

esfuerzo concertado podrán abordarse con éxito los desafíos y oportunidades que las migraciones entrañan. Ahora se nos dice que el multilateralismo está en crisis.

Se acusa a la ONU o a la UE de ser entes burocratizados, alejados de los ciudadanos. Lo repetía hace poco en Bruselas el secretario de Estado estadounidense, Mike Pompeo. Algo de razón hay en estas críticas. La cuestión es cómo responder ante ellas.

Para España es preciso, además de reivindicar esas instituciones (si no existieran haría que inventarlas), reformarlas para reforzar la gobernanza mundial. Por eso apoyamos las iniciativas del secretario general para hacer de la ONU una herramienta más útil en el cumplimiento de sus fines.

No estamos solos en el empeño. Durante la apertura del presente periodo de sesiones de la Asamblea General, 126 jefes de Estado y de Gobierno, una cifra extraordinaria, han reiterado en Nueva York su respaldo a las Naciones Unidas.

En 2020 la ONU cumple 75 años. Ése puede ser un buen momento para analizar en una cumbre algunos cambios institucionales necesarios para aumentar su legitimidad y su eficacia, como la reforma del Consejo de Seguridad, para que sea más representativo y se limite el uso de los vetos de las grandes potencias; o el establecimiento de una asamblea parlamentaria, reforzando así el papel de la sociedad civil y la dimensión democrática del sistema multilateral.

## **EL PACTO MIGRATORIO DE MARRAKECH**

«Los movimientos de población son un fenómeno natural,  
secular y estructural»

«La realidad migratoria alcanza hoy a 260 millones de personas»

El mundo es un espacio común y compartido en el que la interconexión permanente y las tecnologías de la comunicación y el transporte generan flujos de personas, bienes, informaciones e ideas a una escala hasta hace poco inimaginable. Esto requiere un sistema de gobernanza multilateral, que es para lo que nació la ONU al final de la II Guerra Mundial en pleno descrédito de los nacionalismos, que aun hoy no acaban de salir de escena.

Los movimientos de población son un fenómeno natural, secular y estructural que no constituye ni una anomalía ni una amenaza, por lo que no dejará de estar en la agenda política en las próximas décadas. Un desafío que sólo puede abordarse desde la cooperación internacional. Ningún país, ni siquiera región, puede por sí solo gestionarlo. Su naturaleza es intrínsecamente transnacional, como lo es también el reto del cambio climático, un factor que también influye en los desplazamientos de las personas como consecuencia de la desertificación, junto con la inseguridad, la pobreza o la simple falta de oportunidades. Como ha recordado el secretario general de la ONU, nadie puede realmente sorprenderse de que los seres humanos busquen un futuro mejor para sí mismos y sus familias.

Pero los datos desmienten la visión manipulada por líderes y movimientos xenófobos que hablan de oleadas masivas de inmigrantes, prediciendo que estos empobrecerán nuestras sociedades y causarán males sin cuento.

Conviene poner los hechos en sus justos términos. La realidad migratoria alcanza hoy a 260 millones de personas, lo que representa el 3,4% de la población mundial, un porcentaje ciertamente moderado si bien esta tasa es superior al crecimiento demográfico; también porque la emigración tiende a aumentar en la primera fase del desarrollo de los países, es decir , cuando pasan de renta baja a media. Además, dos tercios de las migraciones internacionales son intrarregionales (porcentaje que se eleva al 80% en África o Asia) y, atención, el 90% de la movilidad mundial se desarrolla de forma legal.

También hay que ser conscientes de datos como los de la aportación de la migración a la economía, la revitalización de los mercados laborales, la dinamización cultural de los países de acogida y a la reducción del déficit demográfico: la población de África crecerá de 1.250 millones actuales a 2.500 en 2050, aumentando su población en edad de trabajar en 800 millones. Entretanto, la fuerza de trabajo de Europa perderá ochenta.

Todo ello teniendo presente algunos problemas como la presión salarial a la baja en determinados sectores, lo que debe corregirse con la negociación colectiva y la sindicalización de todos los trabajadores, sean autóctonos o inmigrantes, abordando los retos que plantea gestionar la diversidad y reduciendo las desigualdades. De lo contrario seguirá avanzando el repliegue identitario, que representa el más poderoso disolvente de una comunidad política: las migraciones se perciben hoy como una amenaza mayor a la integración europea que la crisis del euro.

El Pacto Mundial por una Migración Segura, Ordenada y Regular aprobado el 10 de diciembre en Marrakech por 160 países, incluyendo España, representada a nivel de jefe de gobierno, al igual que Alemania, Portugal, Grecia, y Bélgica, este último tras cesar a los nacionalistas de derecha y a los opositores del gobierno, se basa precisamente en la premisa de que en conjunto es posible maximizar las ventajas de las migraciones para los países de origen, tránsito y destino.

El pacto se adoptará formalmente como resolución de la Asamblea General de la ONU el 19 de diciembre. Será así la primera gran iniciativa de Naciones Unidas sobre esta cuestión, estableciéndose un modelo de responsabilidad compartida mutuamente beneficioso alrededor de 23 objetivos que abordan el fenómeno en todas sus dimensiones.

El pacto propone, en primer lugar, garantizar los derechos humanos, erradicando las vulnerabilidades de los migrantes durante todo el ciclo migratorio y garantizando su acceso a los servicios sociales básicos; evitar separar a los menores o detenerlos; luchar contra las numerosas redes de tráfico irregular de migrantes y de trata ilegal de seres humanos; y gestionar las fronteras de acuerdo con la legalidad internacional.

Se busca además optimizar el impacto de las migraciones en el desarrollo, generar nuevas vías regulares facilitando así la movilidad laboral y, sobre todo, mejorar las condiciones de vida en los países de origen para que la emigración sea una opción más entre las que elegir y no la única alternativa, especialmente para la juventud. Además, los países de origen deberán facilitar las readmisiones.

Esta iniciativa tendrá en todo caso que superar dos retos. En primer lugar, hay que asegurar la ejecución del pacto por los Es-

tados, pues solo así la migración será un fenómeno seguro para el migrante y más ordenado y regular para los países de origen, tránsito y destino.

Por ello, se propone establecer una red migratoria compuesta por todas las agencias relevantes de la ONU en esta materia, mientras que la Organización Internacional de las Migraciones evaluará periódicamente su aplicación por los Estados. España, desde luego, se propone liderar también en la fase de implementación, como ya lo ha hecho en las negociaciones para su adopción.

De hecho, estamos ya ejecutando una política migratoria basada en la asunción del hecho migratorio como algo no coyuntural y en el respeto a los derechos y la dignidad humana, y que incluirá un plan estratégico involucrando a las comunidades autónomas y los ayuntamientos. Pese a los desafíos de nuestros sistemas de gestión y de acogida —muchos de ellos comunes al resto de estados miembros de la Unión Europea— el modelo español es visto por la mayoría de nuestros socios como un ejemplo de gestión migratoria y de buena cooperación con terceros países.

Además, hemos venido proponiendo una agenda migratoria en el marco de la Unión Europea. Los europeos compartimos una frontera exterior, por lo que la gestión de los flujos de migrantes y refugiados sólo puede ser común. De ahí nuestro apoyo al marco europeo de visados humanitarios, cuya puesta en marcha solicitó ayer el Parlamento Europeo; al sistema de cuotas permanentes de refugiados y al fortalecimiento de la Agencia Europea de Asilo, además de nuestro compromiso con salvar vidas en peligro, materializado diariamente en el Estrecho y el mar de Alborán, y asumiendo incluso responsabilidades de otros países en situaciones por todos conocidas en otras longitudes del Mediterráneo.

El segundo reto consiste en reducir el incomprensiblemente amplio desajuste entre la realidad migratoria y su percepción social, algo especialmente patente en el continente europeo, y que

se ha visto reflejado en el propio proceso de adopción del pacto. Así, hay que lamentar que a pesar del apoyo manifestado por la Comisión y el Parlamento Europeo, algunos Estados Miembros se han desmarcado, replicando una tónica similar a la observada en el marco de la Unión Europea con respecto a la política migratoria.

Tampoco ha ayudado que el Gobierno de Estados Unidos se autoexcluyera desde el principio de las negociaciones ni que además haya hecho campaña en contra criticando los esfuerzos por establecer una gobernanza mundial para las migraciones (lo que es cierto y necesario) y el intento por deteriorar los derechos soberanos de los estados (lo que es radicalmente falso)

Será necesario un enorme esfuerzo de pedagogía social para desmontar las narrativas abusivas, populistas y xenófobas que se han ido generando a lo largo de los últimos años con relación al fenómeno migratorio y que han tenido eco en parte de la UE, afortunadamente no tanto en España, al menos hasta ahora.



**ESPAÑA/CATALUÑA**



**CIUDADANOS DE CATALUNYA**

«Hemos asistido a la exaltación de un puñado  
de tópicos revestidos del pasado»  
«Los independentistas creen que considerarse  
una nación da derecho secesión»

Hemos asistido en el Congreso a un tenso debate sobre dos graves cuestiones: el *bretxit* y el independentismo catalán. Como decía el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, ambos «caminan por vías paralelas y con retóricas similares», con un relato de agravios inventados y magnificados por la manipulación. En ambos casos se pretende forzar a la población a tomar decisiones binarias... Aquí y allí, hemos asistido a la exaltación de un puñado de tópicos revestidos de nostalgia del pasado. Y siempre al servicio de la retórica del «nosotros frente a ellos».

En contraste, recuerdo a Josep Tarradellas diciendo desde el balcón de la Generalitat: «Ciutadans de Catalunya, ¡ja sóc aquí!» El «president» dijo «ciutadans», un concepto inclusivo idea fundacional de la Revolución Francesa. Ciudadanos, libres, iguales y fraternales. Ciudadanos por elección. Ciudadanos de Catalunya.

Esa referencia proviene de la propia formulación de la Assemblée de Catalunya y del debate intelectual que construyó el concepto de catalanismo que englobaba diferentes sensibilidades de la sociedad catalana. Una idea sintetizada en la llamada a «'un sol poble'», que ahora se utiliza para referirse solamente a una parte de los catalanes.

El catalanismo ha sido el espacio mayoritario común de la política catalana hasta el 2012. Para el catalanismo, la nación son los ciudadanos que comparten una comunidad de valores, la nación cívica, inclusiva y solidaria, mientras que los independentistas creen que considerarse una nación les da derecho a la secesión, lo que no reconoce ningún ordenamiento jurídico, ni el de la Constitución, ni el europeo ni el internacional.

El independentismo ha tenido el acierto de una idea, un mensaje, una comunicación, un argumentario común sin fisuras aparentes, al menos hasta ahora. Lejos de ser transversal, ha homogeneizado su espacio en un bloque del 47% excluyente del resto. En cambio, los no independentistas han seguido con sus diferencias ideológicas y sus diferentes tradiciones. Cuatro mensajes, cuatro programas, que en comunicación política equivale a un ruido inaudible.

Para llegar a la secesión, el independentismo necesitaba hacer saltar por los aires los puentes del catalanismo transversal. Y a esa tarea se ha dedicado con ahínco durante estos años.

Y la política como confrontación se vuelve binaria, no hay matices posibles. Blanco o negro, independentista o unionista, 1-O, es decir, frentismo. Esta estrategia ha tenido sus consecuencias, siendo la más grave la fractura social.

El debilitamiento del espacio catalanista nos ha conducido a lo que ahora estamos viviendo: una Catalunya que hay que evitar que se enraíce definitivamente en los espíritus y haga imposible la convivencia.

Afortunadamente, tomando distancia del ruido y de los silencios, el espacio central que ha sido el catalanismo existe, pervive, y ha de recuperar la mayoría social en la política catalana. De los dos millones de votantes a opciones independentistas, muchos son independentistas coyunturales que podrían cambiar de opi-

nión y de opción si se les plantea la posibilidad de una reforma de España de la que participe Catalunya.

Para lograrlo, la palabra clave es y será siempre el diálogo. Solo así se podrán construir acuerdos entre los que mantenemos posiciones diferentes sobre el futuro que deseamos para nuestro país. En cambio, hemos asistido al incremento de la tensión para evitar el diálogo abierto por el nuevo Gobierno socialista, para mantener cohesionado un espacio que se fragmenta dentro del bloque soberanista. Y con absurdas comparaciones con la experiencia eslovena, que el propio primer ministro de ese país se ha encargado de rechazar, y una estéril insistencia en una vía unilateral que no lleva a ninguna parte. Algunos que reconocen ahora que ni siquiera tienen mayoría social, en su momento la apoyaron entusiastas. Otros la siguen proponiendo por toda Europa.

Por otra parte, como dijo el presidente Sánchez, «se culpabiliza a un tercero mientras se obvian las responsabilidades propias en los recortes en educación y en sanidad que erosionan la cohesión social y la confianza en las instituciones», y se quiere rechazar un presupuesto que contribuye a revertirlos.

El reconocimiento por parte del independentismo de la Catalunya que no piensa como ellos sería el primer paso para recuperar la convivencia y el diálogo entre Catalunya y el conjunto de España.

Y volver al «Ciutadans de Catalunya». A ser de nuevo «un sol poble» en una «Catalunya gran, oberta e inclusiva».



## DOS POLOS NO TAN OPUESTOS

«Las *fake news* y los insultos de grueso calibre han funcionado a tope»

«Los nacionalismos identitarios apelan a la unidad del «pueblo», pero suelen acabar en división y enfrentamiento social»

La política ha vivido días intensos: la confusión de un relato falsificado sobre el problema catalán, la desmesurada y poco secundada llamada a manifestarse para defender la unidad de España, falsedades sobre la presunta aceptación de los famosos «21 puntos de Torra», el presupuesto más social de la última década tirado a la papelera por intereses partidistas y, como consecuencia, una convocatoria de elecciones.

La máquina de *fake news* y los insultos de grueso calibre han funcionado a tope. Se hubiera podido discutir razonadamente sobre la utilidad, la conveniencia o las funciones del «relator/coordinador» de las reuniones de los grupos políticos, pero nada justifica que eso sea lo «más grave que ha pasado en España desde el golpe de Estado de 1981». De repente, se olvidan las décadas de lucha contra el terrorismo, o los atentados del 11-M, los más graves ocurridos en territorio europeo, para acusar nada menos que de «alta traición» al presidente del Gobierno. Acusación muy grave, tipificada en el Código Penal, que debe sostenerse con los instrumentos jurídicos, como el artículo 102 de la Constitución, que permite actuar al señor Casado con los diputados que tiene en el Congreso.

Faraday, el británico que estudió el electromagnetismo decía: «Un orador resta mucha dignidad a su carácter cuando sesga la información para que lo obsequien con aplausos y halagos».

Como en la Física, en esta hora de la política los polos opuestos se atraen. Lo que subyace en el fondo de los planteamientos de la derecha, que llenan de griterío los escaños de Las Cortes, es la intolerancia con el que no piensa igual. Parece que el problema no sea cómo gobiernan los socialistas, sino que los socialistas gobiernen. Me viene demasiadas veces a la cabeza el poema de Machado, *Campos de Castilla*, donde decía que en España, «de diez cabezas, nueve embisten y una piensa» y a veces con díficilidades para identificar a la que piensa.

En el otro polo resultan ya cansinas las patéticas invocaciones de los independentistas a que el Gobierno «sea valiente», «no le tenga miedo a la derecha» y se «atreva» a reconocer el «derecho de autodeterminación», exigiendo que se salte a la torera la Constitución para aprobar los presupuestos. No pueden hablar en nombre del pueblo catalán, excluyendo del mismo a más de la mitad de los ciudadanos de Catalunya que no les votaron. Los nacionalismos de base identitaria apelan a la unidad sagrada del «pueblo», pero suelen acabar en la división y el enfrentamiento social.

Los secesionistas tratan de conseguir una mediación internacional que facilite una negociación en pie de igualdad entre el Gobierno de España y el de la Generalitat. Para ello denigran la calidad de nuestra democracia y nuestro sistema jurídico y presentan a España como un Estado represivo que viola sistemáticamente los derechos humanos. Pero, ciertamente, España no es Yemen del Sur, ni Bosnia, ni Kosovo, ni Eslovenia en sus peores momentos y ni la Unión Europea ni ningún gobierno del mundo aceptan ese falso relato.

Los dos polos antagónicos acaban siendo aliados en la misma estrategia, unos por tacticismo y los otros por deslealtad. Ninguno con sentido de Estado y del interés general. En esta ecuación la variable «necesidades reales de la gente» no existe. Los presupuestos suponían el mayor crecimiento del gasto público desde 2010, intentando revertir los recortes sociales que causó la crisis con el mayor gasto destinado a pensiones, dependencia, becas o lucha contra la violencia de género y la pobreza infantil. También incorporaban medidas para incentivar el crecimiento y el empleo. Se reforzaban políticas de vital importancia para impulsar la competitividad y el potencial de crecimiento de nuestra economía, como son la inversión en Investigación, desarrollo e innovación, las infraestructuras o el capital humano.

Para Catalunya suponían una inversión de 2.251 millones de euros, el 16,8% del total de las comunidades autónomas, una cifra que no llega a su participación en el PIB pero que suponía un incremento del 18,5%. Es pertinente recordar aquí que los últimos presupuestos que tuvo Catalunya fueron los del 2016, aprobados precisamente con el apoyo de la CUP . Desde entonces, en Catalunya no ha habido ni presupuestos ni, por lo tanto, acción de gobierno.

Esas acusaciones de los dos polos son el lenguaje de dos nacionalismos reactivos, el nosotros y ellos, los catalanes y los españoles, los patriotas y los traidores, que buscan separarnos. No hay tanta distancia entre los que creen que cuanto peor, mejor.



## **CARTA ABIERTA AL SR. CARTERON (FORO CRANS MONTANA)**

«Ustedes niegan a España la condición de Estado de Derecho»  
«La diferencia no son las opiniones  
entre unos y otros, sino los actos»

Estimado Sr. Carteron:

Le escribo esta carta sorprendido por la presentación que el pasado 26 de junio hizo usted del Sr. Carles Puigdemont, cuyo tenor revela una sorprendente falta de conocimiento en alguien responsable de un foro como el de Crans Montana.

En su intervención, manifestó su sorpresa ante la persecución judicial de que está siendo objeto una persona que —según usted— no ha hecho otra cosa que tomar decisiones que el «poder central» estimó «políticamente incorrectas». Añadió que las personas que en la actualidad se encuentran a la espera de sentencia por su participación en los sucesos acaecidos en otoño de 2017 en Cataluña «están en prisión porque piensan de forma diferente al poder central».

El uso de tales expresiones pone de manifiesto una ligereza y superficialidad que probablemente sean claves para entender el sentido de su breve discurso. Ambas cosas —unidas a la ignorancia deliberada— se compaginan mal con el rigor que se esperaríamos de un foro como el que usted dirige.

Con sus palabras, Sr. Carteron, niega usted a España, la condición de Estado de Derecho. Sus palabras solo pueden interpre-

tarse en clave de una "persecución política" ordenada a los jueces por el gobierno español. Tal pretensión resulta insultante.

Parece usted ignorar que en Cataluña hay no pocos responsables políticos que piensan como el Sr. Puigdemont. Están en primer lugar los miembros del actual gobierno catalán —apoyado de forma entusiasta por el Sr. Puigdemont—, pero también diputados regionales y nacionales. Hay incluso dirigentes sociales que defienden ideas aún más radicales. ¿Cómo se explica que no hayan sido perseguidos por la justicia española? La respuesta es sencilla: la expresión de opiniones políticas, del tipo que sea, no es un acto punible en España ni ningún país democrático. No puede ser de otro modo.

La diferencia no son las opiniones entre unos y otros, sino los actos. Como es público y notorio, El Sr. Puigdemont —al igual que las personas que están a la espera de sentencia— participaron en un plan que tenía como fin conseguir por la vía de hecho y al margen de la legalidad española la creación de un Estado en el territorio de la actual Comunidad Autónoma de Cataluña. Este proceso implicaba que las autoridades públicas desobedecieran al Tribunal Constitucional español, y así lo pidieron públicamente varios de los procesados.

En lo que se refiere a la jornada del «referéndum» ilegal del 1-O, las acusaciones contra los encausados no se refieren a la acción de «poner urnas», sino a la de organizar la ocupación ilegal de los colegios designados como centros de votación con el fin de impedir, de nuevo, la actuación de la policía. Y, de paso, proteger pruebas que eran necesarias para proseguir una investigación penal en curso. Por mucho que el Sr. Puigdemont lo lamente, no existía entonces ni existe hoy un derecho a organizar ni tomar parte en un proceso de votación que el Tribunal Constitucional español —máximo intérprete y garante de los derechos fundamentales en España— había declarado ilegal.

En definitiva, las personas procesadas por los hechos de septiembre y octubre de 2017 lo están por la comisión de delitos tipificados en el Código Penal español y están siendo juzgadas con todas las garantías inherentes a un Estado de Derecho democrático.

Con independencia de la valoración jurídica que cada cual pueda hacer desde su punto de vista personal, creo que nadie debería poner en duda la gravedad de lo que sucedió el 6 y 7 de septiembre de 2017. Esos dos días, la mayoría independentista en el parlamento catalán —vulnerando el propio reglamento interno de la cámara— aprobó una «ley de transitoriedad jurídica» que derogaba en territorio regional la Constitución española y el Estatuto de Autonomía de Cataluña. No fue un «acto simbólico», como las defensas de algunos de los acusados declararon en el juicio, dado que fue publicada en el diario oficial de Catalunya.

Como bien sabe, las vistas orales del juicio—que se desarrolló entre febrero y junio de este año— fueron públicas en su totalidad, con retransmisión en directo. Creo que es difícil encontrar un más alto nivel de transparencia.

Permítame recordarle a este respecto que en su reciente informe sobre España, publicado este mismo mes de junio, el Grupo de Estados contra la Corrupción del Consejo de Europa (GRECO) afirma textualmente, contra las reiteradas proclamas del Sr. Puigdemont, que «no hay duda acerca de la independencia e imparcialidad de los jueces españoles».

Es cierto, como usted dice, que cerca de un millón de votantes en España dieron su confianza al Sr. Puigdemont en las recientes elecciones al Parlamento Europeo. No obstante, de sus palabras, Sr. Carteron, parece deducirse que el presidente del Parlamento Europeo ha decidido arbitrariamente negar la acreditación como europarlamentaria al Sr. Puigdemont.

La realidad es bien distinta. Todas las cuestiones procedimentales relacionadas con las elecciones europeas anteriores a la adquisición de la plena condición de eurodiputado, se rigen exclusivamente por las leyes nacionales de cada Estado. Y la ley española, que data de 1985, es clara en este punto: los diputados electos habrán de recoger su acta y jurar o prometer la Constitución española en Madrid ante un organismo electoral independiente. Así pues, el Parlamento Europeo sólo puede reconocer como eurodiputados a aquellos candidatos electos cuyos nombres le hayan sido comunicados por la autoridad competente nacional—en este caso española— una vez que se cumplan los requisitos que establece la legislación de cada Estado miembro. El Sr . Puigdemont, como es obvio, no quiso correr el riesgo de entrar en España para cumplir tal requisito.

Confío, Señor Carterton, que alguien con sus credenciales no suscriba una de las frases más queridas del Sr . Puigdemont y su entorno: la que afirma que la democracia está por encima de la ley, incluso si esa «democracia» implica votar en un referéndum ilegal, como fue el caso el 1 de octubre de 2017. Espero que esté de acuerdo conmigo en que en un Estado de Derecho tal pronunciamiento carece de sentido. La ley es la garantía de la democracia. El Sr . Puigdemont, que se vanaglorió en su momento de su reiterado incumplimiento de los requerimientos recibidos del Tribunal Constitucional, no puede erigirse en un abanderado de la democracia, la legalidad y la justicia.

Concluyo recordando aquí que el propio Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH) ha respaldado plenamente este planteamiento al rechazar el pasado 28 de mayo un recurso contra la decisión del Tribunal Constitucional (TC) de suspender una sesión plenaria del parlamento catalán en la que se tenía el propósito de declarar la independencia de Cataluña. Las leyes, como recuerda el TEDH, pueden cambiar pero siempre por procedimientos le-

gales y democráticos. Intentar subvertir el orden constitucional de un Estado democrático como es España nunca puede ser lícito, aunque como el Sr. Puigdemont hiciera hace casi dos años, ese intento se presente interesadamente como un (falso) ejercicio de democracia radical y directa. Con f eso que me entristece recurrir a una carta para tener que recordar cosas que deberían estar claras para cualquier demócrata.

Atentamente.



**VARIOS**



## LAS COSAS COMO SON

«Habrá que utilizar la capacidad profesional  
de todos los miembros diplomáticos»  
«Es necesario definir un procedimiento de méritos  
a jefaturas de misión»

El pasado 25 julio, este periódico publicaba el artículo «La noche de los cuchillos largos de Josep Borrell» en el que su autor, Ramón Pérez-Maura, afirmaba que «el equipo de Borrell ha laminado la carrera de medio centenar de diplomáticos que llevan entre un año y año y medio en sus destinos», y se sorprendía de que tales cosas pudiesen ocurrir con un ministro tan experimentado y advertía del peligro que el Servicio Exterior de España corría en esta nueva etapa de Gobierno.

Obviamente, todos los cambios de embajadores, que se suelen producir cuando hay un cambio de Gobierno, pueden ser objeto de críticas. Pero éstas se deben basar en datos ciertos, de lo contrario el ciudadano/lector no puede hacerse un juicio cabal de las decisiones políticas que se le comentan.

Sinti ndome directamente interpelado, y como creo que hay que responder cuando los datos que se utilizan no se corresponden con la realidad, debo señalar que no es cierto que se haya «laminado la carrera de medio centenar de diplomáticos que llevan entre un año y año y medio en sus destinos». Permítame explicarlo con detalle.

Antes del cambio de Gobierno provocado inesperadamente por la moción de censura, el ministro Alfonso Dastis había previsto proceder a nombrar cuarenta y seis embajadores o embajadoras. Seis de ellos ya habían sido nombrados y estaban en puesto cuando el nuevo Gobierno entró en funciones. De los cuarenta restantes, a veinte de ellos se les han mantenido las mismas asignaciones de embajadas previstas por el anterior equipo; a nueve se les han asignado otras embajadas o se les ha nombrado directores generales en el nuevo equipo del Ministerio; dos candidatos renunciaron a sus puestos voluntariamente y, únicamente a nueve no se les ha asignado un puesto de embajador en este año por haber llegado al término habitual de sus mandatos. Su número no es de medio centenar sino de doce. Además, dos de ellos, el Sr. Wert ante la OCDE y el Sr. Morenés en EE.UU, al que tengo que agradecer de nuevo su ejemplar actitud ante los ataques a España del Sr. Torra en Washington, embajadores «políticos» que no pertenecían a la carrera diplomática, tuvieron la elegancia de presentar su dimisión de forma inmediata tras el cambio de Gobierno.

Así pues, solo son diez, y no medio centenar, las embajadas en las que se han producido cambios antes del final normal del periodo de ejercicio de las funciones de un embajador, en parte, porque se han considerado embajadas de especial relevancia política para el nuevo Gobierno, o porque se ha nombrado en su lugar a altos cargos salientes, como ha sido el caso de Italia o Brasil. Pero no se ha procedido, como en otras ocasiones, a cambios mucho más extensos y expeditivos en la representación exterior puesto que no se ha cambiado a los jefes de misión en puestos de relevancia como, por ejemplo, Francia, Unión Europea, Reino Unido y Argentina.

Se ha procedido a efectuar solo tres nombramientos de embajadores que no pertenecen a la carrera diplomática en la OCDE: Andorra y Unesco. Además, se han nombrado embajadores,

o se ha procedido a pedir el preceptivo placet, en países relevantes a prácticamente todos los altos cargos salientes, lo que no creo que haya ocurrido en anteriores «noches de cuchillos largos», como el ministro Alfonso Dastis en Italia, los tres secretarios de Estado en Japón, Irlanda y Brasil, la subsecretaria en Bélgica, el director del departamento de Asuntos Internacionales de Gabinete de la Presidencia del Gobierno en Luxemburgo, el director de la AECID en Finlandia y el director de la Escuela Diplomática en Egipto. Se le ha asignado, también, la Embajada en Filipinas al anterior secretario de Estado de Presidencia del Gobierno, Jorge Moragas, que había sido muy recientemente nombrado embajador en la ONU. Los directores generales salientes, altos cargos del anterior equipo, también están siendo propuestos para jefes de misión, como, por ejemplo, el director de Organismos Internacionales en Corea.

Creo que raras veces, por no decir nunca, se ha procedido de esta manera con el equipo saliente, y, a la vista de las cifras y casos citados, tampoco es cierto que todo el equipo del anterior ministro García-Margallo haya sido «laminado», aunque ciertamente se han producido algunos cambios. Pero hay que poner las cosas en su justa dimensión, y con las cifras y las razones que he explicado, ¿se puede realmente mantener la acusación de «haber laminado la carrera de medio centenar de diplomáticos que llevan menos de un año y medio en sus destinos»? Parece que no es lo mismo una escasa decena que medio centenar...

Ello no quita que hayan sido cesados en una embajada o estén en la legítima expectativa de ser nombrados o en los servicios centrales del Ministerio, donde su experiencia y conocimientos serán muy útiles y donde muchos servicios están muy escasos de personal. Por supuesto, es necesario y urgente de finir un procedimiento reglamentario y, también, un sistema de evaluación del desempeño que permita valorar de la manera más objetiva posible

los méritos de cada candidato a las distintas jefaturas de misión, para que todos los Gobiernos puedan ejercer de la forma más eficiente posible su capacidad de nombramiento. Ojalá que pueda contribuir a ello.

# 43

## EXPANSIÓN

29 de enero de 2019

### **CUARENTA AÑOS DESPUÉS, MIRANDO AL FUTURO**

«Los cuarenta años de la Constitución han sido  
los mejores desde Trafalgar»

«Por primera vez somos una economía orientada  
al mercado internacional

En la IX edición del *Spain Investors Day*, tuve el honor de intervenir en su cena de clausura analizando la situación y perspectivas de nuestro país, justo cuando el Parlamento británico propinaba a la premier May el mayor varapalo desde 1924 rechazando contundentemente el Acuerdo de Retirada del Reino Unido de la UE.

Esta referencia británica me sirvió para recordar que los cuarenta años de la Constitución de 1978 han sido los mejores de nuestra historia moderna desde la batalla deTrafalgar. Si echamos la vista atrás y nosf jamos en la España de hace 40 años, veremos que partíamos de una clara situación de desventaja respecto a nuestros socios europeos.

Entonces, tras casi cuatro décadas de dictadura, la Transición política, hoy tan denostada por sus detractores de Podemos y del independentismo catalán, puso el contador a cero en un contexto de debilidad económicay en plena crisis del petróleo.

La Constitución de 1978 consagró la economía social de mercado como el modelo de desarrollo económico para nuestro país. Y eso ha permitido un gran salto adelante: entre 1975 y 2000 el PIB

creció, en términos reales, un 89%, y en los últimos veinte años ha crecido un 142,5%. Y todo ello con un aumento de la población del 26% y una duplicación de la tasa de actividad femenina. La traducción de números a letras nos lleva a una sencilla conclusión: hemos pasado de ser una de las economías más cerradas y proteccionistas de la Europa occidental a convertirnos en uno de los países más abiertos, competitivos y dinámicos del mundo.

No digo que la Constitución fuese perfecta, ni que no se aprobase en circunstancias que la condicionaron, pero eso suele ocurrir en todo momento histórico. En cualquier caso, ha sido la clave de bóveda sobre la que se sustenta la reciente historia de éxito de este país, que lo ha sido también en el plano económico. De hecho, muy pocos países han sido capaces de mejorar sus niveles de vida al ritmo al que lo ha hecho España en las últimas décadas. Tras haber superado una crisis financiera que ha transformado nuestro mundo, creando un convulso panorama —el *brexit*, la elección de Trump, el auge de los nacionalistas y una globalización hoy contestada hasta en Davos por el aumento de la desigualdad—, la economía española lleva creciendo cuatro años consecutivos por encima de la media de la UE en creación de empleo y superávit de balanza por cuenta corriente. En términos acumulados, ha crecido más de once puntos en estos últimos años y continuará haciéndolo en los próximos, según las estimaciones del FMI, Comisión Europea y OCDE.

Pero la pura aproximación macroeconómica no debe impedirnos ver el bosque regado por una dura y prolongada crisis, que ha constituido una década en la que perdimos una décima parte de nuestra riqueza y 3,8 millones de puestos de trabajo. Esta fue, sin duda, la faceta más terrible de la crisis más profunda que hemos vivido en el último medio siglo.

Si hoy crecemos de forma fuerte, equilibrada y sostenible es gracias al enorme esfuerzo de la sociedad española. De-

cenos de miles de personas que quedaron en las cunetas del paro se vieron sometidos a la precariedad laboral, sufrieron en sus carnes la dificultad de acceder a una vivienda, generando un grave déficit de futuro. La mejora de nuestras cifras macroeconómicas no puede obviar estas adversas circunstancias que la recuperación actual no ha conseguido borrar de la memoria colectiva. Todavía hay mucho que mejorar, especialmente en cuanto a la reducción del paro, del déficit público y del nivel de bienestar y distribución de la renta. Éstos son objetivos irrenunciables para el actual Gobierno, y los hemos planteado, negro sobre blanco, en los Presupuestos Generales del Estado de 2019, concebidos para lograr un crecimiento sostenible y justo y la creación de empleo de calidad.

También debemos señalar el gran potencial de este país: 4.<sup>a</sup> economía de la zona euro, 5.<sup>a</sup> de la UE y 14.<sup>a</sup> del mundo, por volumen de PIB. Nuestra privilegiada situación geoestratégica nos atribuye un rol fundamental: además de miembro de la Unión Europea, España es puente entre África y Europa y el socio prioritario para Latinoamérica de Europa. Esto último se vincula con otro elemento que nos viene dado: la lengua. El español es el segundo idioma más hablado del mundo y ocupa ese lugar también en comunicación internacional y en internet.

Hoy, nuestra economía es una de las más competitivas a nivel internacional: somos el décimo sexto exportador de bienes del mundo según la Organización Mundial del Comercio. Por primera vez en nuestra historia, somos una economía orientada al mercado internacional, lo que supone un cambio radical y prometedor de nuestro modelo de crecimiento, que siempre se ahogaba en los déficits exteriores cuando el crecimiento se aceleraba provocando el conocido *stop and go*.

Entre nuestras principales exportaciones figuran bienes de equipo, industria agroalimentaria, automoción o productos quí-

micos, y cada año tienen un mayor contenido tecnológico. Nuestras empresas están presentes en todo el mundo en los más variados sectores productivos y de servicios. Sólo en 2017, el 67,7% de la facturación de las empresas del Ibex 35 se generó en el exterior, 22 puntos más que hace once años. Pese a la agresiva competencia de las economías emergentes, España es uno de los pocos países entre las grandes economías de la UE que gana cuota de mercado en el comercio mundial. En 2017, fuimos el 16.º exportador mundial de mercancías, y el 11.º de servicios, con una cuota del comercio mundial del 1,7% y 2,7%, respectivamente.

Somos un destino muy atractivo para la inversión extranjera. Cerca de 13.000 empresas foráneas presentes en nuestro país dan trabajo a 1.250.000 personas (aproximadamente el 7% del total). Esa cifra nos sitúa como el 14º país receptor en stock de inversión mundial y el 7.º en Europa. A esto también contribuye que seamos el 9.º país del mundo más abierto a la inversión extranjera.

Esta escueta selección de cifras define lo que es hoy la economía española y constituyen el aval más sólido que España puede exhibir para liderar, junto a Alemania y Francia, ese reto de una Europa más unida para que pueda ser más fuerte. En este momento en que se pone en duda el proceso de integración europea y se produce un auge de movimientos xenófobos y euroescépticos que cuestionan nuestro modelo de prosperidad, justicia social y libertades, tenemos que tener claro que el proyecto europeo es imprescindible. La gran batalla cultural de nuestro tiempo es construir sociedades abiertas al mundo con economías competitivas, sin menoscabar en ese camino la justicia y la cohesión. Después de cuarenta años de libertad y de progreso, esta es la nueva lucha que estamos librando en España.

## ***FAKE NEWS:*** **LA LIBERTAD EN TIEMPOS** **DE DESINFORMACIÓN**

«Amenazas desinformativas buscan minar  
la democracia y el proyecto europeo»  
«Los seres humanos no somos individuos libres  
sino animales pirateables»

La información es el combustible de la democracia. El conocimiento de la realidad es lo que permite a los electores formar opinión sobre la acción de los gobiernos y las alternativas. Hoy recibimos un flujo permanente de información pero con mucha desinformación. En la era digital, la veracidad es la primera víctima. Y si el ciudadano no puede distinguir entre lo veraz y las *fake news*, antes llamadas bulos, la democracia se gripa.

Con la firma del nuevo Tratado de Amistad entre Francia y Alemania, el partido de Le Pen saturó las redes acusando a Alemania de «alta traición» por ceder la soberanía sobre Alsacia. Casualmente, en España también se ha acusado falsamente al Gobierno de asumir los «21 puntos de Torra», falsedad utilizada ante la multitud congregada por la unidad de España.

El Gobierno belga cayó porque los nacionalistas flamencos, amigos de Puigdemont, se apoyaron en la mentira de que el Acuerdo de Marrakech, texto no vinculante, arrebató a los Estados su soberanía en política migratoria. Se manipularon imá-

genes, como las de Macron lavándose las manos tras saludar a obreros, aunque fuera por atrapar una anguila. Y se han viralizado historias del *brexít* como la de los 350 millones de libras que los británicos obtendrían por semana si Bruselas no les robase, desmentida incluso tras la votación. Aquí también tenemos ejemplos de manipulación con cuentos sobre las cuentas fiscales.

Es preciso contrarrestar la información falsa y desenmascarar las fuentes de las *fake news*. No es tarea fácil. Según Harari, autor de *Homo Sapiens*, los avances tecnológicos representan «un reto mucho más profundo para el ideal básico liberal: la libertad humana» que cualquier otra amenaza pretérita.

El problema de fondo, según Harari, no es que las tecnologías de la información erosionen nuestro libre albedrío sino que el margen que nos queda para la libertad entre el azar y la necesidad no ha aumentado con el progreso, en palabras de Jerome Monod. Es hora de aceptar, sostiene Harari, que los seres humanos no somos individuos libres sino «animales pirateables». Ahí está el ejemplo de Hitler. Y la posibilidad de hackear nuestro cerebro aumenta con las redes sociales. El mensaje se adapta a cada persona gracias a la información sobre nosotros mismos que revelamos en las redes sociales.

Estas amenazas desinformativas, generadas a menudo por movimientos ultras y gobiernos autoritarios o nacional-populistas, a veces aliados entre sí, buscan minar la democracia liberal y el proyecto europeo, agudizando las divisiones en las sociedades e interfiriendo en elecciones.

En España tuvimos ejemplos en el otoño de 2017 en Cataluña. Y esa tendencia no va a cesar, sobre todo ante el ciclo electoral en Europa. Crece el temor a que la intoxicación con noticias falsas enturbie los próximos comicios europeos del 26 de mayo, quién sabe

si las generales del 28 de abril también. El Consejo Europeo ha aprobado un Plan de Acción para combatir las campañas de desinformación dentro y fuera de la UE. Se ha creado un sistema de alerta rápida que agilizará la reacción ante ataques cibernéticos de desinformación. En Francia, se ha aprobado una ley *antfake news* y se plantea el *fact cheking*, sistema que verifica que la información como existe en iniciativas privadas. De esta forma, una de las mayores amenazas a la democracia ha emergido de la sociedad de la información.

La paradoja es que la libertad expresión constituye el mayor amparo para los artifices de noticias falsas. El artículo 20 de nuestra Constitución defiende que la libre difusión de ideas y opiniones tiene como límite el respeto a los Derechos Fundamentales, pero también recoge como derecho que dicha información sea veraz. No es aceptable que se permita la difusión de hechos falsos sin consecuencias, del mismo modo que no se aceptaría suministrar «libremente» carne podrida en supermercados.

Es imprescindible la alianza de gobiernos, instituciones, empresas de comunicación y sociedad civil, que de forma admirable se organiza para luchar contra las falsedades. Ante la desinformación, no podemos caer en la inacción; de ello depende la salud de nuestra democracia. Como advirtió Walter Lippmann en *Liberty and the news*: «No puede haber libertad para una comunidad que carezca de los medios para detectar las mentiras».



## ELOGIO DE LA MESURA

«Hombres como Pérez-Llorca permiten mirar  
al futuro con esperanza»

«No son tiempos para reformas de nuestra Carta Magna»

José Pedro Pérez-Llorca (1940-2019) falleció el pasado 6 de marzo. Con él se nos ha ido un referente moral y político de nuestra historia reciente. Jurista, político, diplomático, protector y promotor de las bellas artes, Pérez-Llorca encarnaba en su persona el encomio de Terencio: nada humano le era ajeno. Así lo atestigua el entusiasmo con el que ejerció la Presidencia del Real Patronato del Museo del Prado, institución bicentenaria y vertebradora de la nación a la que consagró los últimos años de su vida y a cuya renovación y expansión tanto contribuyó.

Con todo, su nombre ha quedado asociado, como lo demuestran las numerosas glosas unánimemente elogiosas que han acompañado su partida, con dos hitos que vinieron a encauzar y enmarcar nuestra Transición en el orden interno y en el exterior. A ellos me quiero referir a continuación, pues considero esencial que las generaciones presentes y venideras no los olviden o minusvaloren.

El primero fue, obviamente, la Constitución de 1978, de la que Pérez-Llorca fue uno de los siete ponentes y en cuyo reciente aniversario, el cuadragésimo, tuvo varias intervenciones públicas reseñables. Lejos de incurrir en un ensimismado panegírico del texto que contribuyó a alumbrar, pero alejándose también de una crítica a su totalidad tan al uso en nuestros días, su comparecencia

---

\*\*\* DIARIO DE SEVILLA, 10 de marzo de 2019.

a principios del pasado año ante la comisión parlamentaria para la modernización del Estado autonómico fue todo un ejercicio de medurado realismo en medio de la generalizada destemplanza que domina la política española.

Su diagnóstico, apuntando a los fallos de diseño por parte de los primeros legisladores a la hora de abordar la desigualdad entre personas y territorios, agravados por la deslealtad *in crescendo*, de ciertos nacionalismos, vino inmediatamente acompañado por un recordatorio de la potencia integradora del texto constitucional debidamente interpretado y desarrollado en su totalidad. No son tiempos para reformas de nuestra Carta Magna, concluyó, porque ello requeriría un consenso para el que no se dan las adecuadas condiciones en estos momentos.

Pero sí es necesario mejorar la gobernanza, el autogobierno, no de cada parte sino del conjunto de la nación en aras del interés general. Un interés general cuya consecución fue la principal guía de los artífices de la Transición, también en lo concerniente a nuestra política exterior. Como actual ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación y como miembro activo de aquella generación, me cabe valorar y reivindicar el esfuerzo sostenido apoyado por el conjunto de las fuerzas políticas, con las lógicas discrepancias, que llevó a la plena homologación internacional de nuestra nascente democracia. No es una cuestión baladí y el tiempo nos está dando la justa medida de aquel logro.

Quienes hemos tenido que hacer frente al intento del secesionismo catalán por exportar su proyecto y obtener reconocimiento internacional somos conscientes de la importancia que tiene contar con el apoyo de nuestros socios europeos y atlánticos.

Nuestra integración en las entonces Comunidades Europeas, hoy Unión Europea, y en la OTAN, que hoy damos por descontada, requirió en aquel período un delicado ejercicio de ingeniería

diplomática. Le cupo a Pérez-Llorca, siguiendo la estela de sus predecesores, un papel relevante para llevarlo a buen puerto.

Diplomático de carrera, formado académicamente en los ámbitos anglosajón y germano, tenía claro desde un principio que España tenía que dejar atrás su posición, ya fuera excéntrica o subordinada, en los sistemas de integración y cooperación política y de seguridad occidentales si queríamos prosperar como país y adquirir mayor peso en el concierto internacional.

Ministro de Asuntos Exteriores desde las postrimerías de la era Suárez hasta el final del Gobierno de Calvo Sotelo, entre 1980 y 1982, concedió especial importancia durante su mandato a la superación del esquema bilateral de relación defensiva con Estados Unidos, que suponía, en sus propias palabras, «una concesión de servidumbres» heredada del franquismo en lugar de un reparto equitativo de cargas entre aliados. La forma de enmendar esa situación, consideraba, pasaba por la adhesión de España al Tratado del Atlántico Norte. Lo que, tras diversas vicisitudes, tuvo finalmente lugar, con su firma, el 29 de mayo de 1982.

Bien es sabido que el Gobierno socialista, que no tardaría en asumir, el poder tuvo discrepancias de principio con esta decisión y terminó sometiéndola a referéndum con el resultado conocido. Pero conviene recordar que el propio Pérez-Llorca, lejos de enroscarse, buscó en todo momento el diálogo con la oposición y esta lo aceptó pese al ruido de una enconada confrontación electoral. Aunque no de forma inmediata, las fuerzas opuestas terminaron encontrando, como en ciertas ecuaciones físicas, un punto de equilibrio que terminó beneficiando al conjunto del país y facilitando el objetivo compartido, que no era otro, como antes señalaba, que la plena inserción de España en la comunidad euro-atlántica. Toda una lección para los tiempos que corren.

Unos tiempos, y con ello termino estas reflexiones, que en uno de sus últimos artículos Pérez-Llorca comparaba desfavorablemente con los de la Transición recordando una canción de la época —Libertad sin ira— y lamentando que el predominio de la ira en nuestros días pudiera terminar por poner en cuestión nuestra voluntad común de construir en libertad un país donde todos los españoles tienen cabida. Ante la que sería tan poco halagüeña perspectiva, el ejemplo de hombres como Pérez Llorca, quien vivió manteniéndose fiel a la máxima de Tácito, «sin odio en el ánimo y sin parcialidad en el juicio», me permite mirar al futuro con esperanza.

## EL ESPAÑOL EN UN MUNDO INTERDEPENDIENTE

«La historia del español narra la intrahistoria  
de millones de personas»

«El español crece y se consolida en Estados Unidos»

La lengua cuenta historias. La del español narra la intrahistoria de cientos de millones de personas en docenas de países que, a principios del siglo XXI, constituyen uno de los grandes ejes de identidad que estructuran el mundo. Un mundo en el que la lengua española ocupa un lugar destacado como segundo idioma internacional por el número de hablantes nativos (casi seiscientos millones), tercera por el número de hablantes totales, cuarta por su presencia en la red, que cuenta con veintiún millones de estudiantes, y que se encuentra geográficamente ramificado en varios continentes.

En los dos decenios largos en que se vienen organizando los Congresos Internacionales de la Lengua (CILE), la República Argentina es el primer país que ha asumido por segunda vez la organización de uno de ellos, después de que tuviera lugar en 2004 en la ciudad de Rosario.

Ha sido pues Córdoba la Docta, que desde 1613 cuenta con una de las universidades decanas más prestigiosas de América, la que acaba de asumir la realización del octavo congreso, reuniendo a más de doscientos participantes procedentes de treinta y dos países de América, África, Asia y Europa, bajo el lema «América

y el futuro del español. Cultura y educación, tecnología y emprendimiento» y que ha sido inaugurado por nuestro Rey Felipe VI.

Este lema tiene una especial resonancia. Primero, porque el futuro de nuestra lengua está ligado al continente americano. Y segundo, porque no queda ninguna duda de que el español será lo que quiera América. La nuestra es, en efecto, una lengua primordialmente americana, y el desarrollo demográfico, económico, social, político y cultural de los países hispanoamericanos será determinante para su provenir.

Pero también lo será el crecimiento y la consolidación del español en los Estados Unidos, en donde el idioma está ocupando cada vez más espacios de prestigio. La gran novedad es que, incluso cuando hay indicios de un contexto aparentemente poco favorable para la diversidad lingüística, la fuerza del español está marcando una directriz que apunta inconfundiblemente hacia un bilingüismo que los datos del censo y los estudios sociológicos auguran.

Otro motivo de especial consideración es el hecho de que en China acaba de promulgarse un nuevo diseño curricular de la enseñanza secundaria y el bachillerato que suma la oferta del español como lengua optativa en estos niveles educativos, que incluyen año a año más de sesenta millones de estudiantes.

Desde su creación en 1991, el Instituto Cervantes, entidad organizadora del CILE, ha sido una pieza fundamental en la expansión del español en el mundo y en su misión de difundir la cultura en español no solo de España sino de todos los países hispanohablantes. Su imagen trasciende y engloba a todo lo hispanoamericano. A pesar de ser una institución española, promociona un patrimonio que no es único de España. Incluso se podría decir que la política de la lengua ha sido uno de los vectores más exitosos de nuestra política exterior en un mundo marcadamente anglófono,

con todo lo que ello implica desde el punto de vista de la conformación de la hegemonía ideológica.

Toca ahora articular una diplomacia cultural común entre todos los países hispanohablantes, aprovechando también las oportunidades que ofrece la digitalización para que aumente la investigación y la innovación en español. Precisamente en la Córdoba argentina, el Instituto Cervantes y otras instituciones latinoamericanas tienen previsto anunciar el proyecto cultural iberoamericano más ambicioso y sugerente en décadas: la creación de una gran red que contribuya a la internacionalización de la cultura en español.

Ahora bien, unidad de la lengua no significa uniformidad. El español es, así, una lengua mestiza gracias a la cual todos los hispanohablantes pueden entenderse entre sí y a la vez expresarse con sus propios acentos y modulaciones. Sin duda, la Asociación de Academias de la Lengua Española, que se creó en México en 1951 y que también participa en el CILE, ha desarrollado una importante actuación lingüística panhispánica.

En este momento, son veintitrés las que existen, a la espera de la definitiva constitución en este año de la vigesimocuarta, la Academia Nacional del Judeoespañol, la lengua de los sefardíes, los judíos expulsos de España en aquel año emblemático de 1492. A las academias norteamericanas, incluida la de los Estados Unidos que acaba de cumplir los cuarenta años, se suman la de Filipinas, creada en 1924, y la de Guinea Ecuatorial.

Lo más característico de una lengua es su capacidad de generar y transmitir una cultura que, en el caso, de la hispánica está desde un principio abierta a la interculturalidad. El encuentro de Córdoba será pues la gran ocasión para que cientos de ciudadanos y especialistas analicen este porvenir lleno de oportunidades. Porque, como leemos en El Quijote, «más ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones como se apodera de uno solo»



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN